

¿PUEDE CONSTRUIRSE EL SOCIALISMO PERPETUANDO LA ENAJENACION DEL TRABAJO? (Aportes para el debate sobre el proceso de trabajo que debe imperar en el nuevo modelo de desarrollo)

Introducción.

Cuando uno se pregunta ¿cuál es el origen de la riqueza en el régimen de producción capitalista ? Encontraremos diversas respuestas que corresponden a variados paradigmas e intereses en juego.

En tal sentido, podemos ejemplificar estas respuestas en el siguiente orden:

- Los apologistas y agentes ideológicos del capital, legitimando la apropiación privada del trabajo social, le dan a la ganancia este origen:
 - 1.- Se trata del esfuerzo de los emprendedores, los cuales ahorrando y trabajando duro logran acumular riqueza.
 - 2.- También se argumenta que la ganancia es un premio a la habilidad comercial, al cálculo y la astucia gerencial del capitalista.
- Por otro lado, para la tecnocracia la ganancia surge de una combinación técnica de factores productivos, utilizados eficaz y eficientemente: maquinaria, equipos y recursos humanos.
- Y finalmente, está la perspectiva de la crítica de la economía política marxista, donde se señala que el origen de la ganancia tiene su origen en la plusvalía o trabajo no pagado, es decir, la acumulación del capital se fundamenta en la explotación del trabajo.

Colocar la génesis de la ganancia en la explotación del trabajo, requiere romper con el sentido común, lo que en el terreno epistemológico hace obligante trascender la apariencia y no dejarse atrapar con el cuento de que se trata de una especie de remuneración al riesgo y al esfuerzo creador del capitalista, tal como se sugiere en el primer enfoque reseñado.

Las implicaciones de esta ruptura cognitiva, en otros trabajos (**Proceso inmediato de producción y autonomía obrera**) lo hemos caracterizado de la siguiente manera:

“ Para Marx todo del proceso que examinamos anteriormente está cruzado por un velo apariencial, siendo en tal sentido una realidad que no es evidente a simple vista, no es transparente a la percepción sensorial. Así encontramos el enmascaramiento de un conjunto de relaciones: **entre la extorsión del trabajo y el salario, entre la plusvalía y la ganancia, entre la ganancia y el interés.** Tales encubrimientos nublan el tejido social e histórico de las relaciones de producción capitalista.

Este proceso de "mistificación" del capital tiene que ver con la supeditación del análisis a la esfera de la circulación, de la distribución y el intercambio. En esta superficie de la realidad económica no se puede encontrar más que "apariencias", conduciendo a los capitalistas y sus agentes ideológicos al más burdo empirismo:

"(*)esta confusión de los teóricos revela mejor que nada como el capitalista práctico prisionero de la lucha de la competencia e imposibilitado para ahondar en modo alguno debajo de la superficie de sus fenómenos, tiene que sentirse incapaz para captar a través de las apariencias la verdadera esencia interior y la estructura interna de este proceso".

Ahora bien, en este caso no tan sólo se trata de un obstáculo que confrontan los burgueses en el proceso de conocimiento, sino que tal error, omisión o escamoteo epistemológico, es funcional al interés de justificar la dominación, de legitimar el lucro y la ganancia fundada en la explotación del trabajo. De tal forma que el hecho de que no se trascienda la apariencia, el nivel del dato empírico, la sacralización de la apariencia inmediata, no es un problema de "neutralidad axiológica", de objetividad científica. Los intereses de clase ocultan todo nexo o articulación del proceso de producción, y en tal sentido existe un esfuerzo por:

- ***"que a nivel de la fábrica, el proceso de trabajo sea concebido como un proceso "natural" o como un hecho tecnológico, sin considerar su articulación con el "proceso de valorización".***
- ***que el salario siga mistificando la relación entre el trabajo necesario y el trabajo excedente.***
- ***que la mercancía haga aparecer invertida la relación social, desapareciendo la distinción entre trabajo abstracto y trabajo concreto.***
- ***que el dinero y el interés aparezcan automatizados, como dinero que crea dinero, y no como metamorfosis del trabajo cristalizado, riqueza abstracta que es generada por el trabajo".***

Tal esfuerzo de encubrimiento y de apología por parte de los agentes Ideológicos burgueses es lo que Justifica que nos veamos Inexcusablemente comprometidos a Investigar y debatir con seriedad, develando tales relaciones aparentes, pues de lo contrario estaríamos bajo la supeditación de tales mistificaciones y por ende ayudando en la preservación del dominio del capital, facilitándole su legitimación ético-política."

Esta precisión teórico-ideológica nos ha conducido a realizar un sistemático esfuerzo de problematización de los diversos enfoques sobre el cambio en el modelo productivo que hoy está en proceso de elaboración en el seno del gobierno bolivariano.

Específicamente hemos colocado el acento en debatir ***el nexo que tiene el proceso de trabajo con el proceso de valorización, puntualmente el aspecto interno de la relación salarial, relativo a la cuota de explotación o trabajo excedente, igualmente la subsunción real del trabajo como enajenación.***

En esta compilación vamos a insistir en develar el velo apariencial que encubre la dominación capitalista y al mismo tiempo realizar la crítica de la tecnocracia que asume la fuerza de trabajo como "recurso humano" que se incorpora como un factor más de los costos de producción. Por eso a la hora de la "reducción de costo" existe un justificativo para penalizar a los trabajadores.

En esa dirección, hemos reivindicado el trabajo no como un factor indistinto de producción, sino ubicando a la fuerza de trabajo o trabajo vivo como la fuente real de la creación de nuevo valor y de igual manera planteando su liberación, lo que hace inexcusable superar el proceso enajenante que se da en el proceso inmediato de producción capitalista, por la contradicción en el proceso de trabajo y su extorsión:

1.- El proceso de trabajo es la base de la valorización, caracterizado por Marx como subsunción real del trabajo por el capital.

2.- En este proceso de valorización, las maquinarias y equipos (capital constante) no crean nuevo valor, sino que transfieren el valor cristalizado, denominado también “trabajo muerto”, trabajo acumulado, trabajo pretérito, trabajo objetivado.

3.- Lo que crea valor es sólo el “trabajo vivo” o fuerza de trabajo, ya que la máquina agrega el trabajo que ya posee.

4.- El proceso de trabajo en función de la valorización es un trabajo enajenado o alienado, donde el trabajador se enfrenta a la máquina, los productos y sus propios compañeros como algo “extraño”

El doble vínculo entre subsunción real del trabajo en el capital y la enajenación, fue reseñado por Marx en diversas obras (desde los **Manuscritos Económico-filosóficos de 1844** hasta **El Capital**) razón por la cual hemos compilado fragmentos de diversos textos donde se refleja esta problemática. Del mismo modo, reseñamos algunos autores que analizan los puntos de partida marxista sobre la subsunción real y la enajenación del trabajo.

Al enfatizar el tópico de la sumisión del trabajo a la búsqueda de la ganancia., queremos poner en evidencia el entramado de relaciones en el proceso de trabajo, sobre todo el de factura taylorista que predomina en nuestras industrias básicas.

Estos énfasis están justificados, porque cualquier intento de humanizar el trabajo y superar el proceso de valorización capitalista centrada en la extorsión del trabajo va a chocar inevitablemente con la llamada “ organización científica del trabajo” heredada del taylorismo, el fordismo y el neo-fordismo, por lo que hay que establecer las premisas de lo que va a ser el proceso de “reingeniería” que impulsa la propuesta socialista para no reproducir la lógica enajenante que hemos heredado en el proceso de trabajo. He aquí algunas de dichas premisas:

- El trabajador al supeditarse a los equipos y maquinarias, asume un conjunto de tareas parceladas y empobrecedoras, las cuales debe repetir indefinidamente, como parte de sus funciones y adscripción de cargo, regida por prácticas operativas, legitimadas en normativas y en la propia contratación colectiva y en el tabulador.
- La subsunción del trabajo en el capital, está respaldada por una determinada manera de entender y aplicar la ciencia y la tecnología, donde los paradigmas dominantes en el terreno del conocimiento o los saberes técnicos excluyen como no científico las habilidades y pericias del trabajador.
- De esta manera se puede hablar de una subsunción del saber, ya que la experiencia del obrero y su “saber hacer” se hace rutinario y poco creativo, profundizando la diferencia entre la actividad manual e intelectual.

- En el taylorismo, al disociar el saber de los trabajadores, aparece como obligado que este sea asumido por la gerencia, separando la dirección de la ejecución.
- Este es un rasgo fundante de la enajenación del trabajo en las empresas básicas, porque el obrero ejecuta un trabajo parcelario y embrutecedor, con una enorme carga física y psíquica, en ambientes de alto riesgo y severidad, mientras una parte de la gerencia y de la administración monopoliza la tareas de dirección en un ambiente diferenciado.
- El espacio donde se formula y se administra el proceso de trabajo es algo ajeno y distante del obrero, justificado por supuesto en normas técnicas que nadie discute.
- Por ello, en la lucha contra la enajenación del trabajo es necesario no sólo cambiar de enfoques y paradigmas técnicos, sino igualmente asumir la reestructuración organizativa de nuestras empresas, dándole otro sentido a las diversas ingenierías, a la planificación y la administración, tal como lo hemos venido planteando en el proceso cogestionario de CVG-ALCASA.

Esa última perspectiva nos ha animado a recopilar los materiales que a continuación presentamos, como una nueva contribución al proceso investigativo y de discusión que estamos promoviendo en la CVG y el MIBAM.

Carlos Lanz Rodríguez.
23 de Abril de 2007

Carlos Marx

Manuscritos Económicos y filosóficos de 1844

[*Primer Manuscrito*]

[El trabajo enajenado]

(XXII) Hemos partido de los presupuestos de la Economía Política. Hemos aceptado su terminología y sus leyes. Damos por supuestas la propiedad privada, la separación del trabajo, capital y tierra, y la de salario, beneficio del capital y renta de la tierra; admitamos la división del trabajo, la competencia, el concepto de valor de cambio, etc. Con la misma Economía Política, con sus mismas palabras, hemos demostrado que el trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías; que la miseria del obrero está en razón inversa de la potencia y magnitud de su producción; que el resultado necesario de la competencia es la acumulación del capital en pocas manos, es decir, la más terrible reconstitución de los monopolios; que, por último; desaparece la diferencia entre capitalistas y terratenientes, entre campesino y obrero fabril, y la sociedad toda ha de quedar dividida en las dos clases de *propietarios* y *obreros* desposeídos.

La Economía Política parte del hecho de la propiedad privada, pero no lo explica. Capta el proceso material de la propiedad privada, que esta recorre en la realidad, con fórmulas abstractas y generales a las que luego presta valor de *ley*. No *comprende* estas leyes, es decir, no prueba cómo proceden de la esencia de la propiedad privada. La Economía Política no nos proporciona ninguna explicación sobre el fundamento de la división de trabajo y capital, de capital y tierra. Cuando determina, por ejemplo, la relación entre beneficio del capital y salario, acepta como fundamento último el interés del capitalista, en otras palabras, parte de aquello que debería explicar. Otro tanto ocurre con la competencia, explicada siempre por circunstancias externas. En qué medida estas circunstancias externas y aparentemente casuales son sólo expresión de un desarrollo necesario, es algo sobre lo que la Economía Política nada nos dice. Hemos visto cómo para ella hasta el intercambio mismo aparece como un hecho ocasional. Las únicas ruedas que la Economía Política pone en movimiento son la codicia y la *guerra entre los codiciosos*, la *competencia*.

Justamente porque la Economía Política no comprende la coherencia del movimiento pudo, por ejemplo, oponer la teoría de la competencia a la del monopolio, la de la libre empresa a la de la corporación, la de la división de la tierra a la del gran latifundio, pues competencia, libertad de empresa y división de la tierra fueron comprendidas y estudiadas sólo como consecuencias casuales, deliberadas e impuestas por la fuerza del monopolio, la corporación y la propiedad feudal, y no como sus resultados necesarios, inevitables y naturales.

Nuestra tarea es ahora, por tanto, la de comprender la conexión esencial entre la propiedad privada, la codicia, la separación de trabajo, capital y tierra, la de intercambio y competencia, valor y desvalorización del hombre; monopolio y competencia; tenemos que comprender la conexión de toda esta enajenación con el sistema *monetario*.

No nos coloquemos, como el economista cuando quiere explicar algo, en una imaginaria situación primitiva. Tal situación primitiva no explica nada,

simplemente traslada la cuestión a una lejanía nebulosa y grisácea. Supone como hecho, como acontecimiento lo que debería deducir, esto es, la relación necesaria entre dos cosas, Por ejemplo, entre división del trabajo e intercambio. Así es también como la teología explica el origen del mal por el pecado original dando por supuesto como hecho, como historia, aquello que debe explicar. Nosotros partimos de un hecho económico, *actual*.

El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como *mercancía*, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general.

Este hecho, por lo demás, no expresa sino esto: el objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un *ser extraño*, como un *poder independiente* del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado en un objeto, que se ha hecho cosa; el producto es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo aparece en el estadio de la Economía Política como *desrealización* del trabajador, la objetivación como *pérdida* del *objeto* y servidumbre a él, la apropiación como *extrañamiento*, como enajenación.

Hasta tal punto aparece la realización del trabajo como desrealización del trabajador, que éste es desrealizado hasta llegar a la muerte por inanición. La objetivación aparece hasta tal punto como pérdida del objeto que el trabajador se ve privado de los objetos más necesarios no sólo para la vida, sino incluso para el trabajo. Es más, el trabajo mismo se convierte en un objeto del que el trabajador sólo puede apoderarse con el mayor esfuerzo y las más extraordinarias interrupciones. La apropiación del objeto aparece en tal medida como extrañamiento, que cuantos más objetos produce el trabajador, tantos menos alcanza a poseer y tanto más sujeto queda a la dominación de su producto, es decir, del capital.

Todas estas consecuencias están determinadas por el hecho de que el trabajador se relaciona con el *producto de su trabajo* como un objeto *extraño*. Partiendo de este supuesto, es evidente que cuánto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo. El trabajador pone su vida en el objeto pero a partir de entonces ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador. Lo que es el producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el trabajador. La *enajenación* del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia *exterior*, sino que existe *fuera de él*, independiente, extraño, que se convierte en un poder independiente frente a él; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil.

(XXIII) Consideraremos ahora más de cerca la *objetivación*, la producción del trabajador, y en ella el *extrañamiento*, la *pérdida* del objeto, de su producto.

El trabajador no puede crear nada sin la *naturaleza*, sin el *mundo exterior sensible*. Esta es la materia en que su trabajo se realiza, en la que obra, en la que y con la que produce.

Pero así como la naturaleza ofrece al trabajo *medios de vida*, en el sentido de que el trabajo no puede vivir sin objetos sobre los que ejercerse, así, de otro lado, ofrece también *viveres* en sentido estricto, es decir, medios para la subsistencia del *trabajador* mismo.

En consecuencia, cuanto más se *apropia* el trabajador el mundo exterior, la naturaleza sensible, por medio de su trabajo, tanto más se priva de *viveres* en este doble sentido; en primer lugar, porque el mundo exterior sensible cesa de ser, en creciente medida, un objeto perteneciente a su trabajo, un *medio de vida* de su trabajo; en segundo término, porque este mismo mundo deja de representar, cada vez más pronunciadamente, *viveres* en sentido inmediato, medios para la subsistencia física del trabajador.

El trabajador se convierte en siervo de su objeto en un doble sentido: primeramente porque recibe un *objeto de trabajo*, es decir, porque recibe *trabajo*; en segundo lugar porque recibe *medios de subsistencia*. Es decir, en primer termino porque puede existir como *trabajador*, en segundo término porque puede existir como *sujeto físico*. El colmo de esta servidumbre es que ya sólo en cuanto *trabajador* puede mantenerse como *sujeto físico* y que sólo como *sujeto físico* es ya trabajador.

(La enajenación del trabajador en su objeto se expresa, según las leyes económicas, de la siguiente forma: cuanto más produce el trabajador, tanto menos ha de consumir; cuanto más valores crea, tanto más sin valor, tanto más indigno es él; cuanto más elaborado su producto, tanto más deforme el trabajador; cuanto más civilizado su objeto, tanto más bárbaro el trabajador; cuanto más rico espiritualmente se hace el trabajo, tanto más desespiritualizado y ligado a la naturaleza queda el trabajador.)

La Economía Política oculta la enajenación esencial del trabajo porque no considera la relación inmediata entre el trabajador (el trabajo) y la producción.

Ciertamente el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas. Produce belleza, pero deformidades para el trabajador. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los trabajadores a un trabajo bárbaro, y convierte en máquinas a la otra parte. Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo para el trabajador.

La relación inmediata del trabajo y su producto es la relación del trabajador y el objeto de su producción. La relación del acaudalado con el objeto de la producción y con la producción misma es sólo una *consecuencia* de esta primera relación y la confirma. Consideraremos más tarde este otro aspecto.

Cuando preguntamos, por tanto, cuál es la relación esencial del trabajo, preguntamos por la relación entre el *trabajador* y la producción.

Hasta ahora hemos considerado el extrañamiento, la enajenación del trabajador, sólo en un aspecto, concretamente *en su relación con el producto de su trabajo*. Pero el extrañamiento no se muestra sólo en el resultado, sino en el *acto de la producción*, dentro de la *actividad productiva* misma. ¿Cómo podría el trabajador enfrentarse con el producto de su actividad como con algo extraño si en el acto mismo de la producción no se hiciese ya ajeno a sí mismo? El producto no es más que el resumen de la actividad, de la producción. Por tanto, si el producto del trabajo es la enajenación, la

producción misma ha de ser la enajenación activa, la enajenación de la actividad; la actividad de la enajenación. En el extrañamiento del producto del trabajo no hace más que resumirse el extrañamiento, la enajenación en la actividad del trabajo mismo.

¿En qué consiste, entonces, la enajenación del trabajo?

Primeramente en que el trabajo es *externo* al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, *trabajo forzado*. Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo. Su carácter extraño se evidencia claramente en el hecho de que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo se huye del trabajo como de la peste. El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo. En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro. Así como en la religión la actividad propia de la fantasía humana, de la mente y del corazón humanos, actúa sobre el individuo independientemente de él, es decir, como una actividad extraña, divina o diabólica, así también la actividad del trabajador no es su propia actividad. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo.

De esto resulta que el hombre (el trabajador) sólo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, beber, engendrar, y todo lo más en aquello que toca a la habitación y al atavío, y en cambio en sus funciones humanas se siente como animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en lo animal.

Comer, beber y engendrar, etc., son realmente también auténticas funciones humanas. Pero en la abstracción que las separa del ámbito restante de la actividad humana y las convierte en un único y último son animales.

Hemos considerado el acto de la enajenación de la actividad humana práctica, del trabajo, en dos aspectos: 1) la relación del trabajador con el *producto del trabajo* como con un objeto ajeno y que lo domina. Esta relación es, al mismo tiempo, la relación con el mundo exterior sensible, con los objetos naturales, como con un mundo extraño para él y que se le enfrenta con hostilidad; 2) la relación del trabajo con el *acto de la producción* dentro del *trabajo*. Esta relación es la relación del trabajador con su propia actividad, como con una actividad extraña, que no le pertenece, la acción como pasión, la fuerza como impotencia, la generación como castración, la *propia* energía física y espiritual del trabajador, su vida personal (pues qué es la vida sino actividad) como una actividad que no le pertenece, independiente de él, dirigida contra él. La *enajenación respecto de sí mismo* como, en el primer caso, la enajenación respecto de la cosa.

(XXIV) Aún hemos de extraer de las dos anteriores una tercera determinación del *trabajo enajenado*.

El hombre es un ser genérico no sólo porque en la teoría y en la práctica toma como objeto suyo el género, tanto el suyo propio como el de las demás cosas, sino también, y esto no es más que otra expresión para lo mismo, porque se

relaciona consigo mismo como el género actual, viviente, porque se relaciona consigo mismo como un ser *universal* y por eso libre.

La vida genérica, tanto en el hombre como en el animal, consiste físicamente, en primer lugar, en que el hombre (como el animal) vive de la naturaleza inorgánica, y cuanto más universal es el hombre que el animal, tanto más universal es el ámbito de la naturaleza inorgánica de la que vive. Así como las plantas, los animales, las piedras, el aire, la luz, etc., constituyen teóricamente una parte de la conciencia humana, en parte como objetos de la ciencia natural, en parte como objetos del arte (su naturaleza inorgánica espiritual, los medios de subsistencia espiritual que él ha de preparar para el goce y asimilación), así también constituyen prácticamente una parte de la vida y de la actividad humano. Físicamente el hombre vive sólo de estos productos naturales, aparezcan en forma de alimentación, calefacción, vestido, vivienda, etc. La universalidad del hombre aparece en la práctica justamente en la universalidad que hace de la naturaleza toda su cuerpo inorgánico, tanto por ser (1) un medio de subsistencia inmediato, como por ser (2) la materia, el objeto y el instrumento de su actividad vital. La naturaleza es el *cuerpo inorgánico* del hombre; la naturaleza, en cuanto ella misma, no es cuerpo humano. Que el hombre *vive* de la naturaleza quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el cual ha de mantenerse en proceso continuo para no morir. Que la vida física y espiritual del hombre esta ligada con la naturaleza no tiene otro sentido que el de que la naturaleza está ligada consigo misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza.

Como quiera que el trabajo enajenado (1) convierte a la naturaleza en algo ajeno al hombre, (2) lo hace ajeno de sí mismo, de su propia función activa, de su actividad vital, también hace del *género* algo ajeno al hombre; hace que para él la *vida genérica* se convierta en medio de la vida individual. En primer lugar hace extrañas entre sí la vida genérica y la vida individual, en segundo termino convierte a la primera, en abstracta, en fin de la última, igualmente en su forma extrañada y abstracta.

Pues, en primer termino, el trabajo, la *actividad vital*, la *vida productiva misma*, aparece ante el hombre sólo como un medio para la satisfacción de una necesidad, de la necesidad de mantener la existencia física. La vida productiva es, sin embargo, la vida genérica. Es la vida que crea vida. En la forma de la actividad vital reside el carácter dado de una especie, su carácter genérico, y la actividad libre, consciente, es el carácter genérico del hombre. La vida misma aparece sólo como *medio de vida*.

El animal es inmediatamente uno con su actividad vital. No se distingue de ella. Es *ella*. El hombre hace de su actividad vital misma objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene actividad vital consciente. No es una determinación con la que el hombre se funda inmediatamente. La actividad vital consciente distingue inmediatamente al hombre de la actividad vital animal. Justamente, y sólo por ello, es él un ser genérico. O, dicho de otra forma, sólo es ser consciente, es decir, sólo es su propia vida objeto para él, porque es un ser genérico. Sólo por ello es su actividad libre. El trabajo enajenado invierte la relación, de manera que el hombre, precisamente por ser un ser consciente hace de su actividad vital, de su esencia, un simple medio para su *existencia*.

La producción práctica de un *mundo objetivo*, la elaboración de la naturaleza inorgánica, es la afirmación del hombre como un ser genérico consciente, es decir, la afirmación de un ser que se relaciona con el género como con su

propia esencia o que se relaciona consigo mismo como ser genérico. Es cierto que también el animal produce. Se construye un nido, viviendas, como las abejas, los castores, las hormigas, etc. Pero produce únicamente lo que necesita inmediatamente para sí o para su prole; produce unilateralmente, mientras que el hombre produce universalmente; produce únicamente por mandato de la necesidad física inmediata, mientras que el hombre produce incluso libre de la necesidad física y sólo produce realmente liberado de ella; el animal se produce sólo a sí mismo, mientras que el hombre reproduce la naturaleza entera; el producto del animal pertenece inmediatamente a su cuerpo físico, mientras que el hombre se enfrenta libremente a su producto. El animal forma únicamente según la necesidad y la medida de la especie a la que pertenece, mientras que el hombre sabe producir según la medida de cualquier especie y sabe siempre imponer al objeto la medida que le es inherente; por ello el hombre crea también según las leyes de la belleza.

Por eso precisamente es sólo en la elaboración del mundo objetivo en donde el hombre se afirma realmente como un *ser genérico*. Esta producción es su vida genérica activa. Mediante ella aparece la naturaleza como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es por eso *la objetivación de la vida genérica del hombre*, pues éste se desdobra no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente, y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él. Por esto el trabajo enajenado, al arrancar al hombre el objeto de su producción, le arranca su *vida genérica*, su real objetividad genérica y transforma su ventaja respecto del animal en desventaja, pues se ve privado de su cuerpo inorgánico, de la naturaleza. Del mismo modo, al degradar la actividad propia, la actividad libre, a la condición de medio, hace el trabajo enajenado de la vida genérica del hombre en medio para su existencia física.

Mediante la enajenación, la conciencia del hombre que el hombre tiene de su género se transforma, pues, de tal manera que la vida genérica se convierte para él en simple medio.

El trabajo enajenado, por tanto:

3) Hace del *ser genérico del hombre*, tanto de la naturaleza como de sus facultades espirituales genéricas, un ser ajeno para él, un medio de existencia individual. Hace extraños al hombre su propio cuerpo, la naturaleza fuera de él, su esencia espiritual, su *esencia humana*.

4) Una consecuencia inmediata del hecho de estar enajenado el hombre del producto de su trabajo, de su actividad vital, de su ser genérico, es la enajenación *del hombre respecto del hombre*. Si el hombre se enfrenta consigo mismo, se enfrenta también al *otro*. Lo que es válido respecto de la relación del hombre con su trabajo, con el producto de su trabajo y consigo mismo, vale también para la relación del hombre con el otro y con trabajo y el producto del trabajo del otro.

En general, la afirmación de que el hombre está enajenado de su ser genérico quiere decir que un hombre está enajenado del otro, como cada uno de ellos está enajenado de la esencia humana.

La enajenación del hombre y, en general, toda relación del hombre consigo mismo, sólo encuentra realización y expresión verdaderas en la relación en que el hombre está con el otro.

En la relación del trabajo enajenado, cada hombre considera, pues, a los demás según la medida y la relación en la que él se encuentra consigo mismo en cuanto trabajador.

(XXV) Hemos partido de un hecho económico, el extrañamiento entre el trabajador y su producción. Hemos expuesto el concepto de este hecho: el trabajo *enajenado*, *extrañado*. Hemos analizado este concepto, es decir, hemos analizado simplemente un hecho económico.

Veamos ahora cómo ha de exponerse y representarse en la realidad el concepto del trabajo enajenado, extrañado.

Si el producto del trabajo me es ajeno, se me enfrenta como un poder extraño, entonces ¿a quién pertenece?

Si mi propia actividad no me pertenece; si es una actividad ajena, forzada, ¿a quién pertenece entonces?

A un ser otro que yo.

¿Quién es ese ser?

¿Los dioses? Ciertamente que en los primeros tiempos la producción principal, por ejemplo, la construcción de templos, etc., en Egipto, India, Méjico, aparece al servicio de los dioses, como también a los dioses pertenece el producto. Pero los dioses por sí solos no fueron nunca los dueños del trabajo. Aún menos de la *naturaleza*. Qué contradictorio sería que cuando más subyuga el hombre a la naturaleza mediante su trabajo, cuando más superfluos vienen a resultar los milagros de los dioses en razón de los milagros de la industria, tuviese que renunciar el hombre, por amor de estos poderes, a la alegría de la producción y al goce del producto.

El ser *extraño* al que pertenecen a trabajo y el producto del trabajo, a cuyo servicio está aquél y para cuyo placer sirve éste, solamente puede ser el *hombre* mismo.

Si el producto del trabajo no pertenece al trabajador, si es frente él un poder extraño, esto sólo es posible porque pertenece a *otro hombre* que no es el trabajador. Si su actividad es para él dolor, ha de ser goce y alegría vital de otro. Ni los dioses, ni la naturaleza, sino sólo el hombre mismo, puede ser este poder extraño sobre los hombres.

Recuérdese la afirmación antes hecha de que la relación del hombre consigo mismo únicamente es para él *objetiva y real* a través de su relación con los otros hombres. Si él, pues, se relaciona con el producto de su trabajo, con su trabajo objetivado, como con un objeto poderoso, independiente de él, hostil, *extraño*, se está relacionando con él de forma que otro hombre independiente de él, poderoso, hostil, extraño a él, es el dueño de este objeto; Si él se relaciona con su actividad como con una actividad no libre, se está relacionando con ella como con la actividad al servicio de otro, bajo las órdenes, la compulsión y el yugo de otro.

Toda enajenación del hombre respecto de sí mismo y de la naturaleza aparece en la relación que él presume entre él, la naturaleza y los otros hombres distintos de él, Por eso la autoenajenación religiosa aparece necesariamente en la relación del laico con el sacerdote, o también, puesto que aquí se trata del mundo intelectual, con un mediador, etc. En el mundo práctico, real, el extrañamiento de sí sólo puede manifestarse mediante la relación práctica, real, con los otros hombres. El medio mismo por el que el extrañamiento se opera es un medio práctico. En consecuencia mediante el trabajo enajenado no sólo produce el hombre su relación con el objeto y con el acto de la propia producción como con poderes que le son extraños y hostiles, sino también la relación en la que los otros hombres se encuentran con su producto y la relación en la que él está con estos otros hombres. De la misma manera que

hace de su propia producción su desrealización, su castigo; de su propio producto su pérdida, un producto que no le pertenece, y así también crea el dominio de quien no produce sobre la producción y el producto. Al enajenarse de su propia actividad posesiona al extraño de la actividad que no le es propia. Hasta ahora hemos considerado la relación sólo desde el lado del trabajador; la consideraremos más tarde también desde el lado del no trabajador.

Así, pues, mediante el *trabajo enajenado* crea el trabajador la relación de este trabajo con un hombre que está fuera del trabajo y le es extraño. La relación del trabajador con el trabajo engendra la relación de éste con el del capitalista o como quiera llamarse al patrono del trabajo. La *propiedad privada* es, pues, el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del *trabajo enajenado*, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

Partiendo de la Economía Política hemos llegado, ciertamente, al concepto del *trabajo enajenado (de la vida enajenada)* como resultado del *movimiento de la propiedad privada*. Pero el análisis de este concepto muestra que aunque la propiedad privada aparece como fundamento, como causa del trabajo enajenado, es más bien una consecuencia del mismo, del mismo modo que los dioses no son *originariamente* la causa, sino el efecto de la confusión del entendimiento humano. Esta relación se transforma después en una interacción recíproca.

Sólo en el último punto culminante de su desarrollo descubre la propiedad privada de nuevo su secreto, es decir, en primer lugar que es el *producto* del trabajo enajenado, y en segundo término que es el *medio* por el cual el trabajo se enajena, la *realización de esta enajenación*.

Este desarrollo ilumina al mismo tiempo diversas colisiones no resueltas hasta ahora.

1) La Economía Política parte del trabajo como del alma verdadera de la producción y, sin embargo, no le da nada al trabajo y todo a la propiedad privada. Partiendo de esta contradicción ha fallado Proudhon en favor del trabajo y contra la Propiedad privada. Nosotros, sin embargo, comprendemos, que esta aparente contradicción es la contradicción del *trabajo enajenado* consigo mismo y que la Economía Política simplemente ha expresado las leyes de este trabajo enajenado.

Comprendemos también por esto que *salario y propiedad privada* son idénticos, pues el salario que paga el producto, el objeto del trabajo, el trabajo mismo, es sólo una consecuencia necesaria de la enajenación del trabajo; en el salario el trabajo no aparece como un fin en sí, sino como un servidor del salario. Detallaremos esto más tarde. Limitándonos a extraer ahora algunas consecuencias (XXVI).

Un *alza forzada de los salarios*, prescindiendo de todas las demás dificultades (prescindiendo de que, por tratarse de una anomalía, sólo mediante la fuerza podría ser mantenida), no sería, por tanto, más que una *mejor remuneración de los esclavos*, y no conquistaría, ni para el trabajador, ni para el trabajo su vocación y su dignidad humanas.

Incluso la *igualdad de salarios*, como pide Proudhon no hace más que transformar la relación del trabajador actual con su trabajo en la relación de todos los hombres con el trabajo. La sociedad es comprendida entonces como capitalista abstracto.

El salario es una consecuencia inmediata del trabajo enajenado y el trabajo enajenado es la causa inmediata de la propiedad privada. Al desaparecer un término debe también, por esto, desaparecer el otro.

2) De la relación del trabajo enajenado con la propiedad privada se sigue, además, que la emancipación de la sociedad de la propiedad privada, etc., de la servidumbre, se expresa en la forma política de la *emancipación de los trabajadores*, no como si se tratase sólo de la emancipación de éstos, sino porque su emancipación entraña la emancipación humana general; y esto es así porque toda la servidumbre humana está encerrada en la relación de trabajador con la producción, y todas las relaciones serviles son sólo modificaciones y consecuencias de esta relación.

Así como mediante el *análisis* hemos encontrado el concepto de *propiedad privada* partiendo del concepto de *trabajo enajenado, extrañado*, así también podrán desarrollarse con ayuda de estos dos factores todas las *categorías económicas* y encontraremos en cada una de estas categorías, por ejemplo, el tráfico, la competencia, el capital, el dinero, solamente una *expresión determinada*, desarrollada, de aquellos primeros fundamentos.

Antes de considerar esta estructuración, sin embargo, tratemos de resolver dos cuestiones.

1) Determinar la *esencia* general de la *propiedad privada*, evidenciada como resultado del trabajo enajenado, en su relación con la *propiedad verdaderamente humana y social*.

2) Hemos aceptado el *extrañamiento del trabajo*, su *enajenación*, como un hecho y hemos realizado este hecho. Ahora nos preguntamos ¿cómo llega el hombre a *enajenar, a extrañar su trabajo*? ¿Cómo se fundamenta este extrañamiento en la esencia de la evolución humana? Tenemos ya mucho ganado para la solución de este problema al haber *transformado* la cuestión del *origen de la propiedad privada* en la cuestión de la relación del *trabajo enajenado* con el proceso evolutivo de la humanidad. Pues cuando se habla de *propiedad privada* se cree tener que habérselas con una cosa fuera del hombre. Cuando se habla de trabajo nos las tenemos que haber inmediatamente con el hombre mismo. Esta nueva formulación de la pregunta es ya incluso su solución.

ad. 1) *Esencia general de la propiedad privada y su relación con la propiedad verdaderamente humana.*

El trabajo *enajenado* se nos ha resuelto en dos componentes que se condicionan recíprocamente o que son sólo dos expresiones distintas de una misma relación. La *apropiación* aparece como extrañamiento, como *enajenación* y la *enajenación* como *apropiación*, el *extrañamiento* como la verdadera *naturalización*.

Hemos considerado un aspecto, el trabajo *enajenado* en relación al *trabajador* mismo, es decir, la relación del trabajo enajenado consigo mismo. Como producto, como resultado necesario de esta relación hemos encontrado la *relación de propiedad del no—trabajador* con el *trabajador* y con el *trabajo*. La *propiedad privada* como expresión resumida, material, del trabajo enajenado abarca ambas relaciones, la *relación del trabajador con el trabajo*, con el *producto de su trabajo y con el no trabajador*, y la *relación del no trabajador con el trabajador y con el producto de su trabajo*.

Si hemos visto, pues, que respecto del trabajador, que mediante el trabajo se *apropia* de la naturaleza, la *apropiación* aparece como *enajenación*, la actividad

propia como actividad para otro y de otro, la vitalidad como holocausto de la vida, la producción del objeto como pérdida del objeto en favor de un poder *extraño*, consideremos ahora la relación de este hombre *extraño* al trabajo y al trabajador con el trabajador, el trabajo y su objeto.

Por de pronto hay que observar que todo lo que en el trabajador aparece como *actividad de la enajenación*, aparece en el no trabajador como *estado de la enajenación*, del *extrañamiento*.

En segundo término, que el *comportamiento práctico, real*, del trabajador en la producción y respecto del producto (en cuanto estado de ánimo) aparece en el no trabajador a él enfrentado como comportamiento *teórico*.

(XXVII) *Tercero*. El no trabajador hace contra el trabajador todo lo que este hace contra sí mismo, pero no hace contra sí lo que hace contra el trabajador.

LA ALIENACIÓN DEL TRABAJO.

Pablo Jose

Actividad en que se enajena? el trabajo, quien? El obrero. ¿Carácter de esa enajenación? Práctica (en el acto de producción)

Separación entre trabajo y propiedad. Dimensiones de la alienación:

a- Alienación de la cosa que produce. [objetivación]

[estamos analizando acá la relación del obrero con el producto de trabajo.]El trabajo se objetiva(exterioriza) en el objeto.

El esfuerzo mental y físico que queda atrapado en el producto, que se independiza del trabajador, se vuelve extraño, hostil a él, y lo somete a su servidumbre. El trabajador pierde toda autonomía personal y toda posibilidad de encontrar satisfacción en el trabajo. El trabajo se amalgama al producto (dándole el valor) el cual pertenece al capitalista que se apropia de él. Cuanta más riqueza produce más pobre es, cuanto más produce menos poder tiene. (por la contraposición de los intereses de clase, la realización de los interés de una clase lleva ínsito..) Cuanto más se exterioriza en el objeto, que se vuelve extraño a él, mas pierde de sí mismo, más pobre se vuelve su mundo interior y tanto más poderoso el mundo extraño. Lo mismo que con la religión, cuanto más cosas pone el hombre en Dios, tanto menos conserva para sí mismo. Para el obrero, el trabajo es un medio de subsistencia, en vez de ser una manifestación de su personalidad. *El obrero solo puede conservarse como sujeto físico en su condición de obrero*. Ya no en condición de hombre con acceso directo a los medios de subsistencia directos que le ofrece la naturaleza.

b- Alienación del hombre respecto de su propia actividad.

Si el producto del trabajo es la alienación, también la producción debe ser la alienación en acto, la alienación de la actividad. El trabajo es exterior al obrero, no pertenece a su ser, entonces, el obrero no se afirma en su trabajo, sino que se niega, no se siente cómodo sino desventurado, no despliega una libre

actividad física e intelectual, sino que martiriza su cuerpo y arruina su espíritu. En consecuencia el obrero solo está consigo cuando está fuera del trabajo, y cuando está en el trabajo se siente fuera de sí. De este modo el trabajo no es voluntario, sino forzado. Los hombres si no tuvieran esa coacción "huirían del trabajo como la peste". No es la satisfacción de una necesidad (un fin en sí mismo), sino un medio para satisfacer otras necesidades. (obtener el salario y de ahí etc.) [Por último el obrero cuando trabaja, no se pertenece sí mismo, no es su actividad propia sino que el capitalista la compra.]

De este modo, el obrero, se siente libremente activo sólo en sus funciones animales, fuera del trabajo: procrear, comer y beber, de esta manera se transforma en una bestia por que su actividad vital como ser humano de trabajar le es arrebatada, le pertenece a otro. La propia actividad de trabajo se ve alienada, por que no permite el desarrollo de los hombres, lo transforman en bestia.

c- La enajenación del trabajador respecto a la naturaleza.

El trabajador renuncia a su propia naturaleza en favor de la de un ser ajeno. El hombre, como ser universal, hace de toda la naturaleza su cuerpo inorgánico, en la medida en que es un medio inmediato de subsistencia como en la medida en que es, subsidiariamente, la materia, el objeto y la herramienta de su actividad vital [el trabajo]. *[el hombre se trasciende a sí mismo]* Si bien el animal produce, la diferencia es que el hombre puede proyectarse en su cabeza antes (no instintivamente) como será lo que construya. El animal produce para él y su cría, sus necesidades inmediatas, el hombre produce de modo universal. El animal solo se produce a sí mismo, en tanto que el hombre reproduce a toda la naturaleza. El animal modela a medida de y de acuerdo con las necesidades de su especie, el ser humano puede hacerlo para cualquier especie y además, modelar de acuerdo a las leyes de la estética. La naturaleza, es decir, la naturaleza que no es en sí misma el cuerpo humano, es el cuerpo inorgánico del hombre. Su cuerpo inorgánico (la naturaleza) le es robado. El hombre vive de la naturaleza, con la cual debe mantener una relación constante para no morir. Gracias a la elaboración de la naturaleza inorgánica, el hombre se experimenta como ser genérico. Y cuando esta relación productiva se ve alienada bajo el capitalismo, su naturaleza como ser genérico desaparece. (se ve impedido de realizar su actividad como especie) El trabajo se transforma en un medio para su existencia individual, y no como fin en sí mismo del genero humano. Al volverse extraña al hombre su actividad como especie (su naturaleza humana) , desaparece la especie y solo queda el individuo.

[2/ le roban la actividad / 3 Al robarle la actividad que lo caracteriza como ser humano, se aliena del genero humano, al hacer del trabajo solo un medio de subsistencia.]

d- Enajenación de la relación del hombre con los otros hombres.

Bajo el capitalismo las relaciones entre capitalistas y obreros no cuentan como relación humana, el obrero es un instrumento para producir, el capitalista solo paga sueldos. Es una relación humana enajenada, viciada por el ámbito de las

relaciones de producción capitalistas. Las relaciones humanas tienden a quedar reducidas a operaciones de mercado. El dinero fomenta la racionalización de las relaciones sociales al poder compararse y reducirse entre las cualidades más heterogéneas. Las relaciones humanas se cosifican. [Cada uno trabaja para sí mismo, en vez de tener un sentido colectivo...] Se relaciona con los otros como trabajador, y no puede relacionarse como persona.

Alienación de la burguesía. El capitalista también está subordinado al capital, en el sentido que la ley de la propiedad privada domina su misma existencia. El industrial tiene que ser diligente, sobrio, económico".. debe llevar adelante actitudes que lo orienten a la búsqueda de la ganancia: Tiene que ahorrar, ser virtuoso, ascético.

El burgués, también se ve alienado cuando en vez de realizar la actividad vital y esencial del ser humano (el trabajo), paga para que alguien la haga por él.

6 - Conclusión

Marx ve la propiedad privada como la consecuencia (no la causa) de la enajenación del trabajo. Son categorías recíprocas, y ve en la abolición de la propiedad privada el fin de la alienación del trabajo, y no como un fin en sí mismo.

La abolición de la propiedad privada y del trabajo enajenado restituirá la unidad profunda y natural en las relaciones personales, permitiendo un desarrollo de las facultades individuales que "no podía ser posible sin la colaboración armoniosa de los hombres consagrados a tareas comunes en el dominio de la producción material. Creación y creador de la sociedad, el hombre sólo puede alcanzar su plenitud individual en una actividad dotada de significación social, de alcance social"

Pero la alienación no sólo se da en el terreno de la actividad productiva, del trabajo. Además de la alienación económica, estructural y radical en la sociedad capitalista, derivan de ella otras formas de alienación, como la social, (a través de la división de la sociedad en clases), la política (con la división entre la "sociedad civil" y el "Estado") de las que, a su vez derivan otras formas de alienación ideológica, (como la religiosa y la filosófica) que buscan justificar la situación real de miseria para la mayoría y, al mismo tiempo, confundir y mistificar la realidad, creando una falsa conciencia de la misma. La última fase de la alienación es, pues, la alienación ideológica. En ésta el trabajador **cree** que es legítima la apropiación de la plusvalía por parte del capitalista. El trabajador cree que, como el capitalista posee legítimamente los medios de producción (talleres, maquinaria, fábricas...), tiene una pretensión o un derecho fundado para apropiarse una parte de su trabajo, de una parte de su actividad, de una parte de su vida.

A su vez, se considera legítima la posesión de los medios de producción porque deriva de una apropiación legítima de plusvalías en etapas anteriores, construyéndose un círculo vicioso en los procesos de legitimación de la explotación. La eficacia de la explotación capitalista descansa sobre la noción

de legitimidad: presentarse ante las conciencias de los explotados como moralmente justificables.

La ideología es una forma de ver el mundo que satisface los intereses de los explotadores. La ideología es una *falsa conciencia*, una representación inadecuada de la realidad a fin de que los explotados consideren naturales y por tanto justificables e inevitables sus condiciones de vida: "siempre ha habido ricos", "es natural que el amo se lleve una parte de la cosecha: es el dueño de la tierra, al fin y al cabo", son expresiones que manifiestan la aceptación de la ideología dominante por parte de los dominados. La ideología se constituye en la culminación del proceso de alienación.

Mediante la abolición de la propiedad privada se puede superar la enajenación del trabajo. // si no hay propiedad privada de los medios de producción no puede haber entonces una relación de explotación y alienación. X q¿? à por que libera las relaciones de producción. (por que adoptan la forma de la prop priv. De poseedores o no poseedores)**La abolición efectiva de la propiedad privada, como la apropiación de la vida humana, es de este modo la abolición efectiva de toda alienación, y en consecuencia el retorno del hombre desde la religión, la familia, el estado, etc. a su vida humana, es decir, social.** =/= [*Tocqueville, la degradación esta en el sistema de producción mismo, en la división del trabajo y en la tecnología. Para él no importaba quien tenga los medios de producción, el tormento de los hombres estaba en otro lado.*]

8 - Bibliografía utilizada.

- "Manuscritos Económicos Filosóficos" Karl Marx.

1º manuscrito: El trabajo alienado.

2º manuscrito: La relación de la propiedad privada.

- "El Capital" Tomo 1. Volumen 1. Karl Marx.

Sección 1era. Cap. I título 1 y 2.

Sección 2da. Cap. IV título 3.

Sección 3era. Cap V título 1.

- "La Ideología Alemana." Karl Marx.

- "Diccionario de Economía Política" de Borizov, Zhamin y Makárova.

- "El trabajo en Marx: Via crucis y fuente de salvación." Elizabeth Sánchez Garay. Investigadora y Docente de la UAZ (Universidad Autónoma de Zacatecas. México)

- Clase especial de Economía Política sobre Plusvalía Dictada por Zambón en la U.N.L. (Universidad Nacional del Litoral)
- Nisbet, "La formación del pensamiento sociológico" Tomo II. Título "La alienación del trabajo: Marx"
- Guiddens "El capitalismo y la moderna teoría social" Editorial Labor. Capítulo I
- "- Marcelo Yunes "los manuscritos económico - filosóficos: trabajo y alienación"

EI CONCEPTO de Enajenación

Ramiro Ernesto Cárdenes

3. ENAJENACIÓN

"La Economía Política no conoce al trabajador parado, al hombre de trabajo, en la medida en que se encuentra fuera de esta relación laboral. El pícaro, el sirvengüenza, el pordiosero, el parado, el hombre de trabajo hambriento, miserable y delincuente son figuras que no existen para ella, sino solamente para otros ojos, para los ojos del médico, del juez, del sepulturero, del alguacil de pobres, etc.; son fantasmas que quedan fuera de su reino."

Karl Marx, *Segundo manuscrito*.

§ 6. Las determinaciones del trabajo enajenado.

La cuestión de la enajenación aparece tematizada por Marx, principalmente, en torno a la forma enajenada en la que existe el trabajo humano, y el lugar en donde más manifiestamente aparece este análisis es en los *Manuscritos de 1844*.

El punto de partida del análisis de Marx es un hecho *económico, actual*. Marx parte de la situación de la sociedad capitalista, sociedad que se expresa teóricamente a sí misma a través de la economía política. El punto de partida, el inicio de la reflexión comienza a partir de una realidad que se presenta desgarrada, contradictoria:

"El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general."

Esta situación expresa lo siguiente:

"El objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un **poder independiente** del productor [...]. Esta realización del trabajo aparece en el estadio de la economía política como **des-realización** del trabajador, la objetivación como **pérdida del objeto** y servidumbre a él, la apropiación como **extrañamiento, como enajenación.**"

Estas son consecuencias de la relación *extraña* que se establece entre el productor y su objeto. Tenemos aquí a la primera determinación del trabajo enajenado: la *enajenación del objeto*. El trabajador se relaciona con su producto como con algo ajeno, como con algo que no es su obra. El producto se le enfrenta como un enemigo, y construye y acrecienta un poder extraño que amenaza al obrero, que amenaza la existencia misma del obrero en cuanto tal. Los productos del trabajo devienen mercancías y, en ulterior desarrollo, capital, que fundamenta su existencia en la enajenación del trabajador. La vida que ha prestado al objeto se le aparece hostil.

El trabajo no pueda existir sin una naturaleza, sin un objeto sobre el cual trabajar, como veremos en la Sección N° 4 titulada "Trabajo". Entonces, dentro de este marco del trabajo enajenado, el trabajador se vuelve siervo de su objeto de trabajo en un doble sentido: porque recibe el *objeto de trabajo* y porque recibe los *medios de subsistencia*; es dependiente para su manutención en tanto trabajador y en tanto sujeto físico. El desarrollo de la enajenación del trabajo produce que sólo en tanto trabajador puede el hombre mantener su existencia física.

Por otro lado, la enajenación con respecto al objeto de la producción sólo puede ser tal en tanto la actividad productiva misma se encuentra enajenada. Ésta dimensión del análisis nos pone en contacto con la segunda determinación del trabajo enajenado: la *enajenación de la actividad*. Aquí la relación del trabajo con el acto productivo se presenta como una relación extraña, puesto que la actividad productiva misma pertenece a otro, lo cual luego se manifiesta en que el objeto producido pertenece a ese *otro* del productor.

Aquí, la relación del trabajador con la actividad que le es propia es extrañada, ya que su actividad no le pertenece. *La acción aparece como pasión*, como una fuerza externa, la actividad de producir como un padecer.

Hay una relación intrínseca entre la enajenación en la actividad productora con la enajenación con respecto al objeto producido. La revelación de estas dos determinaciones del *trabajo enajenado* hacen aparecer una tercera determinación: *la enajenación del hombre con respecto al género*.

En palabras de Marx, el hombre es un ser genérico y eso lo diferencia de los animales.

"El hombre es un ser genérico no sólo porque en la teoría y en la práctica toma como objeto suyo el género, tanto el suyo como el de las demás cosas, sino también y esto no es más que otra expresión para lo mismo, porque se

*relaciona consigo mismo como el género actual, viviente, porque se relaciona consigo mismo como un ser **universal** y por eso libre."*

En el ámbito *físico*, el carácter genérico consiste en la creciente universalidad de la naturaleza inorgánica con la que el hombre se relaciona para vivir. La universalidad propia del hombre se manifiesta prácticamente en que hace de la naturaleza su cuerpo inorgánico. La naturaleza no es cuerpo humano, pero el hombre es dependiente de la naturaleza misma, puesto que la naturaleza otorga los medios de subsistencia para la existencia física del hombre y el objeto de trabajo para que desarrolle su actividad, la naturaleza es la condición de la vida física y de la vida genérica del hombre.

El trabajo enajenado, por un lado, convierte a la naturaleza en algo ajeno al hombre. El hombre se ve privado crecientemente de sus medios de subsistencia, y también de los medios de producción, del objeto en el cual desarrollar su actividad vital, su *trabajo*.

Por otro lado, el trabajo enajenado también hace al hombre ajeno de su género. El hombre queda extrañado con su actividad vital (el trabajo), y se produce la siguiente inversión: la vida genérica, la actividad vital, universal, se vuelve medio para la existencia de la vida individual, para la subsistencia física del trabajador. Se extrañan así las vidas individual y genérica del hombre, y se vuelve una (la segunda) medio de la otra (la individual).

La cuarta determinación del trabajo enajenado, consecuencia *inmediata* de las tres anteriores (enajenación del producto, de la actividad vital y del género), es la *enajenación del hombre respecto del otro hombre*.

*"Si el hombre se enfrenta consigo mismo, se enfrenta también con el **otro**. Lo que es válido respecto de la relación del hombre con su trabajo y consigo mismo, vale también para la relación del hombre con el otro y con el trabajo y el producto del trabajo del otro."*

La expresión inmediata de la enajenación del hombre con respecto al hombre, la expresión objetiva y realizada de esto aparece en la relación con el *otro hombre*. El hombre se *individualiza* en el sentido moderno liberal del término, deviene *mónada*. El otro hombre aparece al hombre como enemigo, el género humano se fragmenta en individualidades.

El hombre queda fragmentado, dividido, enfrentado con respecto a su producto, a su actividad, con respecto a su marca constitutiva, su género. Todo esto se manifiesta en la práctica en las relaciones sociales, en las relaciones con los otros hombres. El hombre, así, queda fragmentado, dividido, enfrentado con el otro hombre.

La realización de la enajenación del trabajo, de la actividad vital del hombre, queda reforzada y expresada socialmente en que la apropiación de la actividad productiva y del producto del trabajo no queda flotando en una nebulosa fantasmal: Si comprendemos con profundidad la esencial relación de esas dos determinaciones del trabajo enajenado con la enajenación con respecto al

género y a los otros hombres, se comprenderá de suyo que la apropiación tanto del producto como de la actividad es llevada a cabo por otro hombre. La actividad vital, productiva, pertenece a otro hombre, consiguientemente, el producto del trabajo pertenece a ese otro hombre, que por causa misma del trabajo enajenado, es un *otro* extraño, *enemigo*. El poder creado por el hombre deviene poder hostil, se enfrenta a él, pero materializado en las relaciones que se establecen entre los distintos hombres, los productores y los apropiadores. Estas dos últimas categorías son las dos determinaciones fundamentales que podemos entablar en torno a la dialéctica entre producción y apropiación.

La Enajenación en los Manuscritos Económicos Filosóficos de 1844

Agustín Prina.

“¿En que consiste, pues, la enajenación del trabajo? Ante todo, en que el trabajo es algo exterior al trabajador, es decir, algo que no forma parte de su esencia; en que el trabajador, por tanto, no se afirma en su trabajo, sino que se niega en él, no se siente feliz, sino desgraciado, no desarrolla al trabajar sus libres energías físicas y espirituales, sino que, por el contrario, mortifica su cuerpo y arruina su espíritu.”

K.M.

Durante su estadía en París, Karl Marx (1818-1883) se dedicó al estudio sistemático de la economía política, tomando nota de largos pasajes de los libros que analizaba y haciendo observaciones, en ciertos casos, muy desarrolladas. Como fruto de estos estudios, entre marzo y agosto de 1844, redactó tres manuscritos que constituyen el borrador inconcluso de una obra que jamás llegó a publicar y que conocemos desde que se publicó íntegramente por primera vez, en 1932, como Manuscritos económicos-filosóficos de 1844. Acababa de publicar en el número uno y único de los Anales Franco-Alemanes su Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel en la que había expuesto por primera vez, una teoría de la revolución en la que el proletariado desempeñaba un papel fundamental.

Los Manuscritos son el resultado de un proceso teórico-práctico que marca el paso de la filosofía a la economía, pero sin abandonar la primera y sirviéndose de ella para dar respuesta a cuestiones que la Economía política como ciencia aislada no puede resolver o directamente no se plantea. De esta manera la filosofía penetra en la economía impregnando sus conceptos que pasan de ser puramente económicos a económico-filosóficos (por ejemplo, el concepto de trabajo enajenado).

Esta necesidad teórica de superar los límites con que se topa la filosofía hay que insertarla en un proyecto general, práctico, de transformación de la sociedad presente.

Marx encuentra que el mundo económico se halla desgarrado por una contradicción fundamental que la Economía política registra pero no puede

explicar: la desvalorización del mundo de los hombres y la valorización del mundo de las cosas, el desarrollo de la riqueza y el empobrecimiento absoluto del productor de esa riqueza (el obrero).

El joven Marx se propone explicar esta contradicción recurriendo a una concepción del hombre y a una concepción filosófica de la economía. La clave de esta explicación es la categoría central de enajenación, que será el eje fundamental de su reflexión en los Manuscritos.

La enajenación consiste en la pérdida de algo. Y ese algo es, para Marx, lo que tiene de específico el ser humano y lo diferencia de los animales. Esta especificidad Marx la encuentra en el trabajo que es la actividad libre y creadora que le permite al hombre modificar la naturaleza.

Pero el trabajo en el capitalismo está completamente enajenado, le pertenece a otro. Es decir, el trabajo humano genera un producto que se vuelve en contra de su productor, se independiza y se vuelve hostil. “La actividad vital consciente distingue al hombre directamente de la actividad vital de los animales...El trabajo enajenado invierte la relación, haciendo que el hombre, precisamente porque es un ser consciente, convierta su actividad vital, su esencia, simplemente en un medio para su existencia”.

El concepto de enajenación Marx lo toma directamente de Hegel y Feuerbach, que son los primeros que lo emplean en un sentido filosófico. Por otra parte, no es en los Manuscritos la primera vez que recurre a esta categoría. Ya la había utilizado en la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel donde considera al Estado moderno como una forma de enajenación frente al hombre, y también en su artículo Sobre la Cuestión Judía haciendo referencia al poder del dinero sobre el hombre.

Sin embargo, antes que Hegel y Feuerbach es posible rastrear un uso anterior de este término como concepto teórico-político en el Contrato social de Rousseau, al cual el joven Marx había tenido oportunidad de leer. Rousseau considera que para asegurar la armonía y cooperación entre los miembros de la sociedad, el individuo debe ceder o delegar su libertad, es decir enajenarla para adquirir una nueva y diferente.

Pero el vínculo más directo que el joven Marx va a asimilar y criticar hay que buscarlo en Hegel, primero, y en Feuerbach, luego.

Entendiendo a la filosofía hegeliana como un idealismo absoluto, esta considera que todo (la naturaleza, la historia, etc.) es Idea o Espíritu que se mueve en un proceso ascensional y progresivo. El contenido de este proceso es el conocimiento de sí mismo hasta llegar a la fase de desarrollo que Hegel llama Espíritu Absoluto. Pero para alcanzar este conocimiento, el Espíritu recorre un camino en el que se separa de sí mismo y se vuelve otro, es decir construye objetos que al llegar al final del recorrido se da cuenta que son él

mismo, si bien en un primer momento le son ajenos, los desconoce. De esta forma el sujeto se hace objeto, pero un objeto que es él mismo. La enajenación consiste en este ser otro del Espíritu, y por lo tanto se identifica con la objetivación. La enajenación es necesaria para que el Espíritu pueda conocerse a sí mismo y realizarse como tal.

En Feuerbach, el concepto de enajenación hay que enmarcarlo en su crítica a la religión, por un lado, y en su crítica al idealismo hegeliano, por el otro.

Feuerbach coloca como verdadero sujeto al hombre real y sensible, y no al Espíritu. De esta manera, lejos de ser el hombre un producto de Dios, Dios es un producto del hombre. El hombre enajena su esencia transfiriéndola a Dios (que es un producto de su conciencia). Esta enajenación tiene consecuencias negativas para el hombre porque no ve a Dios como un producto suyo, sino que ve en Dios a un ser que lo domina. La religión es la pérdida de la esencia humana y Dios es la proyección idealizada de esta esencia. La superación de la enajenación religiosa ocurre cuando el hombre toma conciencia de sí mismo. De la misma manera, Feuerbach ve que el idealismo atribuye vida propia e independiente a un producto humano que se convierte en un ser absoluto, convirtiendo en sujeto (la Idea, el Espíritu) lo que en realidad es objeto.

Rápidamente se podría hacer una comparación entre la categoría de enajenación según Hegel, Feuerbach y el joven Marx

.Con respecto al sujeto de la enajenación se puede señalar que en Hegel es la Idea, en Feuerbach el hombre en general, y en el joven Marx es el obrero. La actividad en que se enajena este sujeto es espiritual en Hegel; en Feuerbach se trata de un actividad humana en cuanto actividad de la conciencia; en Marx es el trabajo. Mientras que en Feuerbach y en Hegel se trata de una actividad teórica, para Marx la actividad en que el obrero se enajena es práctica y ocurre en el acto de producción.

Para Hegel la enajenación se supera a través de la cancelación de toda objetivación; para Feuerbach esto ocurre al cancelar la objetivación exclusivamente religiosa; y para Marx solo es posible superar la enajenación mediante la abolición de la propiedad privada.

Finalmente también divergen los modos de apreciar el valor de la enajenación: positiva para Hegel, en cuanto contribuye al autoconocimiento del Espíritu; negativa para Feuerbach, porque no le permite al hombre tener conciencia de sí mismo; y también negativa para Marx porque empobrece al obrero sea física que espiritualmente.

Sin embargo, Marx deja en claro que su teoría no es el desarrollo consecuente de lo alcanzado por Hegel y Feuerbach; sino que el punto de partida del trabajo enajenado, como afirma en los Manuscritos, es un “hecho económico actual”.

Marx presenta el fenómeno de la enajenación desde varios ángulos que pueden resumirse en cuatro formas o determinaciones de la enajenación:

Enajenación del obrero en el producto de su trabajo, es decir, el objeto producido por su trabajo se le presenta como algo extraño, algo ajeno, y toma un poder independiente. El obrero no se reconoce en su producto. El objeto oprime al sujeto que lo crea.

Enajenación en el acto de producción: la enajenación no se manifiesta en el resultado y en el producto solamente, sino también en la actividad misma. La enajenación en el producto presupone necesariamente la enajenación de la actividad que desemboca en el producto.

Enajenación del ser genérico: el trabajo enajenado convierte al hombre en algo ajeno a su género, a su esencia. En palabras de Marx: "Vemos, en efecto, en primer lugar, que el trabajo, la actividad vital, la vida productiva misma, sólo se le representa al hombre como medio para la satisfacción de una necesidad, de la necesidad de conservar la existencia física. Pero la vida productiva es la vida genérica. Es la vida que engendra vida. En el tipo de actividad vital se contiene todo el carácter de la especie, su carácter genérico, y la actividad libre y consciente es el carácter genérico del hombre. La vida misma aparece solamente como medio de vida". Al volverse extraño al género se invierte la relación entre la vida genérica y la vida individual. La vida individual se convierte en fin de la vida genérica. Es importante tener en cuenta que cuando habla de esta forma de enajenación, Marx se refiere al hombre y no al trabajador exclusivamente.

Enajenación del hombre con respecto al hombre: "el hombre se enajena el producto de su trabajo, su actividad vital, su ser genérico; se enajena del hombre. Si el hombre se enfrenta a sí mismo, tiene que enfrentarse también al otro hombre. Y lo que decimos de la actitud del hombre ante su trabajo, ante el producto de su trabajo y ante sí mismo, vale también para la actitud del hombre ante el otro hombre y ante el trabajo y el objeto de trabajo de este otro hombre". Y mas adelante, agrega: "Si el producto del trabajo no pertenece al trabajador y se enfrenta a él como una potencia ajena, solo puede ocurrir porque pertenece a otro hombre que no es el mismo trabajador. Si su actividad es para él un tormento, tendrá que ser para otro un placer y constituir el goce de vida de otro. No es en los dioses ni en la naturaleza donde hay que buscar esta potencia ajena que se alza sobre el hombre, sino solamente en el hombre mismo".

La enajenación, entonces, no solo se presenta desde el ángulo de la relación sujeto-objeto, de la relación sujeto con su actividad o de la relación del sujeto, de su propio ser, con su ser genérico, sino también desde el ángulo de la relación de un sujeto con otro. Es decir la relación entre el trabajador y el capitalista es una relación enajenada.

Por último, se podría agregar una forma más de enajenación: la del no-

trabajador, que se manifiesta en forma distinta porque este último no participa de modo directo y activo en el proceso de producción. Por ello su enajenación es pasiva porque no desarrolla una actividad productiva. Al respecto Marx escribe: “Lo que en el trabajador, en la producción y con respecto al producto (como estado de ánimo) es comportamiento real, práctico, aparece en el no trabajador enfrentado a él como comportamiento teórico...El no trabajador hace contra el trabajador todo lo que éste hace contra sí mismo, pero no hace en contra de sí mismo lo que hace en contra del trabajador”. Es decir, mientras que el obrero se enajena al producir; el no-obrero se enajena al apropiarse de sus productos y su actividad. Con su apropiación, el no-obrero hace contra el obrero todo lo que este hace contra sí en la producción. Pero el capitalista no hace contra sí lo que hace contra el obrero.

Resulta importante realizar aunque sea un breve y sintético recorrido sobre los diversos estudios e interpretaciones que circularon alrededor de los Manuscritos.

Publicados en 1932, durante cierto tiempo son centro de atención fuera del marxismo y sólo más tarde los marxistas entran en disputa.

Los socialdemócratas, entre ellos Landshut y Mayer así como Marcuse y Henri de Man, fueron los primeros en ocuparse de los Manuscritos. Después de la segunda guerra mundial, son retomados por los jesuitas neotomistas Calvez y Bigo, por el filósofo italiano Rodolfo Mondolfo y por el pensador judío alemán Erich Fromm.

Más allá de los diferentes campos de los que provienen estos autores y, por consiguiente, de los diversos matices de interpretación e intención, es posible encontrar un eje común de lectura. Todos consideran a los Manuscritos como una obra antropológica-filosófica que contiene al verdadero Marx. El Marx de El Capital es otro Marx que representa una deformación con respecto al primero.

Otra línea de interpretación sostiene que los Manuscritos, por su carácter antropológico, corresponden al período precientífico y premarxista de Marx. El verdadero Marx habría roto definitiva y absolutamente con el Marx juvenil. Esta tesis será defendida por el “marxismo ortodoxo” y por Althusser y su escuela.

Frente al humanismo abstracto y al “antihumanismo teórico” (así definía Althusser al marxismo), en la década del '60 entran en la discusión autores provenientes del campo marxista que elaboran una lectura alternativa. Rechazando las posturas que plantean una discontinuidad absoluta entre el “Marx joven” y el “Marx maduro” (inclinándose por uno o por otro), elaboran una lectura alternativa que inserta a los Manuscritos dentro del proceso de formación de Marx, considerando lo que hay de vivo y de muerto en ellos. Así es posible trazar una cierta continuidad (sin olvidar las discontinuidades) entre la teoría de la enajenación del joven Marx (1844) y la teoría del fetichismo de El Capital (1867). Teniendo muy en cuenta que el fetichismo, en cierto modo, incorpora críticamente y supera la categoría de trabajo enajenado, abordando el problema de la subjetividad oprimida, escindida, alienada y

cosificada que presuponen las relaciones sociales capitalistas pero sin separarlo de la teoría “estrictamente” económica. De ahí, por ejemplo, mientras que en los Manuscritos Marx rechaza la teoría del valor, en El Capital se apodera de esta pero sin abandonar la crítica moral y filosófica elaborada en su juventud y asentada en la enajenación (además, en los Manuscritos todavía no había hecho uno de sus descubrimientos más importantes: el plusvalor).

A esta altura y muy sintéticamente, podemos definir al fetichismo como la personificación del producto del trabajo humano y la cosificación de las relaciones sociales. Es decir, se produce una inversión entre el sujeto y el objeto. Los hombres se convierten en un objeto moldeado por procesos sociales independientes de los cuales son víctimas. Las relaciones entre los hombres se convierten en vínculos entre cosas y los objetos adquieren características humanas. Las relaciones económicas se naturalizan y aparecen como inherentes a las cosas mismas. La Economía política no distingue las relaciones sociales de las cosas materiales.

El fetichismo no implica solamente una crítica moral, filosófica o ideológica al capitalismo, sino que es una categoría central que está en la base de todo el edificio de categorías económicas, y sin el cual no es posible entenderlas.

Entonces, la enajenación y el fetichismo tienen en común la inversión del sujeto y el objeto. Pero entre ambas teorías reside una diferencia fundamental: mientras que en 1844 esta inversión se deriva de la pérdida de la esencia humana, una esencia humana que es independiente de la historia; en 1867 este fenómeno tiene una marca histórica y desaparece toda remisión a una “esencia”.

Igualmente Marx ya había aclarado esto, un año después de los Manuscritos, en sus Tesis sobre Feuerbach (1845): “Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales. Feuerbach, que no se ocupa de la crítica de esta esencia real, se ve, por tanto, obligado a hacer abstracción de la trayectoria histórica, enfocando para sí el sentimiento religioso y presuponiendo un individuo humano abstracto, aislado. En él, la esencia humana sólo puede concebirse como “género”, como una generalidad interna, muda, que se limita a unir naturalmente los muchos individuos.”

C. Marx

Trabajo asalariado y capital

De diversas partes se nos ha reprochado el que no hayamos expuesto las *relaciones económicas* que forman la base material de la lucha de clases y de las luchas nacionales de nuestros días. Sólo hemos examinado intencionadamente estas relaciones allí donde se imponían directamente en las colisiones políticas.

Tratábase, principalmente, de seguir la lucha de clases en la historia cotidiana, y demostrar empíricamente, con los materiales históricos existentes y con los que iban apareciendo todos los días, que con el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron vencidos, al propio tiempo, sus adversarios: en Francia, los republicanos burgueses, y en todo el continente europeo, las clases burguesas y campesinas en lucha contra el absolutismo feudal; que el triunfo de la «república honesta» en Francia fue, al mismo tiempo, la derrota de las naciones que habían respondido a la revolución de febrero con heroicas guerras de independencia; y, finalmente, que con la derrota de los obreros revolucionarios, Europa ha vuelto a caer bajo su antigua doble esclavitud: la esclavitud *anglo-rusa*. La batalla de junio en París, la caída de Viena, la tragicomedia del noviembre berlinés de 1848, los esfuerzos desesperados de Polonia, Italia y Hungría, el sometimiento de Irlanda por el hambre: tales fueron los acontecimientos principales en que se resumió la lucha europea de clases entre la burguesía y la clase obrera, y a través de los cuales hemos demostrado que todo levantamiento revolucionario, por muy alejada que parezca estar su meta de la lucha de clases, tiene necesariamente que fracasar mientras no triunfe la clase obrera revolucionaria, que toda reforma social no será más que una utopía mientras la revolución proletaria y la contrarrevolución feudal no midan sus armas en una *guerra mundial*. En nuestra descripción lo mismo que en la realidad, *Bélgica* y *Suiza* eran estampas de género, caricaturescas y tragicómicas en el gran cuadro histórico: una, el Estado modelo de la monarquía burguesa; la otra, el Estado modelo de la república burguesa, y ambas, Estados que se hacen la ilusión de estar tan libres de la, lucha de clases como de la revolución europea.

Ahora que nuestros lectores han visto ya desarrollarse la lucha de clases, durante el año 1848, en formas políticas gigantescas, ha llegado el momento de analizar más de cerca las relaciones económicas en que descansan por igual la existencia de la burguesía y su dominación de clase, así como la esclavitud de los obreros.

Expondremos en tres grandes apartados:

1) La relación entre *el trabajo asalariado y el capital*, la esclavitud del obrero, la dominación del capitalista.

2) *La inevitable ruina, bajo el sistema actual, de las clases medias burguesas y del llamado estamento campesino.*

3) *El sojuzgamiento y la explotación comercial de las clases burguesas de las distintas naciones europeas por Inglaterra, el déspota del mercado mundial.*

Nos esforzaremos por conseguir que nuestra exposición sea lo más sencilla y popular posible, sin dar por supuestas ni las nociones más elementales de la Economía Política. Queremos que los obreros nos entiendan. Además, en Alemania reinan una ignorancia y una confusión de conceptos verdaderamente asombrosas acerca de las relaciones económicas más simples, que van desde los defensores patentados del orden de cosas existente hasta los *taumaturgos socialistas* y los *genios políticos incomprensidos*, que en la desmembrada Alemania abundan todavía más que los «padres de la Patria».

Pasemos, pues, al primer problema:

¿Qué es el salario? ¿Cómo se determina?

Si preguntamos a los obreros qué salario perciben, uno nos contestará: «Mi burgués me paga un marco por la jornada de trabajo»; el otro: «Yo recibo dos marcos», etc. Según las distintas ramas del trabajo a que pertenezcan, nos indicarán las distintas cantidades de dinero que los burgueses respectivos les pagan por la ejecución de una tarea determinada, v.gr., por tejer una vara de lienzo o por componer un pliego de imprenta. Pero, pese a la diferencia de datos, todos coinciden en un punto: el salario es la cantidad de dinero que el capitalista paga por un determinado tiempo de trabajo o por la ejecución de una tarea determinada.

Por tanto, diríase que el capitalista les *compra* con dinero el trabajo de los obreros. Estos le *venden* por dinero su trabajo. Pero esto no es más que la apariencia. Lo que en realidad venden los obreros al capitalista por dinero es su *fuerza* de trabajo. El capitalista compra esta fuerza de trabajo por un día, una semana, un mes, etc. Y, una vez comprada, la consume, haciendo que los obreros trabajen durante el tiempo estipulado. Con el mismo dinero con que les compra su fuerza de trabajo, por ejemplo, con los dos marcos, el capitalista podría comprar dos libras de azúcar o una determinada cantidad de otra mercancía cualquiera. Los dos marcos con los que compra dos libras de azúcar son el *precio* de las dos libras de azúcar. Los dos marcos con los que compra doce horas de uso de la fuerza de trabajo son el precio de un trabajo de doce horas. La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía, ni más ni menos que el azúcar. Aquélla se mide con el reloj, ésta, con la balanza.

Los obreros cambian su mercancía, la fuerza de trabajo, por la mercancía del capitalista, por el dinero y este cambio se realiza guardándose una determinada proporción: tanto dinero por tantas horas de uso de la fuerza de trabajo. Por tejer durante doce horas, dos marcos. Y estos dos marcos, ¿no representan todas las demás mercancías que pueden adquirirse por la misma cantidad de dinero? En realidad, el obrero ha cambiado su mercancía, la fuerza de trabajo, por otras mercancías de todo género, y siempre en una determinada proporción. Al entregar dos marcos, el capitalista le entrega, a cambio de su jornada de trabajo, la cantidad correspondiente de carne, de ropa, de leña, de luz, etc. Por tanto, los dos marcos expresan la proporción en

que la fuerza de trabajo se cambia por otras mercancías, o sea el *valor de cambio* de la fuerza de trabajo. Ahora bien, el valor de cambio de una mercancía, expresado en *dinero*, es precisamente su *precio*. Por consiguiente, el *salario* no es más que un nombre especial con que se designa el precio de la fuerza de trabajo, o lo que suele llamarse *precio del trabajo*, el nombre especial de esa peculiar mercancía que sólo toma cuerpo en la carne y la sangre del hombre.

Tomemos un obrero cualquiera, un tejedor, por ejemplo. El capitalista le suministra el telar y el hilo. El tejedor se pone a trabajar y el hilo se convierte en lienzo. El capitalista se adueña del lienzo y lo vende en veinte marcos, por ejemplo. ¿Acaso el salario del tejedor representa una *parte* del lienzo, de los veinte marcos, del producto de su trabajo? Nada de eso. El tejedor recibe su salario mucho antes de venderse el lienzo, tal vez mucho antes de que haya acabado el tejido. Por tanto, el capitalista no paga este salario con el dinero que ha de obtener del lienzo, sino de un fondo de dinero que tiene en reserva. Las mercancías entregadas al tejedor a cambio de la suya, de la fuerza de trabajo, no son productos de su trabajo, del mismo modo que no lo son el telar y el hilo que el burgués le ha suministrado. Podría ocurrir que el burgués no encontrase ningún comprador para su lienzo. Podría ocurrir también que no se reembolsase con el producto de su venta ni el salario pagado. Y puede ocurrir también que lo venda muy ventajosamente, en comparación con el salario del tejedor. Al tejedor todo esto le tiene sin cuidado. El capitalista, con una parte de la fortuna de que dispone, de su capital, compra la fuerza de trabajo del tejedor, exactamente lo mismo que con otra parte de la fortuna ha comprado las materias primas —el hilo— y el instrumento de trabajo —el telar—. Una vez hechas estas compras, entre las que figura la de la fuerza de trabajo necesaria para elaborar el lienzo, el capitalista produce ya *con materias primas e instrumentos de trabajo de su exclusiva pertenencia*. Entre los instrumentos de trabajo va incluido también, naturalmente, nuestro buen tejedor, que participa en el producto o en el precio del producto en la misma medida que el telar; es decir, absolutamente en nada.

Por tanto, el salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva.

La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía que su propietario, el obrero asalariado, vende al capital. ¿Para qué la vende? Para vivir.

Ahora bien, la fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta *actividad vital* la vende a otro para asegurarse los *medios de vida* necesarios. Es decir, su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí mismo es el *salario*; y la seda, el oro y el palacio se reducen para él a una determinada

cantidad de medios de vida, si acaso a una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y un cuarto en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, taladra, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etc., por espacio de doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer, hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para *ganar* el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama. Si el gusano de seda hilase para ganarse el sustento como oruga, sería un auténtico obrero asalariado. La fuerza de trabajo no ha sido siempre una *mercancía*. El trabajo no ha sido siempre trabajo asalariado, es decir, *trabajo libre*. El *esclavo* no vendía su fuerza de trabajo al esclavista, del mismo modo que el buey no vende su trabajo al labrador. El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a manos de otro. El es una mercancía, pero su fuerza de trabajo no es una mercancía *suya*. El *siervo de la gleba* sólo vende una parte de su fuerza de trabajo. No es él quien obtiene un salario del propietario del suelo; por el contrario, es éste, el propietario del suelo, quien percibe de él un tributo.

El siervo de la gleba es un atributo del suelo y rinde frutos al dueño de éste. En cambio, el *obrero libre* se vende él mismo y además, se vende en partes. Subasta 8, 10, 12, 15 horas de su vida, día tras día, entregándolas al mejor postor, al propietario de las materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida; es decir, al capitalista. El obrero no pertenece a ningún propietario ni está adscrito al suelo, pero las 8, 10, 12, 15 horas de su vida cotidiana pertenecen a quien se las compra. El obrero, en cuanto quiera, puede dejar al capitalista a quien se ha alquilado, y el capitalista le despide cuando se le antoja, cuando ya no le saca provecho alguno o no le saca el provecho que había calculado. Pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de *toda la clase de los compradores*, es decir, *de la clase de los capitalistas*, sin renunciar a su existencia. No pertenece a tal o cual capitalista, sino a la *clase capitalista en conjunto*, y es incumbencia suya encontrar un patrono, es decir, encontrar dentro de esta clase capitalista un comprador.

Antes de pasar a examinar más de cerca la relación entre el capital y el trabajo asalariado, expondremos brevemente los factores más generales que intervienen en la determinación del salario.

El *salario* es, como hemos visto, el *precio* de una determinada mercancía, de la fuerza de trabajo. Por tanto, el salario se halla determinado por las mismas leyes que determinan el precio de cualquier otra mercancía.

Ahora bien, nos preguntamos: *¿Cómo se determina el precio de una mercancía?*

¿Qué es lo que determina el precio de una mercancía?

Es la competencia entre compradores y vendedores, la relación entre la demanda y la oferta, entre la apetencia y la oferta. La competencia que determina el precio de una mercancía tiene *tres aspectos*.

La misma mercancía es ofrecida por diversos vendedores. Quien venda mercancías de igual calidad a precio más barato, puede estar seguro de que eliminará del campo de batalla a los demás vendedores y se asegurará mayor venta. Por tanto, los vendedores se disputan mutuamente la venta, el mercado. Todos quieren vender, vender lo más que puedan, y, si es posible, vender ellos solos, eliminando a los demás. Por eso unos venden más barato que otros. Tenemos, pues, una *competencia entre vendedores*, que *abarata* el precio de las *mercancías* puestas a la venta.

Pero hay también una *competencia entre compradores*, que a su vez, *hace subir* el precio de las mercancías puestas a la venta.

Y, finalmente, hay la *competencia entre compradores y vendedores*; unos quieren comprar lo más barato posible, otros vender lo más caro que puedan. El resultado de esta competencia entre compradores y vendedores dependerá de la relación existente entre los dos aspectos de la competencia mencionada más arriba; es decir, de que predomine la competencia entre las huestes de los compradores o entre las huestes de los vendedores. La industria lanza al campo de batalla a dos ejércitos contendientes, en las filas de cada uno de los cuales se libra además una batalla intestina. El ejército cuyas tropas se pegan menos entre sí es el que triunfa sobre el otro.

Supongamos que en el mercado hay 100 balas de algodón y que existen compradores para 1.000 balas. En este caso, la demanda es, como vemos, diez veces mayor que la oferta. La competencia entre los compradores será, por tanto, muy grande; todos querrán conseguir una bala, y si es posible las cien. Este ejemplo no es ninguna suposición arbitraria. En la historia del comercio hemos asistido a períodos de mala cosecha algodонера, en que unos cuantos capitalistas coligados pugnaban por comprar, no ya cien balas, sino todas las reservas de algodón de la tierra. En el caso que citamos, cada comprador procurará, por tanto, desalojar al otro, ofreciendo un precio relativamente mayor por cada bala de algodón. Los vendedores, que ven a las fuerzas del ejército enemigo empeñadas en una rabiosa lucha intestina y que tienen segura la venta de todas sus cien balas, se guardarán muy mucho de irse a las manos para hacer bajar los precios del algodón, en un momento en que sus enemigos se desviven por hacerlos subir. Se hace, pues, a escape, la paz entre las huestes de los vendedores. Estos se enfrentan como *un solo* hombre con los compradores, se cruzan olímpicamente de brazos. Y sus exigencias no tendrían límite si no lo tuvieran, y muy concreto, hasta las ofertas de los compradores más insistentes.

Por tanto, cuando la oferta de una mercancía es inferior a su demanda, la competencia entre los vendedores queda anulada o muy debilitada. Y en la medida en que se atenúa esta competencia, crece la competencia entablada

entre los compradores. Resultado: alza más o menos considerable de los precios de las mercancías.

Con mayor frecuencia se da, como es sabido, el caso inverso, y con inversos resultados: exceso considerable de la oferta sobre la demanda; competencia desesperada entre los vendedores; falta de compradores; lanzamiento de las mercancías al malbarato.

Pero, ¿qué significa eso del alza y la baja de los precios? ¿Qué quiere decir precios altos y precios bajos? Un grano de arena es alto si se le mira al microscopio, y, comparada con una montaña, una torre resulta baja. Si el precio está determinado por la relación entre la oferta y la demanda, ¿qué es lo que determina esta relación entre la oferta y la demanda?

Preguntemos al primer burgués que nos salga al paso. No separará a meditar ni un instante, sino que, cual nuevo Alejandro Magno, cortará este nudo metafísico [\[1\]](#) con la tabla de multiplicar. Nos dirá: si el fabricar la mercancía que vendo me ha costado cien marcos y la vendo por 110 —pasado un año, se entiende—, esta ganancia es una ganancia moderada, honesta y decente. Si obtengo, a cambio de esta mercancía, 120, 130 marcos, será ya una ganancia alta; y si consigo hasta 200 marcos, la ganancia será extraordinaria, enorme. ¿Qué es lo que le sirve a nuestro burgués de criterio para medir la ganancia? El *coste de producción* de su mercancía. Si a cambio de esta mercancía obtiene una cantidad de otras mercancías cuya producción ha costado menos, pierde. Si a cambio de su mercancía obtiene una cantidad de otras mercancías cuya producción ha costado más, gana. Y calcula la baja o el alza de su ganancia por los grados que el valor de cambio de su mercancía acusa por debajo o por encima de cero, por debajo o por encima del *coste de producción*.

Hemos visto que la relación variable entre la oferta y la demanda lleva aparejada tan pronto el alza como la baja de los precios determina tan pronto precios altos como precios bajos. Si el precio de una mercancía sube considerablemente, porque la oferta baje o porque crezca desproporcionadamente la demanda, con ello necesariamente bajará en proporción el precio de cualquier otra mercancía, pues el precio de una mercancía no hace más que expresar en dinero la proporción en que otras mercancías se entregan a cambio de ella. Si, por ejemplo, el precio de una vara de seda sube de cinco marcos a seis, bajará el precio de la plata en relación con la seda, y asimismo disminuirá, en proporción con ella, el precio de todas las demás mercancías que sigan costando igual que antes. Para obtener la misma cantidad de seda ahora habrá que dar a cambio una cantidad mayor de aquellas otras mercancías. ¿Qué ocurrirá al subir el precio de una mercancía? Una masa de capitales afluirá a la rama industrial floreciente, y esta afluencia de capitales al campo de la industria favorecida durará hasta que arroje las ganancias normales; o más exactamente, hasta que el precio de sus productos descienda, empujado por la superproducción, por debajo del *coste de producción*.

Y viceversa. Si el precio de una mercancía desciende por debajo de su *coste de producción*, los capitales se retraerán de la producción de esta mercancía.

Exceptuando el caso en que una rama industrial no corresponda ya a la época, y, por tanto, tenga que desaparecer, esta huida de los capitales irá reduciendo la producción de aquella mercancía, es decir, su oferta, hasta que corresponda a la demanda, y, por tanto, hasta que su precio vuelva a levantarse al nivel de su coste de producción, o, mejor dicho, hasta que la oferta sea inferior a la demanda; es decir, hasta que su precio rebase nuevamente su coste de producción, *pues el precio corriente de una mercancía es siempre inferior o superior a su coste de producción.*

Vemos que los capitales huyen o afluyen constantemente del campo de una industria al de otra. Los precios altos determinan una afluencia excesiva, y los precios bajos, una huida exagerada.

Podríamos demostrar también, desde otro punto de vista, cómo el coste de producción determina, no sólo la oferta, sino también la demanda. Pero esto nos desviaría demasiado de nuestro objetivo.

Acabamos de ver cómo las oscilaciones de la oferta y la demanda vuelven a reducir siempre el precio de una mercancía a su coste de producción. *Es cierto que el precio real de una mercancía es siempre superior o inferior al coste de producción, pero el alza y la baja se compensan mutuamente*, de tal modo que, dentro de un determinado período de tiempo, englobando en el cálculo el flujo y el reflujo de la industria, puede afirmarse que las mercancías se cambian unas por otras con arreglo a su coste de producción, y su precio se determina, consiguientemente, por aquél.

Esta determinación del precio por el coste de producción no debe entenderse en el sentido en que la entienden los economistas. Los economistas dicen que el *precio medio* de las mercancías equivale al coste de producción; que esto es la *ley*. Ellos consideran como obra del azar el movimiento anárquico en que el alza se nivela con la baja y ésta con el alza. Con el mismo derecho podría considerarse, como lo hacen en efecto otros economistas, que estas oscilaciones son la ley, y la determinación del precio por el coste de producción, fruto del azar. En realidad, si se las examina de cerca, se ve que estas oscilaciones acarrearán las más espantosas desolaciones y son como terremotos que hacen estremecerse los fundamentos de la sociedad burguesa. Son las únicas que en su curso determinan el precio por el coste de producción. El movimiento conjunto de este desorden es su orden. En el transcurso de esta anarquía industrial, en este movimiento cíclico, la concurrencia se encarga de compensar, como si dijésemos, una extravagancia con otra.

Vemos, pues, que el precio de una mercancía se determina por su coste de producción, de modo que las épocas en que el precio de esta mercancía rebasa el coste de producción se compensan con aquellas en que queda por debajo de este coste de producción, y viceversa. Claro está que esta norma no rige para un producto industrial concreto, sino solamente para la rama industrial entera. No rige tampoco, por tanto, para un solo industrial, sino únicamente para la clase entera de los industriales.

La determinación del precio por el coste de producción equivale a la determinación del precio por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, pues el coste de producción está formado:

1) por las materias primas y el desgaste de los instrumentos, es decir, por productos industriales cuya fabricación ha costado una determinada cantidad de jornadas de trabajo y que representan, por tanto, una determinada cantidad de tiempo de trabajo. y

2) por el trabajo directo; cuya medida es también el tiempo.

Las mismas leyes generales que regulan el precio de las mercancías en general regulan también, naturalmente, el *salario*, el *precio del trabajo*.

La remuneración del trabajo subirá o bajará según la relación entre la demanda y la oferta, según el cariz que presente la competencia entre los compradores de la fuerza de trabajo, los capitalistas, y los vendedores de la fuerza de trabajo, los obreros. A las oscilaciones de los precios de las mercancías en general les corresponden las oscilaciones del salario. *Pero, dentro de estas oscilaciones, el precio del trabajo se hallará determinado por el coste de producción, por el tiempo de trabajo necesario para producir esta mercancía, que es la fuerza de trabajo.*

Ahora bien, ¿cuál es el coste de producción de la fuerza de trabajo?

Es lo que cuesta sostener al obrero como tal obrero y educarlo para este oficio.

Por tanto, cuanto menos tiempo de aprendizaje exija un trabajo, menor será el coste de producción del obrero, más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales que no exigen apenas tiempo de aprendizaje, bastando con la mera existencia corpórea del obrero, el coste de producción de éste se reduce casi exclusivamente a las mercancías necesarias para que aquél pueda vivir en condiciones de trabajar. Por tanto, aquí el *precio de su trabajo* estará determinado por el *precio de los medios de vida indispensables*.

Pero hay que tener presente, además, otra circunstancia.

El fabricante, al calcular su coste de producción, y con arreglo a él el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo. Si una máquina le cuesta, por ejemplo, mil marcos y se desgasta totalmente en diez años, agregará cien marcos cada año al precio de las mercancías fabricadas, para, al cabo de los diez años, poder sustituir la máquina ya agotada, por otra nueva. Del mismo modo hay que incluir en el coste de producción de la fuerza de trabajo simple el coste de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. El desgaste del obrero entra, por tanto, en los cálculos, ni más ni menos que el desgaste de las máquinas.

Por tanto, el coste de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los *gastos de existencia y reproducción del obrero*. El precio de este coste de existencia y reproducción es el que forma el salario. El salario así determinado es lo que se llama el *salario mínimo*. Al igual que la determinación del precio de las mercancías en general por el coste de producción, este salario mínimo no rige para el *individuo*, sino para la *especie*. Hay obreros, millones de obreros, que no ganan lo necesario para poder vivir y procrear; *pero el salario de la clase obrera en conjunto* se nivela, dentro de sus oscilaciones, sobre la base de este mínimo.

Ahora, después de haber puesto en claro las leyes generales que regulan el salario, al igual que el precio de cualquier otra mercancía, ya podemos entrar de un modo más concreto en nuestro tema.

El capital está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo género que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, *trabajo acumulado*. El trabajo acumulado que sirve de medio de nueva producción es el capital.

Así dicen los economistas.

¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra.

Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en *capital*. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí *dinero*, ni el azúcar el precio del azúcar.

En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es cómo se relacionan con la naturaleza y cómo se efectúa la producción.

Estas relaciones sociales que contraen los productores entre sí, las condiciones en que intercambian sus actividades y toman parte en el proceso conjunto de la producción variarán, naturalmente según el carácter de los medios de producción. Con la invención de un nuevo instrumento de guerra, el arma de fuego, hubo de cambiar forzosamente toda la organización interna de los ejércitos. cambiaron las relaciones dentro de las cuales formaban los individuos un ejército y podían actuar como tal, y cambió también la relación entre los distintos ejércitos.

Las relaciones sociales en las que los individuos producen, *las relaciones sociales de producción, cambian, por tanto, se transforman, al cambiar y*

desarrollarse los medios materiales de producción, las fuerzas productivas. Las relaciones de producción forman en conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad, y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distintivo. La sociedad antigua, la sociedad feudal, la sociedad burguesa, son otros tantos conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales representa, a la vez, un grado especial de desarrollo en la historia de la humanidad.

También el *capital* es una relación social de producción. *Es una relación burguesa de producción*, una relación de producción de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas que componen el capital, ¿no han sido producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿No se emplean para un nuevo proceso de producción bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿Y no es precisamente este carácter social determinado el que convierte *en capital* los productos destinados a la nueva producción?

El capital no se compone solamente de medios de vida, instrumentos de trabajo y materias primas, no se compone solamente de productos materiales; se compone igualmente de *valores de cambio*. Todos los productos que lo integran son *mercancías*. El capital no es, pues, solamente una suma de productos materiales; es una suma de mercancías, de valores de cambio, de *magnitudes sociales*.

El capital sigue siendo el mismo, aunque sustituyamos la lana por algodón, el trigo por arroz, los ferrocarriles por vapores, a condición de que el algodón, el arroz y los vapores —el cuerpo del capital— tengan el mismo valor de cambio, el mismo precio que la lana, el trigo y los ferrocarriles en que antes se encarnaba. El cuerpo del capital es susceptible de cambiar constantemente, sin que por eso sufra el capital la menor alteración.

Pero, si todo capital es una suma de mercancías, es decir, de valores de cambio, no toda suma de mercancías, de valores de cambio, es capital.

Toda suma de valores de cambio es un valor de cambio. Todo valor de cambio concreto es una suma de valores de cambio. Por ejemplo, una casa que vale mil marcos es un valor de cambio de mil marcos. Una hoja de papel que valga un pfennig, es una suma de valores de cambio de fennig.

Los productos susceptibles de ser cambiados por otros productos son *mercancías*. La proporción concreta en que pueden cambiarse constituye su *valor de cambio*, o, si se expresa en dinero, su *precio*. La cantidad de estos productos no altera para nada su destino de mercancías, de ser un valor de cambio o de tener un determinado precio. Sea grande o pequeño, un árbol es siempre un árbol. Por el hecho de cambiar hierro por otros productos en medias onzas o en quintales, ¿cambia su carácter de mercancía, de valor de cambio? Lo único que hace el volumen es dar a una mercancía mayor o menor valor, un precio más alto o más bajo.

Ahora bien, ¿cómo se convierte en capital una suma de mercancías, de valores de cambio?

Por el hecho de que, en cuanto *fuerza social independiente*, es decir, en cuanto fuerza en poder de *una parte de la sociedad*, se conserva y aumenta por medio del *intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva*. La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista el capital.

Sólo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital.

El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.

¿Qué acontece en el intercambio entre el capitalista y el obrero asalariado?

El obrero obtiene a cambio de su fuerza de trabajo medios de vida, pero, a cambio de estos medios de vida de su propiedad, el capitalista adquiere trabajo, la actividad productiva del obrero, la fuerza creadora con la cual el obrero no sólo repone lo que consume, sino que *da al trabajo acumulado un mayor valor del que antes poseía*. El obrero recibe del capitalista una parte de los medios de vida existentes. ¿Para qué le sirven estos medios de vida? Para su consumo inmediato. Pero, al consumir los medios de vida de que dispongo, los pierdo irreparablemente, a no ser que emplee el tiempo durante el cual me mantienen estos medios de vida en producir otros, en crear con mi trabajo, mientras los consumo, en vez de los valores destruidos al consumirlos, otros nuevos. Pero esta noble fuerza reproductiva del trabajo es precisamente la que el obrero cede al capital, a cambio de los medios de vida que éste le entrega. Al cederla, se queda, pues, sin ella.

Pongamos un ejemplo. Un granjero abona a su jornalero cinco silbergroschen por día. Por los cinco silbergroschen el jornalero trabaja la tierra del granjero durante un día entero, asegurándole con su trabajo un ingreso de diez silbergroschen. El granjero no sólo recobra los valores que cede al jornalero, sino que los duplica. Por tanto, invierte, consume de un modo fecundo, productivo. los cinco silbergroschen que paga al jornalero. Por estos cinco silbergroschen compra precisamente el trabajo y la fuerza del jornalero, que crean productos del campo por el doble de valor y convierten los cinco silbergroschen en diez. En cambio, el jornalero obtiene en vez de su fuerza productiva, cuyos frutos ha cedido al granjero, cinco silbergroschen, que cambia por medios de vida, los cuales se han consumido de dos modos: *reproductivamente* para el capital, puesto que éste los cambia por una fuerza de trabajo [1] que produce diez silbergroschen; *improductivamente* para el obrero, pues los cambia por medios de vida que desaparecen para siempre y cuyo valor sólo puede recobrar repitiendo el cambio anterior con el granjero. *Por consiguiente, el capital presupone el trabajo asalariado, y éste, el capital. Ambos se condicionan y se engendran recíprocamente.*

Un obrero de una fábrica algodonera ¿produce solamente tejidos de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven de nuevo para mandar sobre su trabajo y crear, por medio de éste, nuevos valores.

El capital sólo puede aumentar cambiándose por fuerza de trabajo, engendrando el trabajo asalariado. Y la fuerza de trabajo del obrero asalariado sólo puede cambiarse por capital acrecentándolo, fortaleciendo la potencia de que es esclava. *El aumento del capital es, por tanto, aumento del proletariado, es decir, de la clase obrera.*

El interés del capitalista y del obrero es, por consiguiente, *el mismo*, afirman los burgueses y sus economistas. En efecto, el obrero parece si el capital no le da empleo. El capital parece si no explota la fuerza de trabajo, y, para explotarla, tiene que comprarla. Cuanto más velozmente crece el capital destinado a la producción, el capital productivo, y, por consiguiente, cuanto más próspera es la industria, cuanto más se enriquece la burguesía, cuanto mejor marchan los negocios, más obreros necesita el capitalista y más caro se vende el obrero.

Por consiguiente, la condición imprescindible para que la situación del obrero sea tolerable es que *crezca con la mayor rapidez posible el capital productivo.*

Pero, ¿qué significa el crecimiento del capital productivo? Significa el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo. El aumento de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Cuando el trabajo asalariado produce la riqueza extraña que le domina, la potencia enemiga suya, el capital, refluyen a él, emanados de éste, medios de trabajo, es decir, medios de vida, a condición de que se convierta de nuevo en parte integrante del capital, en palanca que le haga crecer de nuevo con ritmo acelerado

Decir que los intereses del capital y los intereses de los obreros son los mismos, equivale simplemente a decir que el capital y el trabajo asalariado son dos aspectos de una misma relación. El uno se halla condicionado por el otro, como el usurero por el derrochador, y viceversa.

Mientras el obrero asalariado es obrero asalariado, su suerte depende del capital. He ahí la tan cacareada comunidad de intereses entre el obrero y el capitalista.

Al crecer el capital, crece la masa del trabajo asalariado, crece el número de obreros asalariados; en una palabra, la dominación del capital se extiende a una masa mayor de individuos. Y, suponiendo el caso más favorable: al crecer el capital productivo, crece la demanda de trabajo y crece también, por tanto, el precio del trabajo, el salario.

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son también pequeñas cumple todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no tiene exigencias, o las tiene muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio

vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes.

Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo. A su vez, este veloz crecimiento del capital productivo provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y con el nivel de desarrollo de la sociedad en general. Nuestras necesidades y nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que los satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos.

El salario no se determina solamente, en general, por la cantidad de mercancías que pueden obtenerse a cambio de él. Encierra diferentes relaciones.

Lo que el obrero percibe, en primer término, por su fuerza de trabajo, es una determinada cantidad de dinero. ¿Acaso el salario se halla determinado exclusivamente por este precio en dinero?

En el siglo XVI, a consecuencia del descubrimiento en América de minas más ricas y más fáciles de explotar, aumentó el volumen de oro y plata que circulaba en Europa. El valor del oro y la plata bajó, por tanto, en relación con las demás mercancías. Los obreros seguían cobrando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de plata acuñada. El precio en dinero de su trabajo seguía siendo el mismo, y, sin embargo, su salario había disminuido, pues a cambio de esta cantidad de plata, obtenían ahora una cantidad menor de otras mercancías. Fue ésta una de las circunstancias que fomentaron el incremento del capital y, el auge de la burguesía en el siglo XVI.

Tomemos otro caso. En el invierno de 1847, a consecuencia de una mala cosecha, subieron considerablemente los precios de los artículos de primera necesidad: el trigo, la carne, la mantequilla, el queso, etc. Suponiendo que los obreros hubiesen seguido cobrando por su fuerza de trabajo la misma cantidad de dinero que antes, ¿no habrían disminuido sus salarios? Indudablemente. A cambio de la misma cantidad de dinero obtenían menos pan, menos carne, etc. Sus salarios bajaron, no porque hubiese disminuido el valor de la plata, sino porque aumentó el valor de los víveres.

Finalmente, supongamos que la expresión monetaria del precio del trabajo siga siendo el mismo, mientras que todas las mercancías agrícolas y manufacturadas bajan de precio, merced a la aplicación de nueva maquinaria, a la estación más favorable, etc. Ahora, por el mismo dinero los obreros podrán comprar más mercancías de todas clases. Su salario, por tanto, habrá aumentado, precisamente por no haberse alterado su valor en dinero.

Como vemos, la expresión monetaria del precio del trabajo, el salario nominal, no coincide con el salario real, es decir, con la cantidad de mercancías que se obtienen realmente a cambio del salario. Por consiguiente, cuando hablamos del alza o de la baja del salario, no debemos fijarnos solamente en la expresión monetaria del precio del trabajo, en el salario nominal.

Pero, ni el salario nominal, es decir, la suma de dinero por la que el obrero se vende al capitalista, ni el salario real, o sea, la cantidad de mercancías que puede comprar con este dinero, agotan las relaciones que encierra el salario.

El salario se halla determinado, además y sobre todo, por su relación con la ganancia, con el beneficio obtenido por el capitalista: es un salario relativo, proporcional.

El salario real expresa el precio del trabajo en relación con el precio de las demás mercancías; el salario relativo acusa, por el contrario, la parte del nuevo valor creado por el trabajo, que percibe el trabajo directo, en proporción a la parte del valor que se incorpora al trabajo acumulado, es decir, al capital.

Decíamos más arriba, en la pág. 14: «El salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva. Pero el capitalista tiene que reponer nuevamente este salario, incluyéndolo en el precio por el que vende el producto creado por el obrero; y tiene que reponerlo de tal modo, que, después de cubrir el coste de producción desembolsado, le quede además, por regla general, un remanente, una ganancia. El precio de venta de la mercancía producida por el obrero se divide para el capitalista en tres partes: la *primera*, para reponer el precio desembolsado en comprar materias primas, así como para reponer el desgaste de las herramientas, máquinas y otros instrumentos de trabajo adelantados por él; la *segunda*, para reponer los salarios por él adelantados, y la *tercera*, el remanente que queda después de saldar las dos partes anteriores, la ganancia del capitalista. Mientras que la primera parte se limita a reponer *valores que ya existían*, es evidente que tanto la suma destinada a reembolsar los salarios abonados como el remanente que forma la ganancia del capitalista salen en su totalidad *del nuevo valor creado por el trabajo del obrero* y añadido a las materias primas. En *este sentido*, podemos considerar tanto el salario como la ganancia, para compararlos entre sí, como partes del producto del obrero.

Puede ocurrir que el salario real continúe siendo el mismo e incluso que aumente, y, no obstante, disminuya el salario relativo. Supongamos, por ejemplo, que el precio de todos los medios de vida baja en dos terceras partes, mientras que el salario diario sólo disminuye en un tercio, de tres marcos a dos, v. gr. Aunque el obrero, con estos dos marcos, podrá comprar una cantidad mayor de mercancías que antes con tres, su salario habrá disminuido, en relación con la ganancia obtenida por el capitalista. La ganancia del capitalista (por ejemplo, del fabricante) ha aumentado en un marco; es decir, que ahora el obrero, por una cantidad menor de valores de cambio, que el capitalista le entrega, tiene que producir una cantidad mayor de estos mismos valores. La parte obtenida por el capital aumenta en comparación con la del trabajo. La

distribución de la riqueza social entre el capital y el trabajo es ahora todavía más desigual que antes. El capitalista manda con el mismo capital sobre una cantidad mayor de trabajo. El poder de la clase de los capitalistas sobre la clase obrera ha crecido, la situación social del obrero ha empeorado, ha descendido un grado más en comparación con la del capitalista .

¿Cuál es la ley general que rige el alza y la baja del salario y la ganancia, en sus relaciones mutuas?

Se hallan en razón inversa. La parte de que se apropia el capital, la ganancia, aumenta en la misma proporción en que disminuye la parte que le toca al trabajo, el salario, y viceversa. La ganancia aumenta en la medida en que disminuye el salario y disminuye en la medida en que éste aumenta.

Se objetará acaso que el capital puede obtener ganancia cambiando ventajosamente sus productos con otros capitalistas, cuando aumenta la demanda de su mercancía, sea mediante la apertura de nuevos mercados, sea al aumentar momentáneamente las necesidades en los mercados antiguos. etc.; que, por tanto. las ganancias de un capitalista pueden aumentar a costa de otros capitalistas, independientemente del alza o baja del salario, del valor de cambio de la fuerza de trabajo; que las ganancias del capitalista pueden aumentar también mediante el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo, la nueva aplicación de las fuerzas naturales, etc.

En primer lugar, se reconocerá que el resultado sigue siendo el mismo, aunque se alcance por un camino inverso. Es cierto que la ganancia no habrá aumentado porque haya disminuido el salario. pero el salario habrá disminuido por haber aumentado la ganancia. Con la misma cantidad de trabajo ajeno, el capitalista compra ahora una suma mayor de valores de cambio, sin que por ello pague el trabajo más caro; es decir, que el trabajo resulta peor remunerado, en relación con los ingresos netos que arroja para el capitalista.

Además, recordamos que, pese a las oscilaciones de los precios de las mercancías, el precio medio de cada mercancía, la proporción en que se cambia por otras mercancías, se determina por su *coste de producción*. Por tanto, los lucros conseguidos por unos capitalistas a costa de otros dentro de la clase capitalista se nivelan necesariamente entre sí. El perfeccionamiento de la maquinaria, la nueva aplicación de las fuerzas naturales al servicio de la producción, permiten crear en un tiempo de trabajo dado y con la misma cantidad de trabajo y capital una masa mayor de productos, pero no, ni mucho menos, una masa mayor de valores de cambio. Si la aplicación de la máquina de hilar me permite fabricar en una hora el doble de hilado que antes de su invención, por ejemplo, cien libras en vez de cincuenta, a cambio de estas cien libras de hilado no obtendré a la larga más mercancías que antes a cambio de las cincuenta, porque el coste de producción se ha reducido a la mitad o porque, ahora, con el mismo coste puedo fabricar el doble del producto.

Finalmente, cualquiera que sea la proporción en que la clase capitalista, la burguesía, bien la de un solo país o la del mercado mundial entero, se reparta los ingresos netos de la producción, la suma global de estos ingresos netos no

será nunca otra cosa que la suma en que el trabajo vivo incrementa en bloque el trabajo acumulado. Por tanto, esta suma global crece en la proporción en que el trabajo incrementa el capital; es decir, en la proporción en que crece la ganancia, en comparación con el salario.

Vemos, pues, que, aunque nos circunscribimos *a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, los intereses del trabajo asalariado y los del capital son diametralmente opuestos.*

Un aumento rápido del capital equivale a un rápido aumento de la ganancia. La ganancia sólo puede crecer rápidamente si el precio del trabajo, el salario relativo, disminuye con la misma rapidez. El salario relativo puede disminuir aunque aumente el salario real simultáneamente con el salario nominal, con la expresión monetaria del valor del trabajo, siempre que éstos no suban en la misma proporción que la ganancia. Si, por ejemplo, en una época de buenos negocios, el salario aumenta en un cinco por ciento y la ganancia en un treinta por ciento, el salario relativo, proporcional, no habrá *aumentado*, sino *disminuido*.

Por tanto, si, con el rápido incremento del capital, aumentan los ingresos del obrero, al mismo tiempo se ahonda el abismo social que separa al obrero del capitalista, y crece, a la par, el poder del capital sobre el trabajo, la dependencia de éste con respecto al capital.

Decir que el obrero está interesado en el rápido incremento del capital, sólo significa que cuanto más aprisa incrementa el obrero la riqueza ajena, más sabrosas migajas le caen para él, más obreros pueden encontrar empleo y ser echados al mundo, más puede crecer la masa de los esclavos sujetos al capital.

Hemos visto, pues:

Que, incluso la *situación más favorable* para la clase obrera, el *incremento más rápido posible del capital*, por mucho que mejore la vida material del obrero, no suprime el antagonismo entre sus intereses y los intereses del burgués, los intereses del capitalista. *Ganancia y salario* seguirán hallándose, exactamente lo mismo que antes, *en razón inversa*.

Que si el capital crece rápidamente, pueden aumentar también los salarios, pero que aumentarán con rapidez incomparablemente mayor las ganancias del capitalista. La situación material del obrero habrá mejorado, pero a costa de su situación social. El abismo social que le separa del capitalista se habrá ahondado.

Y, finalmente:

Que el decir que la condición más favorable para el trabajo asalariado es el incremento más rápido posible del capital productivo, sólo significa que cuanto más rápidamente la clase obrera aumenta y acrecienta el poder enemigo, la riqueza ajena que la domina, tanto mejores serán las condiciones en que podrá

seguir laborando por el incremento de la riqueza burguesa, por el acrecentamiento del poder del capital, contenta con forjar ella misma las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía.

El incremento del capital productivo y el aumento del salario, ¿son realmente dos cosas tan inseparablemente enlazadas como afirman los economistas burgueses? No debemos creerles simplemente de palabra. No debemos siquiera creerles que cuanto más engorde el capital, mejor cebado estará el esclavo. La burguesía es demasiado instruida. demasiado calculadora, para compartir los prejuicios del señor feudal, que alardeaba con el brillo de sus servidores. Las condiciones de existencia de la burguesía la obligan a ser calculadora.

Deberemos, pues, investigar más de cerca lo siguiente: *¿Cómo influye el crecimiento del capital productivo sobre el salario?*

Si crece el capital productivo de la sociedad burguesa en bloque, se produce una acumulación *más multilateral* de trabajo. Crece el número y el volumen de capitales. *El aumento del número de capitales hace aumentar la concurrencia entre los capitalistas. El mayor volumen de los capitales permite lanzar al campo de batalla industrial ejércitos obreros más potentes, con armas de guerra más gigantescas.*

Sólo vendiendo más barato pueden unos capitalistas desalojar a otros y conquistar sus capitales. Para poder vender más barato sin arruinarse, tienen que producir más barato; es decir, aumentar todo lo posible la fuerza productiva del trabajo. Y lo que sobre todo aumenta esta fuerza productiva es *una mayor división del trabajo*, la aplicación en mayor escala y el constante perfeccionamiento de la *maquinaria*. Cuanto mayor es el ejército de obreros entre los que se divide el trabajo, cuanto más gigantesca es la escala en que se aplica la maquinaria, más disminuye relativamente el coste de producción, más fecundo se hace el trabajo. De aquí que entre los capitalistas se desarrolle una rivalidad en todos los aspectos para incrementar la división del trabajo y la maquinaria y explotarlos en la mayor escala posible.

Si un capitalista, mediante una mayor división del trabajo, empleando y perfeccionando nuevas máquinas, explotando de un modo más provechoso y más extenso las fuerzas naturales. encuentra los medios para fabricar, con la misma cantidad de trabajo o de trabajo acumulado, una suma mayor de productos, de mercancías, que sus competidores; si, por ejemplo, en el mismo tiempo de trabajo en que sus competidores tejen media vara de lienzo. él produce una vara entera, ¿cómo procederá este capitalista?

Podría seguir vendiendo la media vara de lienzo al mismo precio a que venía cotizándose anteriormente en el mercado, pero esto no sería el medio más adecuado para desalojar a sus adversarios de la liza y extender sus propias ventas. Sin embargo, en la misma medida en que se dilata su producción, se dilata para él la necesidad de mercado. Los medios de producción, más potentes y más costosos que ha puesto en pie, le *permiten* vender su mercancía más barata, pero al mismo tiempo *le obligan a vender más*

mercancías, a conquistar para éstas un mercado incomparablemente *mayor*; por tanto, nuestro capitalista venderá la media vara de lienzo más barata que sus competidores.

Pero, el capitalista no venderá una vara entera de lienzo por el mismo precio a que sus competidores venden la media vara, aunque a él la producción de una vara no le cueste más que a los otros la media. Si lo hiciese así, no obtendría ninguna ganancia extraordinaria; sólo recobraría por el trueque el coste de producción. Por tanto, aunque obtuviese ingresos mayores, éstos provendrían de haber puesto en movimiento un capital mayor, pero no de haber logrado que su capital aumentase más que los otros. Además, el fin que persigue, lo alcanza fijando el precio de su mercancía tan sólo unos puntos más bajo que sus competidores. *Bajando el precio*, los desaloja y les arrebató por lo menos una parte del mercado. Y, finalmente, recordamos que el precio corriente es siempre *superior o inferior al coste de producción*, según que la venta de una mercancía coincida con la temporada favorable o desfavorable de una rama industrial. Los puntos que el capitalista, que aplica nuevos y más fecundos medios de producción, puede añadir a su coste real de producción, al fijar el precio de su mercancía, dependerán de que el precio de una vara de lienzo en el mercado sea superior o inferior a su anterior coste habitual de producción.

Pero el *privilegio* de nuestro capitalista no es de larga duración; otros capitalistas, en competencia con él, pasan a emplear las mismas máquinas, la misma división del trabajo y en una escala igual o mayor, hasta que esta innovación acaba por generalizarse tanto, que el precio del lienzo queda *por debajo, no ya del antiguo, sino incluso de su nuevo coste de producción*.

Los capitalistas vuelven a encontrarse, pues, unos frente a otros, en la misma situación en que se encontraban *antes* de emplear los nuevos medios de producción; y si, con estos medios, podían suministrar por el mismo precio el doble de producto que antes, *ahora* se ven obligados a entregar el doble de producto por *menos* del precio antiguo. Y comienza la misma historia, sobre la base de este nuevo coste de producción. Más división del trabajo, más maquinaria en una escala mayor. Y la competencia vuelve a reaccionar, exactamente igual que antes, contra este resultado.

Vemos, pues, cómo se subvierten, se revolucionan incesantemente el modo de producción y los medios de producción, *cómo la división del trabajo acarrea necesariamente otra división mayor del trabajo, la aplicación de la maquinaria, otra aplicación mayor de la maquinaria, la producción en gran escala, una producción en otra escala mayor*.

Tal es la ley que saca constantemente de su viejo cauce a la producción burguesa y obliga al capital a tener constantemente en tensión las fuerzas productivas del trabajo, *por* haberlas puesto antes en tensión; la ley que no le deja punto de sosiego y le susurra incesantemente al oído: ¡Adelante! ¡Adelante!

Esta ley no es sino la que, dentro de las oscilaciones de los períodos comerciales, *nivela* necesariamente el precio de una mercancía *con su coste de producción*.

Por potentes que sean los medios de producción que un capitalista arroja a la liza, la competencia se encargará de generalizar el empleo de estos medios de producción, y, a partir del momento en que se hayan generalizado, el único fruto de la mayor fecundidad de su capital es que ahora tendrá que dar *por el mismo precio* diez, veinte, cien veces más producto que antes. Pero como, para compensar con la cantidad mayor del producto vendido el precio más bajo de venta, tendrá que vender acaso mil veces más, porque ahora necesita una venta en masa, no sólo para ganar más, sino para reponer el coste de producción, ya que los propios instrumentos de producción van siendo, como hemos visto, cada vez más caros, y como esta venta en masa no es una cuestión vital solamente para él, sino también para sus rivales, la vieja contienda se desencadena con *tanta mayor violencia cuanto más fecundos son los medios de producción ya inventados*. Por tanto, *la división del trabajo y la aplicación de maquinaria seguirán desarrollándose de nuevo, en una escala incomparablemente mayor*.

Cualquiera que sea la potencia de los medios de producción empleados, la competencia procura arrebatarse al capital los frutos de oro de esta potencia, reduciendo el precio de las mercancías al coste de producción, y, por tanto, convirtiendo en una ley imperativa el que en la medida en que pueda producirse más barato, es decir, en que pueda producirse más con la misma cantidad de trabajo, haya que abaratar la producción, que suministrar cantidades cada vez mayores de productos por el mismo precio. Por donde el capitalista, como fruto de sus propios desvelos, sólo saldría ganando la obligación de rendir más en el mismo tiempo de trabajo; en una palabra, *condiciones más difíciles para el aumento del valor de su capital*. Por tanto, mientras que la competencia le persigue constantemente con su ley del coste de producción, y todas las armas que forja contra sus rivales se vuelven contra él mismo, el capitalista se esfuerza por burlar constantemente la competencia empleando sin descanso, en lugar de las antiguas, nuevas máquinas, que, aunque más costosas, producen más barato e implantando nuevas divisiones del trabajo en sustitución de las antiguas, sin esperar a que la competencia haga envejecer los nuevos medios.

Representémonos esta agitación febril proyectada al mismo tiempo sobre *todo el mercado mundial*, y nos formaremos una idea de cómo el incremento, la acumulación y concentración del capital trae consigo una división del trabajo, una aplicación de maquinaria nueva y un perfeccionamiento de la antigua en una carrera atropellada e ininterrumpida, en escala cada vez más gigantesca.

Ahora bien, *¿cómo influyen estos factores, inseparables del incremento del capital productivo, en la determinación del salario?*

Una mayor *división del trabajo* permite a *un* obrero realizar el trabajo de cinco, diez o veinte; aumenta, por tanto, la competencia entre los obreros en cinco, diez o veinte veces. Los obreros no sólo compiten entre sí vendiéndose unos

más barato que otros, sino que compiten también cuando *uno solo* realiza el trabajo de cinco, diez o veinte; y la *división del trabajo*, implantada y constantemente reforzada por el capital, obliga a los obreros a hacerse esta clase de competencia.

Además, en la medida en que aumenta la *división del trabajo*, éste se *simplifica*. La pericia especial del obrero no sirve ya de nada. Se le convierte en una fuerza productiva simple y monótona, que no necesita poner en juego ningún recurso físico ni espiritual. Su trabajo es ya un trabajo asequible a cualquiera. Esto hace que afluyan de todas partes competidores; y, además, recordamos que cuanto más sencillo y más fácil de aprender es un trabajo, cuanto menor coste de producción supone el asimilárselo, más disminuye el salario, ya que éste se halla determinado, como el precio de toda mercancía, por el coste de producción.

Por tanto, a medida que el trabajo va haciéndose más desagradable, más repelente, aumenta la competencia y disminuye el salario. El obrero se esfuerza por sacar a flote el volumen de su salario trabajando más; ya sea trabajando más horas al día o produciendo más en cada hora. Es decir, que, acuciado por la necesidad, acentúa todavía más los fatales efectos de la división del trabajo. El resultado es que, *cuanto más trabaja, menos jornal gana*; por la sencilla razón de que en la misma medida hace la competencia a sus compañeros, y convierte a éstos, por consiguiente, en otros tantos competidores suyos, que se ofrecen al patrono en condiciones tan malas como él; es decir, porque, en última instancia, *se hace la competencia a sí mismo, en cuanto miembro de la clase obrera.*

La maquinaria produce los mismos efectos en una escala mucho mayor, al sustituir los obreros diestros por obreros inexpertos, los hombres por mujeres, los adultos por niños, y porque, además, la maquinaria, dondequiera que se implante por primera vez, lanza al arroyo a masas enteras de obreros manuales, y, donde se la perfecciona, se la mejora o se la sustituye por máquinas más productivas, va desalojando a los obreros en pequeños pelotones. Más arriba, hemos descrito a grandes rasgos la guerra industrial de unos capitalistas con otros. *Esta guerra presenta la particularidad de que en ella las batallas no se ganan tanto enrolando a ejércitos obreros, como licenciándolos. Los generales, los capitalistas rivalizan a ver quién licencia más soldados industriales.*

Los economistas nos dicen, ciertamente, que los obreros a quienes la maquinaria hace innecesarios encuentran *nuevas* ramas en que trabajar.

No se atreven a afirmar directamente que los mismos obreros desalojados encuentran empleo en nuevas ramas de trabajo, pues los hechos hablan demasiado alto en contra de esta mentira. Sólo afirman, en realidad, que se abren nuevas posibilidades de trabajo para *otros sectores de la clase obrera*; por ejemplo, para aquella parte de la generación obrera juvenil que estaba ya preparada para ingresar en la rama industrial desaparecida. Es, naturalmente, un gran consuelo para los obreros eliminados. A los señores capitalistas no les faltarán carne y sangre fresca explotables y dejarán que los muertos entierren a

sus muertos. Pero esto servirá de consuelo más a los propios burgueses que a los obreros. Si la maquinaria destruyese íntegra la clase de los obreros asalariados, ¡que espantoso sería esto para el capital, que sin trabajo asalariado dejaría de ser capital!

Pero, supongamos que los obreros directamente desalojados del trabajo por la maquinaria y toda la parte de la nueva generación que aguarda la posibilidad de colocarse en la misma rama *encuentren nuevo empleo*. ¿Se cree que por este nuevo trabajo se les habría de pagar tanto como por el que perdieron? *Esto estaría en contradicción con todas las leyes de la economía*. Ya hemos visto cómo la industria moderna lleva siempre consigo la sustitución del trabajo complejo y superior por otro más simple y de orden inferior.

¿Cómo, pues, una masa de obreros expulsados por la maquinaria de una rama industrial va a encontrar refugio en otra, a no ser con *salarios más bajos, peores?*

Se ha querido aducir como una excepción a los obreros que trabajan directamente en la fabricación de maquinaria. Visto que la industria exige y consume más maquinaria, se nos dice, las máquinas tienen, necesariamente, que aumentar, y con ellas su fabricación, y, por tanto, los obreros empleados en la fabricación de la maquinaria; además, los obreros que trabajan en esta rama industrial son obreros expertos, incluso instruidos.

Desde el año 1840, esta afirmación, que ya antes sólo era exacta a medias, ha perdido toda apariencia de verdad, pues en la fabricación de maquinaria se emplean cada vez en mayor escala máquinas, ni más ni menos que para la fabricación de hilo de algodón, y los obreros que trabajan en las fábricas de maquinaria sólo pueden desempeñar el papel de máquinas extremadamente imperfectas, al lado de las complicadísimas que se utilizan.

Pero, ¡en vez del hombre adulto desalojado por la máquina, la fábrica da empleo tal vez a *tres niños y a una mujer!* ¿Y acaso el salario del hombre no tenía que bastar para sostener a los tres niños y a la mujer? ¿No tenía que bastar el salario mínimo para conservar y multiplicar el género? ¿Qué prueba, entonces, este favorito tópico burgués? Prueba únicamente que hoy, para pagar el sustento de *una familia obrera*, la industria consume cuatro vidas obreras por una que consumía antes.

Resumiendo: *cuanto más crece el capital productivo, mas se extiende la división del trabajo y la aplicación de maquinaria. Y cuanto más se extiende la división del trabajo y la aplicación de la maquinaria, más se acentúa la competencia entre los obreros y más se reduce su salario.*

Además, la clase obrera se recluta también entre *capas más altas de la sociedad*. Hacia ella va descendiendo una masa de pequeños industriales y pequeños rentistas, para quienes lo más urgente es ofrecer sus brazos junto a los brazos de los obreros. Y así, el bosque de brazos que se extienden y piden trabajo es cada vez más espeso, al paso que los brazos mismos que lo forman son cada vez más flacos.

De suyo se entiende que el pequeño industrial no puede hacer frente a esta lucha, una de cuyas primeras condiciones es producir en una escala cada vez mayor, es decir, ser precisamente un gran y no un pequeño industrial.

Que el interés del capital disminuye en la misma medida que aumentan la masa y el número de capitales. en la que crece el capital, y que, por tanto, el pequeño rentista no puede seguir viviendo de su renta y tiene que lanzarse a la industria, ayudando de este modo a engrosar las filas de los pequeños industriales. y, con ello las de los candidatos a proletarios, es cosa que tampoco requiere más explicación.

Finalmente, a medida que los capitalistas se ven forzados, por el proceso que exponíamos más arriba, a explotar en una escala cada vez mayor los gigantescos medios de producción ya existentes, viéndose obligados para ello a poner en juego todos los resortes del crédito, aumenta la frecuencia de los terremotos industriales, en los que el mundo comercial sólo logra mantenerse a flote sacrificando a los dioses del averno una parte de la riqueza, de los productos y hasta de las fuerzas productivas; aumentan, en una palabra, las crisis. Estas se hacen más frecuentes y más violentas, ya por el solo hecho de que. a medida que crece la masa de producción y, por tanto, la necesidad de mercados más extensos, el mercado mundial va reduciéndose más y más, y quedan cada vez menos mercados nuevos que explotar, pues cada crisis anterior somete al comercio mundial un mercado no conquistado todavía o que el comercio sólo explotaba superficialmente. Pero el capital no vive sólo del trabajo. Este amo, a la par distinguido y bárbaro, arrastra consigo a la tumba los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de obreros que sucumben en las crisis. Vemos, pues, que, *si el capital crece rápidamente, crece con rapidez incomparablemente mayor todavía la competencia entre los obreros, es decir, disminuyen tanto más, relativamente, los medios de empleo y los medios de vida de la clase obrera; y, no obstante esto, el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajo asalariado.*

Escrito por C. Marx; sobre la base de las conferencias pronunciadas en la segunda quincena de diciembre de 1847. Se publica de acuerdo con el texto del folleto. Traducido del alemán.

NOTAS

[1] Alusión a la leyenda del complicado nudo con que Gordio, rey de Frigia, unió el yugo al timón de su carro; según la predicción de un oráculo, quien lo desanudase sería el soberano de Asia; Alejandro de Macedonia, después de varias tentativas infructuosas, lo cortó con su espada.

[*] En este lugar el término «fuerza de trabajo» no fue introducido por Engels, sino que figura ya en el texto publicado por Marx en la «Neue Rheinische Zeitung» (N. de la Edit.)

Carlos Marx
El Capital¹
Libro Primero

EL PROCESO DE PRODUCCION DEL CAPITAL
Sección Tercera
LA PRODUCCION DE LA PLUSVALIA ABSOLUTA
Capítulo V

PROCESO DE TRABAJO Y PROCESO DE VALORIZACION

1. El proceso de trabajo

El uso de la fuerza de trabajo es *el trabajo mismo*. El comprador de la fuerza de trabajo la consume haciendo *trabajar* a su vendedor. Este se convierte así en fuerza de trabajo *en acción*, en obrero, lo que antes sólo era *en potencia*. Para materializar su trabajo en *mercancías*, tiene, ante todo, que materializarlo en valores *de uso*, en *objetos* aptos para la satisfacción de necesidades de cualquier clase. Por tanto, lo que el capitalista hace que el obrero fabrique es un determinado valor de uso, un *artículo* determinado. La *producción de valores de uso u objetos útiles* no cambia de carácter, de un modo *general*, por el hecho de que se efectúe *para* el capitalista y bajo su control. Por eso, debemos comenzar analizando el *proceso de trabajo*, sin fijarnos en la *forma social concreta* que revista.

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y las manos, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina. Aquí, no vamos a ocuparnos, pues no nos interesan, de las primeras formas de trabajo, formas instintivas y de tipo animal. Detrás de la fase en que el obrero se presenta en el mercado de mercancías como vendedor de su propia fuerza de trabajo, aparece, en un fondo prehistórico, la fase en que el trabajo humano no se ha desprendido aún de su primera forma instintiva. Aquí, partimos del supuesto del trabajo plasmado ya bajo una forma en la que pertenece exclusivamente al *hombre*. Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzarse, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya *en la mente del obrero*; es decir, un resultado que tenía ya existencia *ideal*. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda

¹ Marx, Karl, *El capital*, trad. M. Pedroso, 1931.

la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, *realiza en ella su fin*, fin que él *sabe* que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad. Y esta supeditación no constituye un acto aislado. Mientras permanezca trabajando, además de esforzar los órganos que trabajan, el obrero ha de aportar esa voluntad *consciente del fin* a que llamamos *atención*, atención que deberá ser tanto más reconcentrada cuanto menos atractivo sea el trabajo, por su carácter o por su ejecución, para quien lo realiza, es decir, cuanto menos disfrute de él el obrero como de un juego de sus fuerzas físicas y espirituales.

Los factores simples que intervienen en el proceso de trabajo son: la *actividad adecuada a un fin*, o sea, el *propio trabajo, su objeto y sus medios*.

El hombre se encuentra, sin que él intervenga para nada en ello, con *la tierra* (concepto que incluye también, económicamente, el del *agua*), tal y como en tiempos primitivos surte al hombre de provisiones y de medios de vida aptos para ser consumidos directamente,¹ como el *objeto general* sobre que versa el trabajo humano. Todas aquellas cosas que el trabajo no hace más que desprender de su contacto directo con la tierra son objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre. Tal ocurre con los peces que se pescan, arrancándolos a su elemento, el agua, con la madera derribada en las selvas vírgenes; con el cobre separado del filón. Por el contrario, cuando el objeto sobre que versa el trabajo ha sido ya, digámoslo así, filtrado *por un trabajo* anterior, lo llamamos *materia prima*. Es el caso, por ejemplo, del cobre ya arrancado al filón para ser lavado. Toda materia prima es objeto de trabajo, pero no todo objeto de trabajo es materia prima. Para ello es necesario que haya experimentado, por medio del trabajo, una cierta transformación.

El *medio de trabajo* es aquel objeto o conjunto de objetos que el obrero interpone entre él y el objeto que trabaja y que le sirve para *encauzar su* actividad sobre este objeto. El hombre se sirve de las cualidades mecánicas, físicas y químicas de las cosas para utilizarlas, *conforme al fin perseguido*, como instrumentos de actuación sobre otras Cosas.² El objeto que el obrero empuña *directamente* –sí prescindimos de los víveres aptos para ser consumidos sin más manipulación, de la fruta, por ejemplo, en cuyo caso los instrumentos de trabajo son sus propios órganos corporales – no es el objeto sobre que trabaja, sino el instrumento de trabajo. De este modo, los productos de la naturaleza se convierten directamente en *órganos* de la actividad del obrero, órganos que él incorpora a sus propios órganos corporales, prolongando así, a pesar de la Biblia, su estatura natural. La tierra es su despensa primitiva y es, al mismo tiempo, su primitivo arsenal de instrumentos de trabajo. Le suministra, por ejemplo, la *pedra* que lanza, con la que frota, percute, corta, etc. Y la *propia tierra* es un instrumento de trabajo aunque exija, para su cultivo, para poder ser utilizada como instrumento de trabajo, toda otra serie de instrumentos y un desarrollo de la fuerza de trabajo relativamente grande.³ Tan pronto como el proceso de trabajo se desarrolla un poco, reclama instrumentos de trabajo fabricados. En las cuevas humanas más antiguas se descubren instrumentos y armas de piedra. Y en los orígenes de la historia humana, los animales *domesticados*, es decir, adaptados, transformados ya por el trabajo, desempeñan un papel primordial como instrumentos de trabajo, al lado de la *pedra* y *la madera* talladas, los huesos y las conchas.⁴ El uso y la fabricación de medios de trabajo, aunque en germen se presenten ya en ciertas especies animales, caracterizan el *proceso de trabajo específicamente*

humano, razón por la cual Franklin define al hombre como “a *toolmaking animal*”, o sea como un animal que fabrica instrumentos. Y así como la estructura y armazón de los restos de huesos tienen una gran importancia para reconstituir la organización de especies animales desaparecidas, los vestigios de *instrumentos de trabajo* nos sirven para apreciar antiguas formaciones económicas de la sociedad, ya sepultadas. Lo que distingue a las épocas económicas unas de otras no es lo que se hace, sino el cómo se hace, con qué instrumentos de trabajo se hace.⁵ Los instrumentos de trabajo no son solamente el barómetro indicador del desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre, sino también el exponente de las condiciones sociales en que se trabaja. Y, dentro de la categoría de los instrumentos de trabajo, los *instrumentos mecánicos*, cuyo conjunto forma lo que podríamos llamar el *sistema óseo y muscular de la producción*, acusan las características esenciales de una época social de producción de un modo mucho más definido que esos instrumentos cuya función se limita a servir de receptáculos de los objetos de trabajo y a los que en conjunto podríamos designar, de un modo muy genérico, como el *sistema vascular de la producción*, v. gr., los tubos, los barriles, las canastas, los jarros, etc. La industria química es la única en que estos instrumentos revisten una importancia considerable.⁶

Entre los objetos que sirven de *medios* para el proceso de trabajo cuéntanse, en un sentido amplio, además de aquellos que sirven de mediadores entre los efectos del trabajo y el objeto de éste y que, por tanto, actúan de un modo o de otro para encauzar la actividad del trabajador, todas *aquellas condiciones materiales* que han de concurrir para que el proceso de trabajo se efectúe. Trátase de condiciones que no se identifican directamente con dicho proceso, pero sin las cuales éste no podría ejecutarse, o sólo podría ejecutarse de un modo imperfecto. Y aquí, volvemos a encontrarnos, como medio general de trabajo de esta especie, con la *tierra misma*, que es la que brinda al obrero el locus *stand* (3 7) y a su actividad el campo de acción (*field of empilogment*). Otros medios de trabajo de este género, pero debidos ya al trabajo del hombre, son, por ejemplo, los locales en que se trabaja, los canales, las calles, etc.

Como vemos, en el *proceso de trabajo* la actividad del hombre consigue, valiéndose del instrumento correspondiente, transformar el objeto sobre que versa el trabajo con arreglo al fin perseguido. Este proceso desemboca y se extingue en el *producto*. Su producto es un *valor de uso*, una materia dispuesta por la naturaleza y adaptada a las necesidades humanas mediante un cambio de forma. El trabajo se compenetra y confunde con su objeto. Se materializa en el objeto, al paso que éste se elabora. Y lo que en el trabajador era dinamismo, es ahora en el producto, plasmado en lo que es, quietud. El obrero ,es el tejedor, y el producto el tejido.

Si analizamos todo este proceso desde el punto de vista de su resultado, *del producto*, vemos que ambos factores, los *medios de trabajo* y el *objeto* sobre que éste recae, son los medios de *producción*.⁷ y el trabajo un *trabajo productivo*.⁸

Para engendrar un valor de uso como producto, el proceso de trabajo absorbe, en concepto de *medios de producción*, otros valores de uso, producto a su vez de procesos de trabajo anteriores. Y el mismo valor de uso que forma el producto de este trabajo, constituye el medio de producción de aquél. Es

decir, que los productos no son solamente el resultado, sino que son, al mismo tiempo, la *condición del* proceso de trabajo.

Excepción hecha de la *industria extractiva*, aquella a la que la naturaleza brinda el objeto sobre que trabaja, v. gr. la minería, la caza, la pesca, etc. (la agricultura sólo entra en esta categoría cuando se trata de la roturación y cultivo de tierras vírgenes), todas las ramas industriales recaen sobre *objetos* que tienen el carácter de *materias primas*, es decir, sobre materiales ya filtrados por un trabajo anterior, sobre objetos que son ya, a su vez, productos de trabajo. Tal ocurre, por ejemplo, con la *simiente*, en la agricultura.

Los animales y las plantas, que solemos considerar como productos naturales, no son solamente productos del año anterior, supongamos,

sino que son, bajo su forma actual, el fruto de un proceso de transformación desarrollado a lo largo de las generaciones, controlado por el hombre y encauzado por el trabajo humano. Por lo que se refiere a los *instrumentos de trabajo*, la inmensa mayoría de éstos muestran aún a la mirada superficial las huellas de un trabajo, anterior.

Las materias primas pueden formar la sustancia principal de un producto o servir simplemente de *materias auxiliares* para su fabricación. Las materias auxiliares son *absorbidas por el mismo instrumento de trabajo*, el carbón por la máquina de vapor, el aceite por la rueda, el heno por el caballo de tiro, o *incorporadas a la materia prima*, para operar en ella una transformación de carácter material, como ocurre con el cloro que se emplea para blanquear las telas, con el carbón que se mezcla al hierro, con el color que se da a la lana, etc.; otras veces, sirven para ayudar simplemente a la *ejecución del trabajo*, que es lo que acontece, v. gr. con los materiales empleados para iluminar y calentar los locales en que se trabaja. En la verdadera industria química, se borra esta distinción entre materias principales y auxiliares, ya que en la sustancia del producto no reaparece ninguna de las materias primas empleadas.⁹

Como todas las cosas poseen numerosas cualidades, siendo por tanto susceptibles de diversas aplicaciones útiles, el mismo producto puede entrar como materia prima de los procesos de trabajo más diversos. El trigo, por ejemplo, es materia prima para el fabricante de harina y para el fabricante de almidón, para el destilador de aguardiente, para el ganadero, etc. Además, es, como simiente, materia prima de su propia producción. El carbón es producto de la industria carbonífera, y a la par medio de producción de la misma rama industrial.

Un mismo producto puede servir de medio de trabajo y de materia prima en el mismo proceso de producción. Así, por ejemplo, en la ganadería, el ganado, o sea, la materia prima que se elabora es al mismo tiempo un medio para la producción de abono animal.

Puede ocurrir que un producto apto para ser directamente consumido, se emplee de nuevo como materia prima para la elaboración de otro producto, como se hace por ejemplo con la uva para la fabricación de vino. Otras veces el trabajo arroja su producto bajo una forma en que sólo puede emplearse como materia prima. A estas materias primas se les da el nombre de artículos a *medio* fabricar, aunque más exacto sería denominarlas artículos *intermedios*, como son por ejemplo el algodón, el hilado, la hebra, etc. Aun siendo ya de suyo un producto, puede ocurrir que la materia prima originaria tenga que recorrer toda una gradación de diferentes procesos, en los que va funcionando

sucesivamente como materia prima, bajo una forma distinta cada vez, hasta llegar al proceso de trabajo final, del que sale convertida en *medio de vida* apto para su consumo o en instrumento *de trabajo* terminado.

Como se ve, el que un valor *de uso* represente el papel de materia prima, *medio de trabajo* o producto, depende única y exclusivamente de las funciones concretas que ese valor de uso desempeña en el proceso *de trabajo*, *del* lugar que en él ocupa; al cambiar este lugar, cambian su destino y su función.

Por tanto, al entrar como *medio de* producción en un nuevo proceso de trabajo, el producto pierde su carácter de tal. Ahora, ya sólo funciona como factor material del trabajo vivo. Para el tejedor, el huso no es más que el instrumento con que teje y la hebra el material tejido. Claro está que no es posible tejer sin materia prima y sin huso. Para comenzar a tejer, es condición indispensable, por tanto, la existencia de este producto. Pero, en lo que toca al proceso *mismo de tejer*, es de todo punto indiferente que la hebra y el huso sean producto *de* un trabajo anterior, del mismo modo que en el proceso de la nutrición es indiferente que el pan sea producto de trabajos anteriores ejecutados por el labrador, el molinero, el panadero, etc. En realidad, cuando los instrumentos de producción acusan en el proceso de trabajo su carácter de productos de un trabajo anterior es cuando presentan algún defecto. Cuando el cuchillo no corta o la hebra se rompe a cada paso es cuando los que manejan estos materiales se acuerdan del que los fabricó. En el producto bien elaborado se borran las huellas del trabajo anterior al que debe sus cualidades útiles.

Una máquina que no presta servicio en el proceso de trabajo es una máquina inútil. Y no sólo es inútil, sino que además cae bajo la acción destructora del intercambio natural de materias. El hierro se oxida, la madera se pudre. La hebra no tejida o devanada es algodón echado a perder. El trabajo vivo tiene que hacerse cargo de estas cosas, resucitarlas de entre los muertos, convertirlas de valores de uso potenciales en valores de uso reales y activos. Lamidos por el fuego del trabajo, devorados por éste como cuerpos suyos, fecundados en el proceso de trabajo con arreglo a sus funciones profesionales y a su destino, estos valores de uso son absorbidos, pero absorbidos de un modo provechoso y racional, como elementos de creación de nuevos valores de uso, de nuevos productos, aptos para , ser absorbidos a su vez como medios de vida por el consumo individual o por otro nuevo proceso de trabajo, sí se trata de medios de producción,

Por tanto, los productos existentes no son solamente *resultados* del proceso de trabajo, sino también *condiciones de existencia* de este; además, su incorporación al proceso de trabajo, es decir, su contacto con el. trabajo vivo es el único medio de conservar y realizar como *valores de uso* estos *productos de un trabajo anterior*.

El trabajo devora sus elementos materiales, su objeto y sus instrumentos, se alimenta de ellos —, es, por tanto, su proceso de consumo. Este *consumo productivo* se distingue del *consumo individual* en que éste devora los productos como medios de vida *del ser viviente*, mientras que aquél los absorbe como medios de vida del trabajo, de la fuerza de trabajo del individuo, puesta en acción. El producto del consumo individual, es, por tanto, *el consumidor mismo*; el fruto del consumo productivo es un *producto* distinto del consumidor.

En todos aquellos casos en que recae sobre *productos* y se ejecuta por medio de ellos, el trabajo *devora productos* para *crear productos*, o desgasta *productos como medios de producción de otros nuevos*. Pero, si en un principio, el proceso de trabajo se entablaba solamente entre el hombre y la tierra, es decir, entre el hombre y algo que existía sin su cooperación, hoy intervienen todavía en él medios de producción creados directamente por la naturaleza y que no presentan la menor huella de trabajo humano.

El *proceso de trabajo*, tal y como lo hemos estudiado, es decir, fijándonos solamente en sus elementos simples y abstractos, es la actividad racional encaminada a la producción de valores de uso, la asimilación de las materias naturales al servicio de las necesidades humanas, la condición general del intercambio de materias entre la naturaleza y el hombre, la condición natural eterna de la vida humana, y por tanto, independiente de las formas y modalidades de esta vida y común a todas las formas sociales por igual. Por eso, para exponerla, no hemos tenido necesidad de presentar al trabajador en relación con otros. Nos bastaba con presentar al hombre y su trabajo de una parte, y de otra la naturaleza y sus materias. Del mismo modo que el sabor del pan no nos dice quién ha cultivado el trigo, este proceso no nos revela tampoco las condiciones bajo las cuales se ejecutó, no nos descubre si se ha desarrollado bajo el látigo brutal del capataz de esclavos o bajo la mirada medrosa del capitalista, sí ha sido Cincinato quien lo ha ejecutado, labrando su par de *jugera*, o ha sido el salvaje que derriba a una bestia de una pedrada.¹⁰

Retornemos a nuestro *capitalista in spe*. (38) Le habíamos dejado en el mercado de mercancías, comprando todos los elementos necesarios para un proceso de trabajo: los *elementos materiales o medios de producción y los elementos personales, o sea la fuerza de trabajo*. Con la mirada alerta del hombre que conoce el terreno que pisa, el capitalista en ciernes elige los medios de producción y las fuerzas de trabajo más convenientes para su rama especial de industria: hilados, fabricación de zapatos, etc. Nuestro capitalista se dispone, pues, a consumir la mercancía que ha comprado, *la fuerza de trabajo*, es decir, hace que su poseedor, o sea, *el obrero, consuma trabajando* los medios de producción. Claro está que *el carácter general* del proceso de trabajo no varía por el hecho de que el obrero lo ejecute para el capitalista, en vez de ejecutarlo para sí. Tampoco cambia, de primera intención, porque en este proceso venga a deslizarse el capitalista, la *manera concreta* de hacer botas o de hilar hebra. El capitalista empieza, como es lógico, tomando la fuerza de trabajo tal y como se la brinda el mercado, y lo mismo, naturalmente, su trabajo, fruto de una época en que no existían capitalistas. Tiene que pasar todavía algún tiempo para que *el sistema de producción se transforme* por efecto de la sumisión del trabajo al capital; por eso no habremos de estudiar aquí, sino en su lugar, esta transformación.

Ahora bien, el proceso de trabajo, considerado como *proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista*, presenta dos fenómenos característicos.

El obrero trabaja *bajo el control del capitalista*, a quien su trabajo pertenece. El capitalista se cuida de vigilar que este trabajo se ejecute como es debido y que los medios de producción se empleen convenientemente, es decir, sin desperdicio de materias primas y cuidando de que los instrumentos

de trabajo se traten bien, sin desgastarse más que en aquella parte en que lo exija su empleo racional.

Pero hay algo más, y es que *el producto es propiedad del capitalista* y no del productor directo, es decir, del obrero. El capitalista paga, por ejemplo, el *valor de un día de fuerza de trabajo*. Es, por tanto, dueño de utilizar como le convenga, durante un día, el uso de esa fuerza de trabajo, ni más ni menos que el de otra mercancía cualquiera, v. gr. el de un caballo que alquilase durante un día. El uso de la mercancía pertenece a su comprador, y el poseedor de la fuerza de trabajo sólo puede entregar a éste el valor de uso que le ha *vendido* entregándole su *trabajo*. Desde el instante en que pisa el taller del capitalista, el *valor de uso* de su fuerza de trabajo, y por tanto su uso, o sea, *el trabajo*, le pertenece a éste. Al comprar la fuerza de trabajo, el capitalista incorpora el trabajo del obrero, como fermento vivo, a los elementos muertos de creación del producto, propiedad suya también. Desde su Punto de vista, el proceso de trabajo no es más que el consumo de la mercancía fuerza de trabajo comprada por él, si bien sólo la puede consumir facilitándole medios de producción. El proceso de trabajo es un proceso entre objetos comprados por el capitalista, entre objetos pertenecientes a él Y el producto de este proceso le pertenece, por tanto, a él, al capitalista, ni más ni menos que el producto del proceso de fermentación de los vinos de su bodega.¹¹

2. El proceso de valorización

El producto –propiedad del capitalista– es un *valor de uso*: hilado, botas, etc. Pero, aunque las botas, por ejemplo, formen en cierto modo la base del progreso social y nuestro capitalista sea un hombre progresivo como el que más, no fabrica las botas por amor al arte de producir calzado. El *valor de uso* no es precisamente, en la producción de mercancías, la cosa *qu'on aime pour lut-meme*. (39) En la producción de mercancías los valores de uso se producen pura y simplemente porque son y en cuanto son la *encarnación material, el soporte del valor de cambio*. Y nuestro capitalista persigue dos objetivos. En primer lugar, producir un valor de uso que tenga un valor de cambio, producir un artículo destinado a la venta, una *mercancía*. En segundo lugar, producir una *mercancía cuyo valor cubra y rebase la suma de valores de las mercancías invertidas en su producción*, es decir, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, por los que *adelantó* su buen dinero en el mercado de mercancías. No le basta con producir un *valor de uso*; no, él quiere producir una *mercancía*; no sólo un valor de uso, sino un valor; y tampoco se contenta con un *valor* puro y simple, sino que aspira a una *plusvalía*, a un *valor mayor*.

Hasta aquí, nos hemos limitado a estudiar un *aspecto del proceso*, pues se trata de la *producción de mercancías*. Y así como la *mercancía* es unidad de *valor de uso* y *valor*, su *proceso de producción* tiene necesariamente que *englobar dos cosas: un proceso de producción y un proceso de creación de valor*.

Sabemos que el valor de toda mercancía se determina por la cantidad de *trabajo materializado* en su valor de uso, por el *tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción*. Este criterio rige también para el producto que va a parar a manos del capitalista, como resultado del proceso de trabajo. Lo primero que hay que ver, pues, es el *trabajo materializado en este producto*.

Supongamos, por ejemplo, que se trata de *hilado*.

Para la fabricación del hilado se ha necesitado, en primer lugar, la *materia prima* correspondiente, digamos por ejemplo 10 libras de algodón. El valor del algodón no hace falta investigarlo, pues el capitalista lo compra en el mercado por lo que vale, *v. gr.* por 10 chelines. En el *precio* del algodón se contiene ya, como trabajo social general, el trabajo necesario para su producción. Supondremos, además, que la *masa de husos desgastada* para fabricar el algodón, que representa para nosotros todos los demás medios de trabajo invertidos, posee un valor de 2 chelines. Si una masa de oro de 12 chelines es el producto de 24 horas de trabajo, o sea de dos jornadas de trabajo, tendremos que en el hilo aparecen materializadas dos jornadas de trabajo.

El hecho de que el algodón cambie de forma y de que la masa de *husos desgastada desaparezca* radicalmente, no debe movernos a confusión. Con arreglo a la ley general del valor, 10 libras de hilado, por ejemplo, equivalen a 10 libras de algodón y a 1/4 de huso, siempre y cuando que el valor de 40 libras de hilado sea igual al de 40 libras de algodón más el de un huso entero, o, lo que es lo mismo, siempre y cuando que para producir los dos términos de esta ecuación se requiera el *mismo tiempo de trabajo*. Arrancando de esta premisa, el *mismo tiempo de trabajo* aparece representado, de una parte, en el valor de uso hilado y de otra parte en los valores de uso algodón y huso. Al valor le tiene, pues, sin cuidado el que aparezca encarnado en hilado, huso o algodón. El hecho de que el, huso y el algodón, en vez de yacer inmóviles, el uno junto al otro, se combinen en el proceso de la hilatura, combinación que altera sus formas útiles, *convirtiéndolos en hilado* no afecta para nada a su valor; es exactamente lo mismo que si se trocasen por un equivalente de hilado mediante un *simple cambio*.

El tiempo de trabajo necesario para producir el algodón es parte integrante del tiempo de trabajo necesario para producir el hilado al que sirve de materia prima, y se contiene, por tanto, en éste. Y otro tanto acontece con el tiempo de trabajo necesario para producir la masa de husos sin cuyo desgaste o consumo no podría hilarse el algodón.¹²

Así, pues, cuando se analiza el *valor del hilado*, el *tiempo de trabajo* necesario para su producción, podemos considerar como fases *distintas y sucesivas del mismo proceso de trabajo los diversos procesos concretos* de trabajo, separados en el espacio y en el tiempo, que es necesario recorrer para producir el algodón y la masa de husos consumida, hasta convertir por fin en hilado los husos y el algodón. Todo el trabajo contenido en el hilado es *trabajo pretérito*. Pero el hecho de que el tiempo de trabajo necesario para la producción de sus elementos integrantes se haya *ejecutado antes*, esté, por decirlo así, en pluscuamperfecto, mientras que el trabajo invertido directamente para llevar a término el proceso final, el hilar, se halle más cerca del presente, en pretérito perfecto, digámoslo así, es un hecho absolutamente indiferente. Sí para construir una casa se requiere una determinada masa de trabajo, digamos por ejemplo 30 días de trabajo, el hecho de que la última jornada de trabajo se incorpore a la producción 29 días después que la primera no altera en nada el *total* del tiempo de trabajo absorbido por la casa. Para estos efectos, es como si el tiempo de trabajo que se contiene en los instrumentos de trabajo y en la materia prima se hubiese invertido en una fase anterior del proceso de hilatura, con anterioridad al que en la fase final se añade bajo *la forma de hilado*.

Por tanto, los valores de los medios de producción, el valor del algodón y el de los husos, expresados en el precio de 12 chelines, forman parte integrante del *valor del hilado*, o sea, del valor del *producto*.

Mas para ello han de darse dos condiciones. La primera es que el algodón y los husos sirvan real y verdaderamente para la producción de un *valor de uso*. En nuestro ejemplo, para la fabricación de *hilado*. Al valor le es indiferente en qué valor de uso tome cuerpo, pero tiene que tomar cuerpo necesariamente en un *valor de uso*, sea el que fuere. La segunda condición es que solamente se invierta el tiempo de trabajo necesario para las *condiciones sociales de producción* reinantes. Así por ejemplo, si para producir 1 libra de hilado sólo se requiere 1 libra de algodón, no deberá emplearse más. Y lo mismo por lo que se refiere a los husos. Sí al capitalista se le ocurriera, por un acto de su fantasía, emplear husos de oro en vez de husos de acero, cargaría con las consecuencias, pues en el *valor del hilado* solamente cuenta el *trabajo socialmente necesario*, o sea, el tiempo de trabajo necesario para producir husos de acero.

Ya sabemos qué parte representan, en el valor del hilado, los medios de producción, o sea, el algodón y los husos. Representan 12 chelines, es decir, la materialización de dos jornadas de trabajo. Ahora, trátase de saber cuál es la parte de valor que *el hiladero, con su trabajo*, añade al algodón.

Este trabajo ha de ser enfocado aquí desde un punto de vista totalmente distinto de aquel en que nos situábamos para analizar el *proceso de trabajo*. En el proceso de trabajo, todo giraba en torno a un actividad encaminada a un fin: la de convertir el algodón en hilado. Cuanto más apto para su fin sea el trabajo, tanto mejor será el hilado suponiendo que todas las demás circunstancias no varíen. El trabajo del hiladero era un trabajo específicamente distinto de otros trabajos productivos, y la diferencia se revelaba subjetiva y objetivamente en la finalidad especial de hilar, en sus especiales manipulaciones, en el carácter especial de sus medios de producción y en el valor de uso especial de su producto. El algodón y el huso son *medios de vida del trabajo de hilandería*, pero no sirven para fundir cañones. En cambio, enfocado como *fuerza de valor*, el trabajo del hiladero no se distingue absolutamente en nada del trabajo del perforador de cañones, ni, para no salirnos demasiado del campo de nuestro ejemplo, de los trabajos del plantador de algodón y del fabricante de husos, materializados en los medios de producción del hilado. Esta *identidad* es la que permite que el plantar algodón, el fabricar husos y el hilar sean otras tantas partes sólo *cuantitativamente* distintas del mismo valor total, o sea, del *valor del hilo*. Aquí, ya no se trata de la *calidad*, de la naturaleza y el contenido del trabajo, sino pura y exclusivamente de su *cantidad*. Y ésta se calcula por una sencilla operación *aritmética*. Para ello, suponemos que el trabajo de hilar es trabajo simple, trabajo social medio. Más adelante, veremos que el supuesto contrario no hace cambiar los términos del problema.

A lo largo del proceso de trabajo, éste se trueca constantemente de inquietud en ser, de movimiento en materialidad. Al final de una hora de trabajo, las manipulaciones del hiladero se traducen en una determinada cantidad de hilado, o, lo que es lo mismo, una determinada cantidad de trabajo, una hora de trabajo, se materializa en el algodón. Decimos hora de trabajo, o lo que tanto vale, inversión de las fuerzas vitales del hiladero durante una hora, porque aquí el trabajo del hiladero sólo interesa en cuanto inversión de fuerza de trabajo, y no como la modalidad específica de trabajo que supone el hilar.

Ahora bien, es de una importancia extraordinaria, decisiva, el que, mientras dura el proceso de transformación del algodón en hilados, este proceso no absorba más que el *tiempo de trabajo socialmente necesario*. Sí, en condiciones *normales*, es decir, en las condiciones sociales medias de producción, durante una hora de trabajo *a* libras de algodón se convierten en *b* libras de hilado, sólo podrá considerarse como jornada de trabajo de 12 horas aquella que convierta $12 \times a$ libras de algodón en $12 \times b$ libras de hilo. Sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como *fuerza de valor*.

Al igual que el trabajo, las materias primas y el producto presentan aquí una fisonomía completamente distinta de la que presentaban cuando enfocábamos estos elementos desde el punto de vista del proceso de trabajo en sentido estricto. Ahora, la materia prima sólo interesa en cuanto *absorbe y asimila una determinada cantidad de trabajo*. Sí la materia prima se convierte efectivamente en hilado mediante esta absorción, es porque la fuerza de trabajo se despliega y se le incorpora en forma de trabajo de hilatura. Pero aquí, el producto, el hilado no es más que el termómetro del trabajo absorbido por el algodón. Si durante una hora se tejen $1 \frac{2}{3}$ libras de algodón o se transforman en $\frac{12}{3}$ libras de hilo, 10 libras de hilado equivaldrán a 6 horas de trabajo absorbido. Aquí, determinadas *cantidades de productos, fijadas por la experiencia*, no representan más que determinadas cantidades de trabajo, una determinada masa de tiempo de trabajo cuajado. Son, simplemente, la materialización de 1 hora, de 2 horas, de un día de trabajo social.

El hecho de que el trabajo sea precisamente trabajo de hilandería, su materia prima algodón y su producto hilado, no interesa nada para estos efectos, como tampoco interesa la circunstancia de que el *objeto sobre que recae el trabajo* sea ya, a su vez, producto de otro trabajo anterior. Si el obrero, en vez de trabajar en el ramo de hilandería trabajase en una mina de carbón, el objeto de su trabajo, el carbón, sería de distinta naturaleza, pero, a pesar de ello, una cantidad determinada de carbón arrancado a la veta, *v. gr.* un quintal de hulla, representaría una determinada cantidad de trabajo absorbido.

Al tratar de la *venta de la fuerza de trabajo*, partíamos del supuesto de que su valor diario era de 3 chelines, encarnándose en las últimas 6 horas de la jornada y siendo, por tanto, necesaria esta cantidad de trabajo para producir la suma normal de los medios diarios de vida del obrero. Ahora bien, si durante una hora de trabajo nuestro tejedor transforma $\frac{12}{3}$ libras de algodón en $\frac{12}{3}$ libras de hilado,¹³ en 6 horas transformará 10 libras de algodón en 10 libras de hilado; por tanto, durante el proceso de hilado, el algodón absorberá 6 horas de trabajo. Este tiempo de trabajo está representado por una cantidad de oro equivalente a 3 chelines. El tejedor incorpora, pues, al algodón, con su trabajo, un valor de 3 chelines.

Analicemos *el valor total del producto*, o sea, de las 10 libras de hilado. En él se materializan $2 \frac{1}{2}$ jornadas de trabajo: 2 en el algodón y en la masa de husos consumida y $\frac{1}{2}$ en el proceso de trabajo del hiladero. Este tiempo de trabajo representa una masa de oro de 15 chelines. El precio adecuado al valor de las 10 libras de hilo es, por tanto, de 15 chelines, y el de una libra de hilado 1 chelín y 6 peniques.

Al llegar aquí nuestro capitalista se queda perplejo. Resulta que el valor del producto es igual al valor del capital desembolsado. El valor desembolsado por el capitalista no se ha valorizado, no ha engendrado plusvalía; o, lo que es lo mismo, el dinero no se ha convertido en capital. El precio de las 10 libras de

hilo son 15 chelines, los mismos 15 chelines que el capitalista hubo de invertir en el mercado para adquirir los *elementos integrantes del producto*, o lo que tanto vale, los *factores del proceso de trabajo*: 10 chelines en el algodón, 2 chelines en la masa de husos desgastada y 3 chelines en la fuerza de trabajo. De nada sirve que el *valor del hilo* se haya *incrementado*, pues su *valor* no es más que la suma de los valores que antes se *distribuían* entre el algodón, los husos y la fuerza de trabajo, y de la *simple suma de valores existentes* jamás puede brotar un valor nuevo, la *plusvalía*.¹⁴ Lo que hacen estos valores es concentrarse en *un objeto*, pero esto no significa nada, pues ya lo estaban en la suma de dinero de 15 chelines, antes de desperdigarse en las tres mercancías compradas.

De suyo, este resultado no tiene nada de sorprendente. Una libra de hilado vale 1 chelín y 6 peniques. Es, pues, lógico que nuestro capitalista abone 15 chelines en el mercado por 10 libras de hilado. Tanto da que compre su casa particular, lista y terminada, en el mercado o que la mande edificar: ninguna de estas operaciones aumentará el dinero invertido en adquirir la casa.

Tal vez el capitalista, versado en materia de economía vulgar, diga que ha desembolsado su dinero con la intención de obtener del negocio *mas dinero del que invirtió*. Pero, el infierno está empedrado de buenas intenciones, y del mismo modo podía abrigar la de obtener dinero sin producir.¹⁵ El capitalista amenaza. No volverán a engañarle. En adelante, comprará la mercancía, lista y terminada, en el mercado, en vez de fabricarla por su cuenta. Pero, si todos sus hermanos capitalistas hacen lo mismo, ¿de dónde van a salir las mercancías, para que él se encuentre con ellas en el mercado? No va a comerse su dinero. El capitalista sermonea. Nos habla de su *abstinencia*. Dice que podía haberse gastado para su placer los 15 chelines, y que, en vez de hacerlo, los ha *consumido productivamente*, convirtiéndolos en hilado. Gracias a ello, tiene en sus manos hilado, en vez de tener remordimientos. Y no va a dejarse arrastrar nuevamente a la tentación del *atesorador*, pues ya veíamos, en el ejemplo de éste, lo que daba de sí el ascetismo. Además, al que nada tiene el rey le hace libre. Y por grandes que sean los méritos de su *privación*, no hay nada con qué premiársela, toda vez que el valor del producto que brota del proceso equivale, como veíamos, a la suma de los valores de las mercancías que lo alimentan. Nuestro capitalista, tiene, pues, que contentarse con que la virtud encuentre en si misma su recompensa. Pero, lejos de ello, insiste y apremia. El hilado no le sirve de nada. Lo ha producido para venderlo. Así, pues, o lo vende o en lo sucesivo se limita —cosa mucho más sencilla— a producir objetos para su uso personal, que es la receta que su médico de cabecera MacCulloch le prescribe como remedio eficaz contra la epidemia de la superproducción. El capitalista no cede. ¿Acaso el obrero puede crear productos de trabajo, producir mercancías, con sus brazos inermes, en el vacío? ¿Quién sino él, el capitalista, le suministra la materia con la cual y en la cual materializa el obrero su trabajo? Y, como la inmensa mayoría de la sociedad, está formada por descamisados de esos, ¿no presta a la sociedad un *servicio* inapreciable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, y no se lo presta también a los mismos obreros, a quienes además, por si eso fuese poco, les suministra los medios de vida necesarios? Y este *servicio*, ¿no ha de cobrarlo? Pero, preguntamos nosotros, ¿es que el obrero, a su vez, no le presta a él, al capitalista, el servicio de transformar en hilado el algodón y los husos? Además, aquí no se trata de *servicios*.¹⁶ Servicio es la

utilidad que presta un *valor de uso*, mercancía o trabajo.¹⁷ Aquí se trata del *valor de cambio*. El capitalista abona al obrero el valor de 3 chelines. El obrero, al incorporar al algodón un valor de 3 chelines, le devuelve un *equivalente* exacto: son dos valores iguales que se cambian. De pronto, nuestro amigo abandona su soberbia de capitalista para adoptar el continente modesto de un simple trabajador. ¿Es que no trabaja también él, vigilando y dirigiendo el trabajo *del tejedor*? ¿Y es que este trabajo suyo no crea también valor? Su *overlooker* y su *manager* se alzan de hombros. Entretanto, ya nuestro capitalista ha recobrado, con una sonrisa de satisfacción, su fisonomía acostumbrada. Se ha estado burlando de nosotros, con toda esa letanía. A él, todas estas cosas le tienen sin cuidado. Para inventar todos esos subterfugios y argucias y otras parecidas, están ahí los profesores de economía política, que para eso cobran. El, el capitalista, es un hombre práctico, que, si no siempre piensa lo que dice fuera de su negocio, al frente de éste sabe muy bien siempre lo que hace.

Analícemos la cosa más despacio. El valor de un día de fuerza de trabajo ascendía a 3 chelines, porque en él se materializaba *media jornada de trabajo*; es decir, porque los medios de vida necesarios para producir la fuerza de trabajo durante un día costaban *media jornada de trabajo*. Pero el trabajo pretérito encerrado en la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que ésta puede desarrollar, su costo diario de conservación y su rendimiento diario, son dos magnitudes completamente distintas. La primera determina su valor de cambio, la segunda forma su valor de uso. El que para alimentar y mantener en pie la fuerza de trabajo durante veinticuatro horas haga falta *media jornada de trabajo*, no quiere decir, ni mucho menos, que el obrero no pueda *trabajar durante una jornada entera*. El valor de la fuerza de trabajo y su *valorización* en el proceso de trabajo son, por tanto, dos factores completamente distintos. Al comprar la fuerza de trabajo, el capitalista no perdía de vista esta *diferencia de valor*. El carácter útil de la fuerza de trabajo, en cuanto apto para fabricar hilado o botas, es *conditio sine qua non*, (40) toda vez que el trabajo, para poder crear valor, ha de invertirse siempre en forma útil. Pero el factor decisivo es el *valor de uso específico de esta mercancía*, que le permite ser fuente de valor, y de más valor que el que ella misma tiene. He aquí el *servicio* específico que de ella espera el capitalista. Y, al hacerlo, éste no se desvía ni un ápice de las leyes eternas del cambio de mercancías. En efecto, el vendedor de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, *realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso*. No puede obtener el primero sin desprenderse del segundo. El valor de uso de la fuerza de trabajo, o sea, el *trabajo* mismo, deja de pertenecer a su vendedor, ni más ni menos que al aceitero deja de pertenecerle el valor de uso del aceite que vende. El poseedor del dinero paga el *valor de un día de fuerza de trabajo*: le pertenece, por tanto, el *uso de esta fuerza de trabajo durante un día, el trabajo de una jornada*. El hecho de que la diaria conservación de la fuerza de trabajo no suponga más costo que el de *media jornada de trabajo*, a pesar de poder funcionar, trabajar, durante un día entero; es decir, el hecho de que el valor creado por su uso durante un día sea el doble del valor diario que encierra, es una suerte bastante grande para el comprador, pero no supone, ni mucho menos, ningún atropello que se cometa contra el vendedor.

Nuestro capitalista había previsto el caso, con una sonrisa de satisfacción. Por eso el obrero se encuentra en el taller con los medios de

producción necesarios, no para un proceso de trabajo de seis horas, sino de doce. Si 10 libras de algodón absorbían seis horas de trabajo y se transformaban en 10 libras de hilado, 20 libras de algodón absorberán doce horas de trabajo y se convertirán en 20 libras de hilado. Analicemos el *producto de este proceso de trabajo prolongado*. Ahora, en las 20 libras de hilo se materializan 5 jornadas de trabajo: 4 en la masa de algodón y de husos consumida y 1 en el trabajo absorbido por el algodón durante el proceso de la hilatura. La expresión en oro de 5 jornadas de trabajo son 30 chelines, o sea, 1 libra esterlina y 10 chelines. Tal es, por tanto, el precio de las 20 libras de hilo. La libra de hilo sigue costando 1 chelín y 6 peniques. Pero, la suma de valor de las mercancías que alimentan el proceso representaba 27 chelines. El valor del hilo representa 30. Por tanto, el *valor del producto* excede en 1/9 del valor desembolsado para su producción. Los 27 chelines se convierten en 30. Arrojan una *plusvalía* de 3 chelines. Por fin, la jugada maestra ha dado sus frutos. El dinero se ha convertido en capital.

Y todas las condiciones del problema se han resuelto sin infringir en lo más mínimo las leyes del cambio de mercancías. Se ha cambiado un equivalente por otro. Como comprador, el capitalista ha pagado todas las mercancías, el algodón, la masa de husos y la fuerza de trabajo, por su valor. Después de comprarlas, ha hecho con estas mercancías lo que hace todo comprador: consumir su valor de uso. El *proceso de consumo de la fuerza de trabajo*, que es al mismo tiempo *proceso de producción de la mercancía*, arroja un producto de 20 libras de hilo, que representan un valor de 30 chelines. El capitalista retorna al mercado a vender su mercancía, después de haber comprado las de otros. Vende la libra de hilo a 1 chelín y 6 peniques, ni un céntimo *por encima o por debajo* de su valor. Y, sin embargo, saca de la circulación 3 chelines más de lo que invirtió en ella al comenzar. Y todo este proceso, la transformación de dinero en capital, se opera en la órbita de la circulación y no se opera en ella. Se opera por medio de la circulación, pues está condicionado por la compra de la fuerza de trabajo en el mercado de mercancías. No se opera en la circulación, pues este proceso no hace más que iniciar el proceso de valorización, cuyo centro reside en la órbita de la producción. Y así, todo marcha “pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles”. (41)

Al transformar el dinero en mercancías, que luego han de servir de materias para formar un nuevo producto o de factores de un proceso de trabajo; al incorporar a la materialidad muerta de estos factores la fuerza de trabajo viva, el capitalista transforma el valor, el trabajo, pretérito, materializado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, en una especie de monstruo animado que rompe a “trabajar” como si encerrarse un alma en su cuerpo.

Si comparamos el *proceso de creación de valor* y el *proceso de valorización* de un valor existente, vemos que el proceso de valorización no es más que el mismo proceso de creación de valor *prolongado* a partir de un determinado punto. Si éste sólo llega *hasta el punto* en que el valor de la fuerza de trabajo pagada por el capital deja el puesto a un nuevo *equivalente*, estamos ante un proceso de simple creación de valor. Pero, si el proceso *rebase ese punto*, se tratará de un proceso de valorización.

Sí establecemos el paralelo entre el *proceso de valorización* y el *proceso de trabajo*, observaremos que éste consiste en el trabajo *útil que produce valores*

de uso. Aquí, la dinámica se enfoca en su aspecto *cualitativo*, atendiendo a su modalidad especial, a su fin y a su contenido. En el proceso de creación de valor, *este proceso de trabajo, que es el mismo*, sólo se nos revela en su aspecto *cuantitativo*. Aquí, sólo interesa el *tiempo* que el trabajo requiere para ejecutarse, o sea, el tiempo durante el cual se invierte útilmente la fuerza de trabajo. Para estos efectos, las mercancías que alimentan el proceso de trabajo no se consideran ya como factores funcionalmente concretos, materiales, de la fuerza de trabajo apta para un fin. Sólo *cuentan* como cantidades concretas de trabajo materializado. Y ya se encierre en los medios de producción o se incorpore mediante la fuerza de trabajo, aquí el trabajo sólo *cuenta* por su medida en el tiempo. Representa tantas horas, tantos días, etc.

Pero, cuenta tan sólo en la medida en que el tiempo empleado en la producción del valor de uso sea *socialmente necesario*. Son varios los factores que esto envuelve. En primer lugar, es necesario que la fuerza de trabajo funcione en condiciones normales. Si el instrumento de trabajo que impera socialmente en el ramo de hilado es la máquina de hilar, no debe ponerse al obrero a trabajar en una rueca. Asimismo ha de suministrársele algodón de calidad normal y no algodón de mala calidad, que se rompa a cada instante. En cualquiera de ambos casos, necesitaría más tiempo del socialmente necesario para producir una libra de hilo, y este tiempo superfluo no crearía dinero ni crearía valor. Sin embargo, el carácter *normal* de los factores materiales que intervienen en el trabajo no depende del obrero, sino del capitalista. Otra condición que ha de ser tomada en cuenta es el *carácter normal* de la propia *fuerza de trabajo*. Es necesario que ésta, en el ramo en que se aplica, reúna el grado medio de aptitud, destreza 'y rapidez. Nuestro capitalista compra en el mercado fuerza de trabajo de calidad normal. Esta fuerza de trabajo debe aplicarse con el grado medio habitual de esfuerzo, poniendo el *grado de intensidad* socialmente acostumbrado en su inversión. El capitalista se cuida de velar celosamente por que el trabajador no disipe su tiempo. Ha comprado la fuerza de trabajo por un tiempo determinado. Quiere, naturalmente, que se le entregue lo que es suyo y no tolera que se le *robe*. Y finalmente –y para conseguirlo, el capitalista se cuida de promulgar un Código Penal *ex profeso*–, en el consumo de materias primas e instrumentos de trabajo no deberá nunca excederse de la tasa racional, pues los materiales o instrumentos de trabajo desperdiciados representan determinadas cantidades de trabajo materializado invertido superfluamente y que, por tanto, no cuentan ni entran en el producto del proceso de creación de valor.¹⁸

Como vemos, la diferencia entre el trabajo considerado como fuente de valor de uso y el *mismo* trabajo en cuanto crea valor, con la que en su lugar nos encontramos al analizar la *mercancía*, se nos presenta ahora al estudiar los diversos aspectos del *proceso de producción*.

Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías; como unidad de proceso de trabajo y de proceso de valorización, el proceso de producción es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías.

Ya decíamos más arriba que, para los efectos del proceso de valorización, es de todo punto indiferente el que el trabajo apropiado por el capitalista sea

trabajo simple, trabajo social medio, o trabajo complejo, trabajo de peso específico más alto que el normal. El trabajo considerado como trabajo más complejo, más elevado que el trabajo social medio, es la *manifestación de una fuerza de trabajo* que representa gastos de preparación superiores a los normales, cuya producción representa más tiempo de trabajo y, por tanto, un valor superior al de la fuerza de trabajo simple. Esta fuerza de trabajo de valor superior al normal se traduce, como es lógico, en un trabajo superior, materializándose, por tanto, *durante los mismos período de tiempo, en valores relativamente más altos*. Pero, Cualquiera que sea la diferencia de gradación que medie entre el trabajo del tejedor y el trabajo del joyero, la porción de trabajo con la que el joyero se limita a reponer el valor de su propia fuerza de trabajo no se distingue en nada, *cualitativamente*, de la porción adicional de trabajo con la que crea plusvalía. Lo mismo en este caso que en los anteriores, la plusvalía sólo brota mediante un exceso *cuantitativo* de trabajo, *prolongando la duración del mismo proceso de trabajo*, que en un caso es proceso de producción de hilo y en otro caso de producción de joyas.¹⁹

Por otra parte, en todo proceso de creación de valor, el trabajo complejo debe reducirse siempre al trabajo social medio, v. *gr.* un día de trabajo completo a x días de trabajo simple.²⁰ Por tanto, partiendo del supuesto de que el obrero empleado por el capital ejecuta un simple trabajo social medio, nos ahorramos una operación inútil y simplificamos el análisis del problema.

Notas al pie capítulo V

1 "Los productos naturales de la tierra, pocos y totalmente independientes del hombre, son como una concesión de la naturaleza que podría compararse a esa pequeña suma de dinero que suele darse a los jóvenes para que trabajen y prueben su suerte." (James Steuart, *Principles of Political Economy*, ed. Dublín, 1770, t. I, p, 116.)

2 "La razón es tan *astuta* como *poderosa*. La astucia consiste en esa actividad mediadora que, haciendo que los objetos actúen los unos sobre los otros y se desgasten mutuamente como cumple a su carácter, sin mezclarse directamente en ese proceso, no hace más que conseguir su propio fin." (Hegel, *Enzyklopadie*, primera parte. "La lógica", Berlín, 1840, p. 382.)

3 En su obra por lo demás bastante pobre, titulada *Théorie de l'Economie Politique*, París, 1815. Ganilh señala acertadamente, replicando a los fisiócratas, la larga serie de procesos de trabajo que tiene como *premisa la agricultura* en sentido estricto.

4 En las *Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses* (1766). Turgot explica muy bien la importancia de los animales domesticados en los orígenes de la cultura

5 Las *mercancías de lujo* son, en realidad, las menos importantes para establecer comparaciones tecnológicas entre diversas épocas de producción.

6 Nota a la 2° ed. Aunque los historiadores actuales desdeñan y omiten el desarrollo de la producción material, y por tanto la base de toda la vida social y de toda la historia real, por lo menos para lo referente a la prehistoria se procede a base de investigaciones de ciencias naturales y no a base de las llamadas investigaciones históricas, clasificando los materiales e instrumentos y armas en edad de la piedra, edad del bronce y edad del hierro

7 Parece paradójico llamar *medio de producción*, por ejemplo, al pez aún no, pescado. Pero hasta hoy no se ha inventado el arte de pescar en sitios en que no hay peces

8 Este concepto del trabajo productivo, tal como se desprende desde el punto, de vista del proceso simple de trabajo, no basta, ni mucho menos, para el proceso capitalista de producción

9 Storch distingue la materia prima en sentido estricto de las materias auxiliares, dándoles los nombres respectivos de “*matière*” y “*matériaux*”; Cherbuliez da a las materias auxiliares el nombre de “*matières instrumentales*”.

Es, sin duda, esta razón altamente lógica la que lleva al coronel Torrens a ver en la piedra del salvaje... ¡el *origen del capital*! “En la primera piedra que el salvaje lanza a la bestia por él acosada, en el primer palo que empuña para derribar el fruto al que no llega con la mano, vemos los orígenes de la apropiación de un artículo para la adquisición de otro, *descubriendo así los orígenes del capital*.” (R. Torrens, *An Essay on the Production of Wealth, etc.*, pp. 70 a.) Seguramente que de aquel Stock [Stock, en alemán, es palo; se trata de un juego de palabras (Ed.)] se deriva la palabra stock, que designa en inglés el capital.

11. “Los productos se apropian antes de convertirse en capital; esta transformación no los sustrae aquella apropiación.” (Cherbuliez, *Riche ou Pauvre ed.* París, 1841, pp. 53 s.) “El proletario al vender su trabajo por una determinada cantidad de víveres (*approvisionnement*), renuncia íntegramente a toda participación en el producto. La apropiación de lo producido sigue siendo la misma de antes; el convenio aludido no la altera en lo más mínimo. El producto pertenece exclusivamente al capitalista que suministra la materia prima y los víveres. Es ésta una consecuencia rigurosa de la ley de la apropiación, cuyo principio *fundamental a la inversa* era el derecho exclusivo de la propiedad de todo obrero sobre su producto.” (Obra cit., p. 58) James Mill, *Elements of Political Economy, etc.*, p. 70: “Cuando los obreros trabajan por un salario, el capitalista es propietario, no solamente del capital (el autor alude aquí a los medios de producción), sino también del trabajo (*of the labour also*). Incluyendo, como suele hacerse, en el concepto de capital lo que se abona como salario, es *absurdo hablar del* trabajo como algo distinto del capital. La palabra capital, en este sentido abarca ambas cosas: el capital y el trabajo.”

12. “En el valor de las mercancías no influye solamente el trabajo directamente aplicado en ellas, sino también el que se invierte en las herramientas, instrumentos y edificios de que se vale ese trabajo.” (Ricardo, *Principles of Political Economy*, p. 16.)

13. Estas cifras son puramente imaginarias.

14. Es ésta la tesis fundamental en que descansa la teoría fisiocrática de la improductividad de todo trabajo no agrícola, tesis incontrovertible para los economistas... de profesión. “Este procedimiento, que consiste en imputar a una sola cosa el valor de varias, por ejemplo al lienzo el costo de vida del tejedor, acumulando por tanto en capas, por decirlo así, diversos valores sobre uno solo, hace que éste crezca en la misma proporción... La palabra suma expresa muy bien la manera como se forma el *precio de los productos del trabajo*; este precio no es más que *totalización* de varios valores absorbidos y sumados; sin embargo, *sumar no es multiplicar*.— (Mercier de la Rivière, *L'Ordre Naturel, etc.*, P. 599.)

15 Así, por ejemplo, en los años de 1844–47. los capitalistas retiraron una parte de sus capitales de los negocios productivos, para dedicarla a especular en acciones ferroviarias. Y, durante la guerra norteamericana de Secesión, cerraron sus fábricas y lanzaron al arroyo a los obreros fabriles, para dedicarse a jugar en la Bolsa algodонера de Liverpool.

16 “Deja que se vanaglorien, se adornen y pongan afeites... Quien toma más o toma algo mejor (de lo que da), *comete usura* y no hace servicio, sino daño a su prójimo, a quien hurta y roba. No todo lo que llaman servicio y beneficio es servir y beneficiar al prójimo. Pues una adúltera y un adúltero se prestan entre sí grande servicio y complacencia. Y el caballero que ayuda al incendiario y al asesino a robar en las carreteras, le presta también un gran servicio caballeresco. Los papistas hacen a los nuestros gran servicio, al no ahogarlos, quemarlos o asesinarlos a todos, o hacer que se pudran en las prisiones, dejando con vida a algunos y arrojándolos de su tierra o despojándolos de lo que poseen. Y el propio demonio hace a su Señor, un grande, inmenso servicio. . En suma, el mundo está lleno de grandes, de magníficos, de diarios servicios y beneficios.” (Martín Lutero, *A los párrocos, para que prediquen contra la usura*, etc., Wítemberg, 1540.)

17 Acerca de esto, digo en mí *Contribución a la crítica de la economía política*, página 14 s.: “Se comprende el 'gran servicio' que la categoría del 'servicio' (*service*) presta a cierta casta de economistas, como J. B. Say y F. Bastiat”

18 Es ésta una de las razones que encarecen la producción basada en la esclavitud. Aquí, para emplear la feliz expresión de los antiguos, el obrero sólo se distingue del animal y de los instrumentos muertos, en que el primero es un *instrumentum vocale*, mientras que el segundo es un *instrumentum semivocale* y el tercero un *instrumentum mutuum*. Por su parte, el obrero hace sentir al animal y a la herramienta que no es un igual suyo, sino un hombre. Se complace en la diferencia que le separa de ellos a fuerza de maltratarlos y destruirlos pasionalmente. Por eso en este régimen de producción impera el principio económico de no emplear más que herramientas toscas, pesadas, pero difíciles de destruir por razón de su misma tosquedad. Así se explica que, al estallar la guerra de independencia, se encontrasen en los Estados de esclavos bañados por el Golfo de México arados de viejo tipo chino, que hozaban la tierra como los cerdos o los topes, pero sin ahondar en ella ni volverla. Cfr. J. E. Cairnes, *The Slave Power*, Londres, 1862, pp. 46 ss. En su *Sea Board Slave States* [pp. 46 s.], refiere Olmsted: “Aquí, me han mostrado herramientas con las que en nuestro país ninguna persona razonable cargaría al obrero a quien paga un jornal. A mi juicio, su peso extraordinario y su tosquedad hacen el trabajo ejecutado con ellas un diez por ciento más pesado, cuando menos, que con las que nosotros solemos emplear. Sin embargo, me aseguran que, dada la manera negligente y torpe con que los esclavos las manejan, sería imposible confiarles con buenos resultados herramientas más ligeras o delicadas. En los campos de cereales de Virginia no durarían un día herramientas como las que nosotros confiamos continuamente a nuestros obreros y de las que sacamos buenas ganancias, a pesar de que estos campos son más difíciles y menos pedregosos que los nuestros. Habiendo preguntado yo por qué había una tendencia tan general a sustituir los caballos por mulos, me dieron también como razón primordial y decisiva, según confesión suya, la de que los caballos no resistían el trato que les daban constantemente los negros. Los caballos se baldaban e inutilizaban a cada paso por los malos

tratos; en cambio, los mulos soportaban sin grave detrimento corporal los golpes y la falta de uno o dos piensos. Además, no se enfriaban ni enfermaban por el abandono o por el exceso de trabajo. No tengo más que asomarme a la ventana del cuarto en que escribo, para presenciar casi continuamente el trato que aquí dan al ganado, trato que a cualquier granjero del Norte le bastaría para poner en la calle a los peones.”

19 La diferencia entre el trabajo complejo y el trabajo simple, lo que los ingleses llaman *skilled* y *unskilled labour* descansa en parte en simples ilusiones, o a lo Menos en diferencias que hace ya largo tiempo que han dejado de ser reales, aunque perduren en el terreno del convencionalismo tradicional: en parte, descansa también en la situación desesperada de ciertos sectores de la clase trabajadora que les impide, más todavía que a los otros, imponer por la fuerza el valor de su fuerza *de trabajo*. En esta distinción desempeñan un papel tan importante las causas fortuitas, que hay clases de trabajo que cambian constantemente de categoría. Por ejemplo, allí donde la sustancia física de la clase obrera está desnutrida y relativamente agotada, como ocurre en todos los países de capitalismo avanzado, trabajos de carácter brutal, que reclaman una gran fuerza muscular, se truecan generalmente en trabajos de naturaleza elevada, mientras que otras actividades mucho más delicadas descienden a la categoría de trabajos vulgares; así, por ejemplo, en Inglaterra, el trabajo de un *brich1ayer* tiene una categoría mucho más alta que el de tejedor de damasco. Por otra parte, el trabajo de un *fustian cutter*, aun exigiendo un esfuerzo físico mucho mayor y siendo, además, muy malsano, se considera como un trabajo “simple”. Por lo demás, sería falso creer que el llamado *skilled labour* represente una proporción cuantitativamente considerable en el trabajo nacional. Laing calcula que en Inglaterra (y Gales) viven del trabajo simple más de 11 millones de hombres. Si descontamos un millón de aristócratas y millón y medio de mendigos, vagabundos, criminales, prostitutas, etc., tendremos que de los 18 millones de habitantes que existían al publicarse su obra, quedan 4.650,000 para la clase media, incluyendo los pequeños rentistas, los empleados, escritores, artistas, maestros, etc. Para separar a estos 4^o/7 millones, el autor incluye entre la parte *trabajadora* de la clase media, además de los banqueros, etc., a todos los “*obreros fabriles*” mejor retribuidos. De la categoría de los “obreros potentados” no están tampoco ausentes los “*brick1ayers*”. Gracias a todas estas operaciones, el autor a que nos referimos llega a los 11 millones citados (S. Laing, *National Distress*, etc., Londres, 1844 [pp. 51 s.] “La gran clase que no puede dar a cambio de los medios de subsistencia más que un trabajo corriente es la gran masa del pueblo.” (James Mill, en el artículo “Colony”, Suplemento a la *Encyc1opaedia Britannica*, 1831 [p. 81].)

20 “Siempre que la palabra trabajo se emplea con el significado de medida de valor, se alude necesariamente a un trabajo de determinada clase...”, y la proporción que guardan con él las otras clases de trabajo es fácil de averiguar. - (*Outlines of Political Economy*. Londres, 1832, pp. 22 y 23.)

Carlos Marx

CAPITULO VI

CAPITAL CONSTANTE Y CAPITAL VARIABLE

Los diversos factores del proceso laboral inciden de manera desigual en la formación del valor del producto.

El obrero incorpora al objeto de trabajo un nuevo valor mediante la adición de una cantidad determinada de trabajo, sin que interesen aquí el contenido concreto, el objetivo y la naturaleza técnica de su trabajo. Por otra parte, los valores de los medios de producción consumidos los reencontramos como partes constitutivas del valor del producto; por ejemplo, los valores del algodón y el huso en el valor del hilado. El valor del medio de producción, pues, se conserva por su transferencia al producto. Dicha transferencia ocurre durante la transformación del medio de producción en producto, al efectuarse el proceso laboral. Es mediada por el trabajo. ¿Pero de qué manera?

El obrero no trabaja dos veces durante el mismo lapso, una vez para incorporar valor al algodón mediante su trabajo, y la otra para conservar el valor previo del algodón, o, lo que es lo mismo, para transferir al producto, al hilado, el valor del algodón que elabora y el del huso con el que trabaja. Simplemente, agregando el valor nuevo conserva el viejo. Pero como la adición de valor nuevo al objeto de trabajo y la conservación de los valores anteriores en el producto son dos resultados totalmente distintos, que el obrero produce al mismo tiempo aunque sólo trabaje una vez en el mismo lapso, es obvio que esa dualidad del resultado sólo puede explicarse por la dualidad de su trabajo mismo. Es necesario que en el mismo [242] instante y en una condición cree valor mientras en otra condición conserva o transfiere valor.

¿Cómo agrega el obrero tiempo de trabajo, y por ende valor? Lo hace siempre y únicamente bajo la forma de su peculiar modalidad laboral productiva. El hiladero sólo agrega tiempo de trabajo al hilar, el tejedor al tejer, el herrero al forjar. Pero por medio de la forma, orientada a un fin, en que esos obreros incorporan trabajo en general y por tanto valor nuevo, por medio del hilar, el tejer, el forjar, es como los medios de producción, el algodón y el huso, el hilado y el telar, el hierro y el yunque, se convierten en elementos constitutivos de un producto, de un nuevo valor de uso¹. Caduca la vieja forma de su valor de uso, pero sólo para adherirse a una nueva forma de valor de uso. Sin embargo, cuando analizábamos el proceso de formación del valor, llegamos al resultado de que en la medida en que con arreglo a un fin se consume un valor de uso, para la producción de un nuevo valor de uso, el tiempo de trabajo necesario para la elaboración del valor de uso consumido constituye una parte del tiempo necesario para la producción del nuevo valor de uso, o sea, es tiempo de trabajo que se transfiere del medio de producción consumido al nuevo producto. El obrero, pues, conserva los valores de los medios de producción consumidos o, como partes constitutivas de valor, los transfiere al producto, no por la adición de trabajo en general, sino por el carácter útil particular, por la forma productiva específica de ese trabajo adicional. En

cuanto actividad productiva orientada a un fin en cuanto hilar, tejer, forjar , el trabajo, por mero contacto, hace que los medios de producción resuciten de entre los muertos, les infunde vida como factores del proceso laboral y se combina con ellos para formar los productos.

Si su trabajo productivo específico no fuera el de hilar, el obrero no transformaría el algodón en hilado y, por consiguiente, tampoco transferiría al hilado los valores del algodón y el huso. En cambio, si el mismo obrero cambia de oficio y se convierte en ebanista, agregará valor a su material, como siempre, por medio de una **[243]** jornada laboral. Lo añade, pues, por su trabajo, no en cuanto trabajo de hilar o trabajo de ebanista, sino en cuanto trabajo social abstracto, en general, y no agrega determinada magnitud de valor porque su trabajo posea un contenido útil particular, sino porque dura un lapso determinado. Por ende, en su condición general, abstracta, como gasto de fuerza de trabajo humana, el trabajo del hilandero agrega nuevo valor a los valores del algodón y el huso, y en su condición útil, particular, concreta, en cuanto proceso de hilar, transfiere al producto el valor de esos medios de producción y conserva de ese modo su valor en el producto. De ahí la dualidad de su resultado en el mismo instante.

Por medio de la mera adición cuantitativa de trabajo se añade nuevo valor, mediante la cualidad del trabajo agregado se conservan en el producto los viejos valores de los medios de producción. Este efecto dual del mismo trabajo, consecuencia de su carácter dual, se revela tangiblemente en diversos fenómenos.

Supongamos que un invento cualquiera pone al hilandero en condiciones de hilar tanto algodón en 6 horas como antes en 36. Como actividad productiva útil, orientada a un fin, su trabajo ha sextuplicado su fuerza. Su producto es ahora el séxtuplo, 36 libras de hilado en vez de 6. Pero las 36 libras de algodón sólo absorben ahora tanto tiempo de trabajo como antes 6 libras. Se adiciona [a cada libra] seis veces menos trabajo nuevo que con el método viejo, y por tanto únicamente un sexto del valor anterior. Por otra parte, existe ahora en el producto, en las 36 libras de hilado, un valor seis veces mayor en algodón. En las 6 horas de hilado se conserva y s transfiere al producto un valor seis veces mayor en materia prima, aunque a [cada libra de] la misma materia prima se le agrega un valor nuevo seis veces menor. Esto revela cómo la condición por la cual el trabajo conserva valores durante el mismo proceso indivisible, difiere esencialmente de la condición por la cual crea valor. Cuanto más tiempo de trabajo necesario se incorpore a la misma cantidad de algodón durante la operación de hilar, tanto mayor será el valor nuevo que se agregue al algodón, pero cuantas más libras de algodón se hilen en el mismo tiempo de trabajo, tanto mayor será el valor viejo que se conserva en el producto.

[244] Supongamos, a la inversa, que la productividad del trabajo de hilar se mantiene inalterada, y que el hilandero necesita como siempre la misma cantidad de tiempo para convertir en hilado una libra de algodón. Pero varía el valor de cambio del algodón mismo: el precio de una libra de algodón se sextuplica o se reduce a la sexta parte. En ambos casos el hilandero sigue agregando a la misma cantidad de algodón el mismo tiempo de trabajo, por

ende el mismo valor, y en ambos casos produce en el mismo tiempo la misma cantidad de hilado. No obstante, el valor que transfiere del algodón al producto, al hilado, en un caso será seis veces mayor, en el otro seis veces menor [a] que anteriormente. Otro tanto ocurre cuando los medios de trabajo se encarecen o abaratan, pero prestando siempre el mismo servicio en el proceso de trabajo.

Si las condiciones técnicas del proceso de hilar se mantienen inalteradas y, asimismo, no ocurre cambio alguno de valor en sus medios de producción, el hiladero, como siempre, empleará en los mismos tiempos de trabajo las mismas cantidades de materia prima y de maquinaria, de valores que se han mantenido iguales. El valor que conserva él en el producto estará entonces en relación directa con el valor nuevo que añade. En dos semanas, agrega dos veces más trabajo que en una semana, por tanto dos veces más valor, y a la vez consume dos veces más material cuyo valor es el doble, desgastando dos veces más maquinaria de dos veces más valor; por consiguiente, en el producto de dos semanas conserva el doble de valor que en el producto de una semana. Bajo condiciones de producción constantes, dadas, el obrero conserva tanto más valor cuanto más valor adiciona, pero no conserva más valor porque añada más valor, sino porque lo agrega bajo condiciones que se mantienen iguales y son independientes de su propio trabajo.

Por cierto, puede decirse en un sentido relativo que el obrero siempre conserva valores viejos en la misma proporción en que añade valor nuevo. Ya suba el valor del algodón de 1 chelín a 2 chelines, o baje a 6 peniques, el obrero siempre conservará en el producto de una hora la mitad de valor del algodón que conserva en el producto [245] de dos horas, por mucho que varíe dicho valor. Si además la productividad de su propio trabajo varía aumenta o disminuye, en una hora de trabajo podrá hilar más o menos algodón que antes y, correlativamente, conservar en el producto de una hora de trabajo más o menos valor del algodón. Con todo, en dos horas de trabajo conservará el doble de valor que en una hora de trabajo.

El valor, prescindiendo de su representación meramente simbólica en el signo de valor, sólo existe en un valor de uso, en una cosa. (El hombre mismo, considerado en cuanto simple existencia de fuerza de trabajo, es un objeto natural, una cosa, aunque una cosa viva, autoconsciente, y el trabajo mismo es una exteriorización a modo de cosa de esa fuerza.) Si se pierde, pues, el valor de uso, se pierde también el valor. Los medios de producción no pierden con su valor de uso, a la vez, su valor, porque en virtud del proceso laboral en realidad sólo pierden la figura originaria de su valor de uso para adquirir en el producto la figura de otro valor de uso. Pero así como para el valor es importante el existir en algún valor de uso, le es indiferente que sea este o aque valor de uso, como lo demuestra la metamorfosis de las mercancías. De ello se desprende que en el proceso de trabajo sólo se transfiere valor del medio de producción al producto en la medida en que el medio de producción pierda también, junto a su valor de uso autónomo, su valor de cambio. Sólo le cede al producto el valor de uso que pierde en cuanto medio de producción. Los factores objetivos del proceso laboral, empero, en este aspecto se comportan de diferentes maneras.

El carbón con que se calienta la máquina se disipa sin dejar huellas, y lo mismo el aceite con que se lubrican los ejes, etc. Las tinturas y otros materiales auxiliares desaparecen, pero se manifiestan en las cualidades del producto. La materia prima constituye la sustancia del producto, pero su forma ha cambiado. La materia prima y los materiales auxiliares, pues, pierden la figura autónoma bajo la que ingresaron, como valores de uso, en el proceso de trabajo. Otra cosa ocurre con los medios de trabajo propiamente dichos. Un instrumento, una máquina, el edificio de una fábrica, un recipiente, etc., sólo prestan servicios en el proceso laboral mientras conservan su figura originaria y pueden mañana ingresar en éste bajo la misma forma [246] que ayer. Tanto en vida, durante el proceso de trabajo, como después de muertos, mantienen su figura autónoma con respecto al producto. Los cadáveres de las máquinas, herramientas, locales de trabajo, etc., siguen existiendo siempre separados de los productos que ayudaron a crear. Ahora bien, si consideramos el período completo durante el cual uno de tales medios de trabajo presta servicio, desde el día de su entrada en el taller hasta el de su arrumbamiento en el depósito de chatarra, vemos que durante ese período su valor de uso ha sido consumido íntegramente por el trabajo y que, por consiguiente, su valor de cambio se ha transferido por entero al producto. Si una máquina de hilar, por ejemplo, ha tenido una vida útil de 10 años, su valor total habrá pasado al producto decenal durante el proceso laboral decenal. El lapso de vida de un medio de trabajo, pues, comprende una cantidad mayor o menor de procesos laborales con él efectuados, que se reiteran una y otra vez. Y con el medio de trabajo ocurre como con el hombre. Todo hombre muere cada día 24 horas más. Pero el aspecto de un hombre no nos indica con precisión cuántos días ha muerto ya. Esto, sin embargo, no impide a las compañías de seguros de vida extraer conclusiones muy certeras, y sobre todo muy lucrativas, acerca de la vida media de los seres humanos. Lo mismo acontece con los medios de trabajo. La experiencia indica cuánto tiempo dura promedialmente un medio de trabajo, por ejemplo una máquina de determinado tipo. Supongamos que su valor de uso en el proceso laboral dure sólo 6 días. Cada jornada de trabajo, pues, perderá, término medio, $1/6$ de su valor de uso y cederá $1/6$ de su valor al producto diario. Es de este modo como se calcula el desgaste de todos los medios de trabajo, por ejemplo su pérdida diaria de valor de uso, y la correspondiente cesión diaria de valor al producto.

Se evidencia así, de manera contundente, que un medio de producción nunca transfiere al producto más valor que el que pierde en el proceso de trabajo por desgaste de su propio valor de uso. Si no tuviera ningún valor que perder, esto es, si él mismo no fuera producto de trabajo humano, no transferiría valor alguno al producto. Serviría como creador de valor de uso, pero no como productor de valor de cambio. Es éste, por consiguiente, el caso de todos los medios de producción preexistentes en la [247] naturaleza, sin intervención humana, como la tierra, el viento, el agua, el hierro en el yacimiento, la madera de la selva virgen, etcétera.

Nos sale al encuentro, aquí, otro fenómeno interesante. Digamos que una máquina valga, por ejemplo, [sterling] 1.000 y que se desgaste totalmente en 1.000 días. En tal caso, $1/1000$ de su valor pasará cada día de la máquina a su producto diario. Al mismo tiempo, aunque siempre con energía vital

decreciente, la máquina toda seguirá operando en el proceso laboral. Se pone de manifiesto, entonces, que un factor del proceso laboral, un medio de producción, se incorpora totalmente al proceso laboral, pero sólo en parte al proceso de valorización. La diferencia entre proceso de trabajo y proceso de valorización se refleja aquí en sus factores objetivos, puesto que el mismo medio de producción participa en el mismo proceso de producción íntegramente como elemento del proceso laboral y sólo lo hace fraccionadamente como elemento de la formación de valor².

[248] Por otra parte, un medio de producción puede ingresar íntegramente en el proceso de valorización y hacerlo sólo fraccionadamente en el proceso de trabajo. Supongamos que al hilar el algodón, de cada 115 libras se pierdan diariamente 15, que no forman hilado sino tan sólo devil's dust [polvillo del algodón]. No obstante, si esos desperdicios de 15 % **[3]bis** son normales, inseparables de la elaboración media del algodón, el valor de las 15 libras de algodón, por más que no sean un elemento del hilado, entra en el valor del hilado a igual título que el valor de las 100 libras que constituyen la sustancia de ese producto. Para producir 100 libras de hilado, es necesario que el valor de uso de las 15 libras de algodón se haga polvo. La pérdida de ese algodón se cuenta, pues, entre las condiciones de producción del hilado. Precisamente por eso se transfiere su valor al hilo. Esto reza para todos los excrementos del proceso laboral, por lo menos en la medida en que esos excrementos no pasan a constituir nuevos medios de producción y por ende nuevos valores de uso autónomos. Así, por ejemplo, en las grandes fábricas de maquinaria de Manchester se ven montañas de chatarra a las que máquinas ciclópeas reducen a una especie de viruta y grandes carros llevan por la noche desde la fábrica a la fundición, de donde retornan al día siguiente convertidas en hierro en lingotes.

Los medios de producción sólo transfieren valor a la figura nueva del producto en la medida en que, durante el proceso laboral, pierden valor bajo la figura de sus antiguos valores de uso. El máximo de pérdida de valor que pueden experimentar en el proceso de trabajo está limitado, como es obvio, por la magnitud de valor originaria, por la magnitud del valor con que entran en el proceso de trabajo, o sea por el tiempo de trabajo requerido para su propia producción. Por ende, los medios de producción nunca pueden añadir al producto más valor que el que poseen independientemente del proceso laboral al que sirven. Por útil que sea un material de trabajo, una máquina, un medio de producción, si costó [sterling] 150, digamos 500 jornadas de trabajo, nunca añadirá más de [sterling] 150 al producto total a cuya formación coadyuva. Su valor no está determinado por el proceso laboral al que ingresa como medio de producción, sino por el proceso laboral del cual surge como producto. En el proceso de trabajo ese medio de producción sirve sólo como valor de uso, en **[249]** cuanto cosa con propiedades útiles, y, por consiguiente, no transferiría al producto valor alguno si él mismo hubiera carecido de valor antes de ingresar al proceso⁴.

En tanto el trabajo productivo transforma los medios de producción en elementos constitutivos de un nuevo producto, con el valor de ellos se opera una transmigración de las almas. Dicho valor pasa del cuerpo consumido al

cuerpo recién formado. Pero esta metemecosis acontece, como quien dice, a espaldas del trabajo efectivo. El obrero no puede añadir trabajo nuevo, y por tanto crear valor nuevo, sin conservar valores antiguos, pues siempre se ve precisado a añadir el trabajo bajo determinada forma útil, y no puede agregarlo bajo una forma útil sin convertir productos en medios de producción de un nuevo producto, y por tanto sin transferir a éste el valor de aquéllos. Es, pues, un don natural de la fuerza de trabajo que se pone a sí misma en movimiento, del trabajo vivo, el conservar [250] valor al añadir valor, un don natural que nada le cuesta al obrero pero le rinde mucho al capitalista: la conservación del valor preexistente del capital ⁵(bis). Mientras los negocios van viento en popa, el capitalista está demasiado enfrascado en hacer dinero como para reparar en ese obsequio que le brinda el trabajo. Las interrupciones violentas del proceso laboral, las crisis, lo vuelven dolorosamente consciente del fenómeno [6].

Lo que se consume en los medios de producción es, en general, su valor de uso, y es por medio de ese consumo como el trabajo crea productos. Su valor, en realidad, no se consume ⁷, y por tanto tampoco se lo puede reproducir. Se lo conserva, pero no porque se lo someta a una operación en el proceso de trabajo, sino porque el valor de uso en el que existe originariamente desaparece, sin duda, pero convirtiéndose en otro valor de uso. El valor de los medios de producción, por consiguiente, reaparece en el valor del producto, mas, hablando con propiedad, no se lo [251] reproduce. Lo que sí se produce es el nuevo valor de uso, en el que reaparece el viejo valor de cambio [8].

Otra cosa ocurre con el factor subjetivo del proceso laboral, la fuerza de trabajo que se pone a sí misma en acción. Mientras el trabajo, en virtud de su forma orientada a un fin, transfiere al producto el valor de los medios de producción y lo conserva, cada fase de su movimiento genera valor adicional, valor nuevo. Supongamos que el proceso de producción se interrumpe en el punto en que el obrero produce un equivalente por el valor de su propia fuerza de trabajo, cuando, por ejemplo, gracias a un trabajo de seis horas ha agregado un valor de 3 chelines. Este valor constituye el excedente del valor del producto por encima de sus partes componentes que son debidas a los medios de producción. Es el único valor original que surge dentro de ese proceso, la única parte del valor del producto que ha sido producida por el proceso mismo. Sin duda, ese valor sólo reemplaza el dinero adelantado por el capitalista al comprar la fuerza de trabajo, y gastado en medios de subsistencia por el obrero mismo. Con relación a los 3 chelines gastados, el nuevo valor de 3 chelines aparece únicamente como reproducción. Pero se lo ha reproducido efectivamente, no sólo, como ocurría con el valor de los medios de producción, en apariencia. La [252] sustitución de un valor por otro es mediada aquí por una nueva creación de valor.

Ya sabemos, sin embargo, que el proceso laboral prosigue más allá del punto en que se ha reproducido y agregado al objeto de trabajo un simple equivalente por el valor de la fuerza de trabajo. En vez de 6 horas, que bastarían a tales efectos, el proceso dura, por ejemplo, 12 horas. Mediante la puesta en acción de la fuerza de trabajo, pues, no sólo se reproduce su propio valor sino un valor excedente. Este plusvalor constituye el excedente del valor del producto por

encima del valor de los factores que se han consumido al generar dicho producto, esto es, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

Al exponer los diversos papeles desempeñados por los distintos actores del proceso laboral que forman el valor del producto, de hecho hemos caracterizado las funciones que corresponden a las diversas partes componentes del capital en el propio proceso de valorización de este último. El excedente del valor total del producto sobre la suma del valor de sus elementos constitutivos, es el excedente del capital valorizado por encima del valor que tenía el capital adelantado en un principio. Los medios de producción, por una parte, la fuerza de trabajo, por la otra, no son más que diversas formas de existencia adoptadas por el valor originario del capital al despojarse de su forma dineraria y transformarse en los factores del proceso laboral.

La parte del capital, pues, que se transforma en medios de producción, esto es, en materia prima, materiales auxiliares y medios de trabajo, no modifica su magnitud de valor en el proceso de producción. Por eso la denomino parte constante del capital o, con más concisión, capital constante.

Por el contrario, la parte del capital convertida en fuerza de trabajo cambia su valor en el proceso de producción. Reproduce su propio equivalente y un excedente por encima del mismo, el plusvalor, que a su vez puede variar, ser mayor o menor. Esta parte del capital se convierte continuamente de magnitud constante en variable. Por eso la denomino parte variante del capital, o, con más brevedad, capital variable. Los mismos componentes del capital que desde el punto de vista del proceso laboral se distinguían como factores objetivos y subjetivos, como medios [253] de producción y fuerza de trabajo, se diferencian desde el punto de vista del proceso de valorización como capital constante y capital variable.

El concepto de capital constante en modo alguno excluye la posibilidad de una revolución en el valor de sus elementos constitutivos. Supongamos que la libra de algodón cuesta hoy 6 peniques y aumenta mañana, a consecuencia de una mala zafra algodонера, a 1 chelín. El algodón viejo, que sigue elaborándose, se ha comprado al precio de 6 peniques, pero añade ahora al producto una parte de valor de un chelín. Y el que ya estaba hilado, y que quizás ya circulaba como hilado en el mercado, adiciona igualmente al producto el doble de su valor originario. Se comprueba, empero, que estos cambios de valor son independientes de la valorización del algodón en el proceso mismo de hilar. Si el viejo algodón ni siquiera hubiera entrado en el proceso laboral, se lo podría revender ahora a 1 chelín, en lugar de a 6 peniques. Y hasta más: cuanto menos proceso de trabajo hubiera recorrido, tanto más seguro sería el resultado. De ahí que sea una ley de la especulación, cuando el valor experimenta esas revoluciones, la de operar con la materia prima en su forma menos elaborada, y por consiguiente mejor con el hilo que con la tela, y mejor con el algodón mismo que con el hilado.

El cambio de valor se origina aquí en el proceso que produce el algodón, no en el proceso en que éste funciona como medio de producción y por tanto como capital constante. El valor de una mercancía, en efecto, se determina por la

cantidad de trabajo contenida en ella, pero esa cantidad misma está determinada socialmente. Si el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción se ha modificado la misma cantidad de algodón, por ejemplo, en caso de malas cosechas representa una cantidad mayor de trabajo que cuando aquéllas son buenas se opera un efecto retroactivo sobre la vieja mercancía, que cuenta siempre tan sólo como un ejemplar individual de su género [9] y cuyo valor en todos los casos se mide por el trabajo socialmente necesario, esto es, por el trabajo necesario bajo las condiciones sociales actuales. [254]

Al igual que el valor de la materia prima, puede variar el de los medios de trabajo que prestan servicios en el proceso de producción, el de la maquinaria, etc., y por tanto también la parte de valor que transfieren al producto. Por ejemplo, si a consecuencia de un nuevo invento se reproduce con menor gasto de trabajo maquinaria del mismo tipo, la vieja maquinaria se desvaloriza en mayor o menor grado y, por tanto, también transferirá al producto proporcionalmente menos valor. Pero también en este caso el cambio del valor surge al margen del proceso de producción en el que la máquina funciona como medio de producción. En este proceso la máquina nunca transfiere más valor que el que posee independientemente de aquél.

Y así como un cambio en el valor de los medios de producción aunque pueda retroactuar luego de la entrada de éstos en el proceso no modifica el carácter de capital constante de los mismos, tampoco un cambio en la proporción entre el capital constante y el variable afecta su diferencia funcional. Las condiciones técnicas del proceso laboral, por ejemplo, pueden transformarse a tal punto que donde antes 10 obreros con 10 herramientas de escaso valor elaboraban una masa relativamente pequeña de materia prima, ahora 1 obrero con una máquina costosa elabore una masa cien veces mayor. En este caso habría aumentado considerablemente el capital constante, esto es, la masa de valor de los medios de producción empleados, y habría disminuido en sumo grado la parte variable del capital, es decir, la adelantada en fuerza de trabajo. Pero este cambio, sin embargo, no modifica más que la proporción cuantitativa entre el capital constante y el variable, o la proporción en que el capital global se descompone en sus elementos constitutivos constantes y variables, no afectando, en cambio, la diferencia que existe entre capital constante y variable.¹ "El trabajo produce una creación nueva a cambio de otra que se extingue". ("An Essay on the Political Economy of Nations", Londres, 1821. p. 13).

[a] a En el original: "en un caso será seis veces menor, en el otro seis veces mayor". Véase seis líneas más arriba.

² 21 No consideramos aquí las reparaciones de los medios de trabajo, máquinas, edificaciones, etc. Una máquina en reparaciones no funciona como medio de trabajo, sino como material de trabajo. No se labora con ella sino en ella misma para recomponer su valor de uso. Para nuestro fin, siempre deben concebirse tales trabajos de reparación como incluidos en la labor que se requiere para la producción del medio de trabajo. En el texto nos referimos al deterioro que ningún médico puede curar y que paulatinamente suscita la muerte, a "ese tipo de desgaste que es imposible reparar de tiempo en tiempo

y que, por ejemplo, reduce finalmente un cuchillo a tal estado que el cuchillero dice que ya no vale la pena ponerle hoja nueva". Hemos visto en el texto que una máquina, por ejemplo, participa íntegramente en todo proceso aislado de trabajo, pero sólo fraccionadamente en el proceso simultáneo de la valorización. Conforme a ello corresponde juzgar la siguiente confusión conceptual: "El señor Ricardo se refiere a una parte del trabajo efectuado por el mecánico que produce máquinas de hacer medias" como si, por ejemplo, esa parte estuviera contenida en el valor de un par de medias. "Sin embargo el trabajo global que produjo cada par de medias... incluye el trabajo global del constructor de máquinas, no una parte, puesto que una máquina hace muchos pares, y no podría hacerse ninguno de esos pares si faltara una parte cualquiera de la máquina." ("Observations on Certain Verbal Disputes"..., p. 54.) El autor, un "wiseacre" [sabelotodo] descomunalmemente pagado de sí mismo, con su confusión y por tanto con su polémica sólo tiene razón en la medida en que ni Ricardo ni ningún otro economista, anterior o posterior a él, ha distinguido con exactitud los dos aspectos del trabajo, ni por ende analizado tampoco sus diversos papeles en la formación del valor.

[3] [93 bis] En "Werke" (p. 220), sin indicación de haberse enmendado el original, "15 Pfund" (15 libras) en vez de "15 %". La corrección, que se debió registrar en una nota, es certera. Si de cada 115 libras, en efecto, se pierden 15, el desperdicio no será del 15 %, sino del 12,2 % (aproximadamente); si el desperdicio es efectivamente del 15 %, las libras perdidas serán 17 1/4, no 15, y sólo se conservarán en el hilado 97 3/4 libras, no 100. Este desliz se corrige también en la versión inglesa, pero no en las demás que hemos consultado.--248.

⁴ 22 Se desprende de ello el absurdo en que incurre el insulso Jean-Baptiste Say, al tratar de derivar el plusvalor (interés, ganancia, renta) de los "services productifs" [servicios productivos] que, mediante sus valores de uso, prestan en el proceso laboral los medios de producción, la tierra, los instrumentos, el cuero, etc. El señor Wilhelm Roscher, que rara vez deja escapar la oportunidad de registrar por escrito ingeniosas agudezas apologéticas, exclama: "con mucha razón observa Jean-Baptiste Say, "Traité", t. I, cap. IV: el valor producido por un molino de aceite, una vez deducidos todos los gastos, es una cosa nueva, esencialmente diferente del trabajo por el cual ha sido creado el molino mismo". ("Die Grundlagen"..., p. 82, nota.) [exclamdown]Con mucha razón! El "aceite" producido por el molino aceitero es algo muy diferente del trabajo que costó construir el molino. Y por valor entiende el señor Roscher cosas tales como el "aceite", ya que el "aceite" tiene valor. Y aunque "en la naturaleza" se encuentra aceite mineral, en términos relativos éste no es "mucho", circunstancia que es seguramente la que lo induce a otra de sus observaciones: "Casi nunca produce" ([exclamdown]la naturaleza!) "valores de cambio". [Ibídem, p. 79.] A la naturaleza de Roscher le pasa con el valor de cambio lo que a la incauta doncella que había tenido un niño, sí, "[exclamdown]pero tan pequeñito!" El mismo sabio ("savant sérieux") [serio sabio] advierte además, respecto al punto mencionado: "La escuela de Ricardo suele también subsumir el capital en el concepto de trabajo, en calidad de <<trabajo ahorrado>>. Esto es inhábil (!), porque (!), eso es (!), el poseedor de capital (!), con todo (!), hizo más (!) que el mero (!) engendramiento (?) y (??)

conservación del mismo (¿del mismo qué?): precisamente (?!?) abstenerse del propio disfrute, por lo cual él, por ejemplo (!!!), reclama intereses". (Ibídem[, p. 82].) [exclamdown]Cuán "hábil" es este "método anatomofisiológico" de la economía política que, eso es, con todo, precisaente, deriva el "valor" del mero "reclamar"!.

⁵ 22 bis "De todos los medios que emplea el agricultor, el trabajo del hombre... es aquel en el que más debe apoyarse para la reposición de su capital. Los otros dos... las existencias de animales de labor y los... carros, arados, azadas y palas, etc., no cuentan absolutamente para nada sin cierta cantidad del primero." (Edmund Burke, "Thoughts and Details on Scarcity, Originally Presented to the Rt. Hon. W. Pitt in the Month of November 1795", Londres, 1800, p. 10.)

[6] 23 En el "Times" del 26 de noviembre de 1862 un fabricante, cuya hilandería ocupa 800 obreros y tiene un consumo semanal medio de 150 balas de algodón de la India o aproximadamente 130 balas de algodón norteamericano, plañe ante el público con motivo de los costos que le insume anualmente la paralización de su fábrica. Los evalúa en [sterling] 6.000. Entre ellos hay no pocos rubros que no nos conciernen aquí, como alquiler, impuestos, primas de seguros, salarios a obreros contratados por año, gerente, tenedor de libros, ingeniero, etc. Pero luego calcula [sterling] 150 de carbón, para caldear la fábrica de cuando en cuando y poner ocasionalmente en movimiento la máquina de vapor, además de salarios para los obreros que con su trabajo eventual mantienen en buenas condiciones la maquinaria. Finalmente, [sterling] 1.200 por el deterioro de la maquinaria, ya que "las condiciones atmosféricas y el principio natural de la decadencia no suspenden sus efectos por el hecho de que la máquina de vapor cese de funcionar". Hace constar expresamente que esa suma de [sterling] 1.200 ha sido fijada en un nivel tan modesto porque la maquinaria se encuentra ya muy desgastada.

⁷ 24 "Consumo productivo... donde el consumo de una mercancía forma parte del proceso de producción... En tales casos no tiene lugar un consumo de valor." (S. P. Newman, "Elements of"..., p. 296.)

[8] 25 En un compendio norteamericano, que tal vez haya llegado a veinte ediciones, se lee lo siguiente: "No importa bajo qué forma reaparece el capital". Después de una verbosa enumeración de todos los ingredientes que pueden participar en la producción y cuyo valor reaparece en el producto, concluye: "Se han modificado, asimismo, los diversos tipos de alimentos, vestimenta y abrigo necesarios para la existencia y comodidad del ser humano. De tanto en tanto se los consume, y su valor reaparece en ese nuevo vigor infundido al cuerpo y la mente del hombre, formándose así nuevo capital que se empleará una vez más en el proceso de la producción". (F. Wayland, "The Elements"... , pp. 31, 32.) Para no hablar de todas las demás rarezas, digamos que no es, por ejemplo, el precio del pan lo que reaparece en el vigor renovado, sino sus sustancias hematopoyéticas. Por el contrario, lo que reaparece como valor de ese vigor no son los medios de subsistencia, sino el valor de éstos. Aunque sólo cuesten la mitad, los mismos medios de subsistencia producirán la misma cantidad de músculos, huesos, etcétera, en suma, el mismo vigor, pero no vigor

del mismo valor. Esa mutación de "valor" en "vigor" y toda esa farisaica ambigüedad encubren el intento, por cierto fallido, de extraer de la mera reaparición de los valores adelantados un plusvalor.

[9] 26 "Todos los productos de un mismo género no forman, en propiedad, sino una masa cuyo precio se determina en general e independientemente de las circunstancias particulares." (Le Trosne, "De l'intérêt social", p. 893.)

Carlos Marx

[LA SUBSUNCIÓN REAL EN LA COOPERACIÓN CAPITALISTA]

La fuerza productiva social que resulta de la cooperación es gratuita. Los trabajadores individuales o, mejor dicho, las capacidades de trabajo, se pagan, pero en términos singulares. Su cooperación, la fuerza productiva que resulta de ella, no se paga. El capitalista paga 360 trabajadores; no paga la cooperación de los 360 trabajadores, pues el intercambio entre el capital y la capacidad de trabajo tiene lugar entre el capital y la capacidad de trabajo individual. Lo que determina este intercambio es el valor de cambio de la capacidad de trabajo individual, valor que es independiente tanto de la fuerza productiva que ella adquiere dentro de una cierta combinación social como del hecho de que el tiempo durante el que ella trabaja y puede trabajar es mayor que el tiempo de trabajo requerido para su reproducción. La cooperación, esta fuerza productiva del trabajo social, se presenta como una fuerza productiva del capital, no del trabajo. Y esta transposición, dentro de la producción capitalista, acontece con todas las fuerzas productivas del trabajo social. Esto en lo que respecta al trabajo real. Así como en la mercancía el carácter abstractamente social del trabajo —es decir, el valor de cambio de la mercancía— se presenta como dinero y tal como todas las cualidades que posee el producto como expresión de este trabajo en general se presentan como cualidades del dinero, así también el carácter concretamente social del trabajo se presenta como carácter y como cualidad del capital.

En efecto, en cuanto el trabajador entra en el proceso de trabajo real, se encuentra ya, en tanto que capacidad de trabajo, incorporado al capital, no se pertenece ya a sí mismo sino al capital. Así, por tanto, también los medios con los que él trabaja resultan ser, más bien, los medios con los que el capital trabaja. Pero antes de entrar al proceso de trabajo, el trabajador entra en contacto con el capitalista; lo hace en calidad de propietario o vendedor individual de mercancía, de esa mercancía que es su propia capacidad de trabajo. La vende él individualmente. Se vuelve social en cuanto entra en el proceso de trabajo. Esta metamorfosis que acontece con ella es algo exterior

para ella, algo en lo que ella no participa, de lo que ella más bien es objeto. El capitalista no compra una sola capacidad de trabajo individual sino muchas a la vez, pero todas así, como mercancías aisladas, pertenecientes a propietarios de mercancías aislados, independientes unos de otros. Cuando entran en el proceso de trabajo se encuentran ya incorporadas al capital; su propia cooperación no es, por ello, una relación en la que ellas mismas entren, sino en la que son puestas por el capitalista; no es una relación que les pertenezca a ellas, sino una a la que ellas pertenecen y que se les presenta como una relación que el capital mantiene con ellas. No es su unificación recíproca, sino una unidad que las domina y cuyo portador y director es el propio capital. En la medida en que entran en relación entre sí como capacidades de trabajo lo hacen en tanto que incorporadas al capital, y tal relación se presenta ante ellos como una relación del capital, y no como propia de ellos. En cuanto a ellos, están simplemente amontonados. Su interrelación y su unidad no está en ellos sino en el capi-tal; la fuerza productiva social de su trabajo, resultante de lo anterior, es fuerza productiva del capital. Lo mismo que sucede con la potencia no sólo restitutiva sino incrementadora de la capacidad de trabajo singular, que aparece como capacidad del capital —como trabajo excedente—, su-cede también con el carácter social del trabajo y con la fuerza productiva resultante de este carácter.

Este es el primer grado en el que la subsunción del trabajo al capital no se presenta ya como mera subsunción formal sino que transforma el modo de producción mismo, de tal manera que el modo de producción capitalista es un modo de producción específico. La subsunción es formal en la medida en que el trabajador individual, en lugar de trabajar como propietario independiente de mercancías, comienza a trabajar como capacidad de trabajo perteneciente al capitalista, deja de trabajar para sí mismo y lo hace para el capitalista, y queda por lo tanto sometido al mando y a la vigilancia de éste; en la medida en que, en lugar de que sus me-dios de trabajo se presenten como medios para la realización de su trabajo, es más bien su trabajo el que se presenta como medio para la valorización de los medios de trabajo —es decir, para su absorción de trabajo—. Esta diferencia es formal en la medida en que puede existir sin que sean transformados en lo más mínimo ni el modo de produc-ción ni las condiciones sociales en las que tiene lugar la producción. Con la cooperación aparece ya una diferencia específica. El trabajo se cumple en condiciones bajo las cuales no puede llevarse a cabo como trabajo independiente del individuo; condiciones que se presentan como una relación que domina sobre el individuo, como una cuerda que el capital ajusta en torno a los trabajadores individuales.

[LA SUBSUNCIÓN REAL EN LA DIVISIÓN CAPITALISTA DEL TRABAJO]

Las distintas operaciones que el trabajador ejecuta una tras otra en la elaboración de su obra, y que se imbrican y se suceden en el tiempo en calidad de modalidades diferentes de su efectividad; las distintas fases por las que atraviesa y en las que varía su trabajo dentro de la empresa patriarcal o estatal, son separadas en la división del trabajo que caracteriza a la producción capitalista, aisladas unas de otras como operaciones o procesos independientes. Esta independencia se consolida, se personifica, por el hecho de

que cada uno de esos procesos simples, monosilábicos, se convierte en la función exclusiva de un trabajador determinado o de un número determinado de trabajadores. Los trabajadores son subsumidos bajo estas funciones aisladas. No es el trabajo el que se reparte entre ellos; son ellos los que son repartidos entre los distintos procesos, los cuales se vuelven para cada uno de ellos su proceso de vida exclusivo, en el caso de actuar como capacidades de trabajo productivas. Así, la productividad y la complejidad incrementadas del conjunto del proceso productivo, su enriquecimiento, se pagan con la reducción de la capacidad de trabajo, en cada función particular, a una mera abstracción marchita, a una cualidad simple que se manifiesta en la inacabable monotonía de un mismo efecto y en provecho de la cual está secuestrada la totalidad de la capacidad productiva del trabajador, la pluralidad de sus disposiciones. Estos procesos separados, ejecuta-dos como funciones de un autómatas dotado de vida, permiten —precisamente por su separación y su independencia— que exista una combinación, que estos distintos procesos puedan ser ejecuta-dos simultáneamente en un mismo taller. La división y la combinación se condicionan aquí mutua-mente. El proceso completo de producción de una mercancía se presenta como una operación compuesta, como un complejo de muchas operaciones que se completan una a otra independientemente y que pueden ser ejecutadas una junto a la otra simultáneamente. El hecho de completar un proceso con otro ha sido trasladado así del futuro al presente, por lo que la mercancía comienza a ser producida en uno de los extremos del taller y termina de serlo, al mismo tiempo, en el extremo opuesto. "Simultáneamente", a esta simultaneidad (propia de la cooperación en general) se suma la disminución del tiempo de trabajo, puesto que estas distintas operaciones (reducidas a funciones elementales) son ejecutadas con virtuosismo; disminución que se logra en cada una de las funciones simultáneas y complementarias que componen el todo. De esta manera no sólo aumenta el número de mercancías completas o terminadas en un tiempo dado, sino el número total de mercancías terminadas que salen del taller. Gracias a esta combinación el taller se convierte en un mecanismo cuyas distintas partes están formadas por trabajadores individuales.

Pero la combinación —la cooperación tal como existe en la división del trabajo: ya no como una coincidencia en la realización de las mismas funciones o una repartición pasajera de las mismas, sino como la reunificación de una totalidad de funciones previamente reducida a sus componentes— existe de doble manera. Considerado el proceso de producción mismo, existe en el taller como un todo; taller que, como mecanismo global, se enfrenta a los trabajadores como un poder exterior que los domina y los integra (aunque en realidad no es otra cosa que la existencia objetiva de la cooperación de los trabajadores, de su comportamiento social en el proceso de producción); existe en realidad como el poder (y como una de las formas de existencia del capital), bajo el cual están ellos subsumidos individualmente y al que pertenece su comportamiento social en la producción. Existe, por otra parte, en el producto terminado, el cual es también mercancía que pertenece al capitalista.

Para el trabajador mismo no tiene lugar ninguna combinación de actividades. Se trata de una combinación de funciones unilaterales a la que está subsumido cada trabajador o cada grupo de trabajadores. La función del trabajador es

unilateral, abstracta, un segmento. El todo que se forma a partir de esto tiene su base justamente en esta mera existencia en parte, en este aislamiento del trabajador dentro de su función singular. Se trata, pues, de una combinación que se basa en la no combinación de su trabajo. Los trabajadores constituyen el material de esta combinación. La combinación no es una relación que les pertenezca a ellos mismos y que esté subsumida a su unificación. Esto alude, de paso, a las bellas frases que el señor Potter dedica a la "combinación y concierto" como opuesta a "división".

Aquí el modo de producción capitalista ha atrapa-do y ha transformado ya el trabajo en cuanto a su sustancia. Ya no es la mera subsunción formal del trabajador bajo el capital: el hecho de que trabaja para otro bajo un mando ajeno y una vigilancia ajena. Tampoco es ya, como en la cooperación simple, su actuar conjunto y simultáneo con muchos otros con quienes realiza a un mismo tiempo el mismo trabajo. Su trabajo no sufre aquí ningún cambio; se trata solamente de una interconexión pasajera, una contigüidad que por su naturaleza misma se deshace fácilmente y que —como sucede en la mayoría de los casos de la cooperación simple— sólo responde a exigencias excepcionales durante períodos especiales y pasajeros como las que se presentan con las cosechas, la construcción de caminos, etcétera. Como en la forma más elemental de la manufactura (en la que lo importante es la explotación simultánea de muchos trabajadores, el ahorro en capital fijo, etcétera), que hace al obrero ser sólo formalmente parte de un todo (cuyo jefe es el capitalista) dentro del cual no le afecta mayormente —como productor— el hecho de que, junto a él, tantos otros hagan lo mismo (hagan también botas, por ejemplo, etcétera). Debido a la transformación de su capacidad de trabajo en una mera función de una parte del mecanismo global, el trabajador ha dejado de ser el productor de una mercancía. Es únicamente productor de una operación parcial que, de ser el caso, sólo produce algo en interconexión con el todo del mecanismo constituido por el taller. Se ha convertido en un componente vivo del taller y, debido al modo de su propio trabajo, en un accesorio del capital; sólo puede ejercer su pericia en un taller, sólo como eslabón de un mecanismo que, enfrentado a él, es la existencia objetiva del capital. Originalmente, debido a que carecía de las condiciones objetivas para la realización de su capacidad de trabajo, el trabajador tuvo que vender al capitalista, en lugar de mercancía, el trabajo que produce mercancía. Ahora debe venderlo porque su capacidad de trabajo sólo es efectivamente tal en la medida en que es vendida al capital. Ya no es sólo la falta de medios de trabajo, ahora es su propia capacidad de trabajo, el tipo y el modo de su trabajo lo que hace que se encuentre subsumido bajo la producción capitalista, que esté entregado al capital. A más de las condiciones objetivas del trabajo, en manos de éste se encuentran también las condiciones sociales de trabajo del sujeto, aquellas sin las cuales su trabajo no llega a ser trabajo.

El incremento de la fuerza productiva que resulta de la división del trabajo, este modo de ser social del trabajo, no sólo es, por lo tanto, una fuerza productiva que, en lugar de pertenecer al trabajador, pertenece al capital. La forma social de estos trabajos combinados es la existencia objetiva del capital contra el trabajador; la combinación se le enfrenta como una fatalidad invencible a la que

él está entregado a causa de la reducción de su capacidad de trabajo a una función completamente parcial, que no es nada separada del mecanismo total y que por tanto depende completamente de él. El trabajador mismo se ha convertido en un simple detalle.

[LA SUBSUNCIÓN REAL EN EL TALLER AUTOMÁTICO CAPITALISTA]

Incluso el carácter social del trabajo, que eleva su productividad, se presenta en la producción capitalista como una fuerza ajena al trabajo, como condiciones exteriores a él, como cualidades y condiciones que no fueran de él (pues el trabajador permanece siempre aislado, exterior al nexo social con sus colaboradores, enfrentado al capital). Pero lo característico de la producción capitalista está precisamente en el hecho de que, prima facie, esto acontece sobre todo con las condiciones objetivas de este trabajo social. Por ello, la consideración de las mismas parece ser, desde la posición capitalista, la consideración de ciertas circunstancias que sólo incumben al capital, que proceden de él y están comprendidas en él, que no incumben en absoluto al trabajador. Ello no obstante que es justamente esta forma social del trabajo la que convierte a estas condiciones exteriores, que existen desperdigadas para los trabajadores individuales, en condiciones sociales que pueden ser utilizadas más económicamente gracias a su concertación espacial y temporal y a su utilización conjunta por los trabajadores en cooperación; que pueden ser utilizadas de modo que su mayor *efficiency* en el proceso de trabajo va acompañada de un menor costo suyo, de un menor consumo de su valor, de una menor participación suya en el proceso de valorización.

Veremos cómo, en especial con la maquinaria, la alienación entre estas condiciones del trabajo y la modalidad del trabajo mismo se fija en la conciencia del capitalista y es presentada al trabajador como algo inobjetable.

Pero esto sólo es una consecuencia más y un desarrollo de la contraposición que constituye la esencia de la producción capitalista y que fue por tanto caracterizada ya en la consideración del plusvalor absoluto. A la producción capitalista la caracteriza en general el hecho de que las condiciones del trabajo se presentan ante el trabajo vivo de manera independiente, personificada; el hecho de que no es el trabajador el que emplea las condiciones de trabajo, sino estas condiciones las que emplean al trabajador. En virtud de esto es precisamente que, frente al trabajador, estas condiciones se vuelven capital y el propietario mercantil que se apropia de ellas se vuelve capitalista. Por supuesto que esta independencia no continúa en el proceso de trabajo real; pero es el conjunto del proceso de trabajo el que es proceso del capital, el que está integrado en él. En la medida en que el trabajador aparece en él como trabajo es, él mismo, un elemento constitutivo del capital. En la subsunción formal del trabajo al capital, estas condiciones del trabajo no sufren ninguna otra modificación; permanecen —consideradas en su consistencia— como material de trabajo y medio de trabajo. En cambio en el nuevo modo de producción, en la revolución del modo de producción conseguida por la producción capitalista, la figura de estas condiciones de trabajo se transforma. Reciben nuevas determinaciones en virtud de que sirven de condiciones a trabajadores que laboran juntos en sociedad. En la cooperación simple y en la

manufactura basada en la división del trabajo esta modificación alcanza solamente a las condiciones generales del trabajo que pueden ser utilizadas colectivamente como edificios, etcétera. En el taller automático basado en la maquinaria la modificación se apodera del instrumento de trabajo propiamente dicho. Al igual que en la subsunción formal del trabajo al capital, estas condiciones y por tanto también su figura modificada —modificada por la forma social del propio trabajo— permanecen como una circunstancia ajena para los trabajadores. Con la maquinaria, la contraposición o la enajenación avanza incluso, como veremos más adelante, hasta la contradicción hostil. (...)

Si volvemos a la maquinaria vemos que el modo de producción que le corresponde encuentra su ex-presión más pura y clásica en el taller automático. En éste la utilización de la máquina se presenta como utilización de un sistema de maquinaria integrado, como una totalidad de procesos mecánicos distribuidos en distintas fases y movidos todos por un motor común, un prime motor de fuerzas naturales. En muchas ramas productivas la máquina singular entra, por una parte, en lugar de un previo oficio artesanal singular, por otra, en lugar de trabajos ejecutados anteriormente en cooperación (éste es el caso de máquinas para la construcción, máquinas de siembra, cosecha y trilla, etcétera). En el primer caso reaparece, basada esta vez en maquinaria, la empresa artesanal; tal es el caso de la hiladora primitiva de muchos tipos de telares, máquinas de coser, etcétera. Esta empresa artesanal basada en maquinaria se presenta ahora, sin embargo, como transición hacia la gran industria. En la manufactura (y agricultura) basada en la división del trabajo las máquinas entran en lugar de ciertos procesos, mientras otros que, si bien se conectan con ellos, interrumpen la secuencia mecánica y requieren del trabajo humano no sólo para la vigilancia del proceso mecánico sino para la producción misma. Ésta es la manufactura y la agricultura en gran escala tal como reaparece transformada dentro del período de la maquinaria.

Pero el modo de producción más acabado, el que mejor corresponde a la maquinaria, es el taller automático; y es más acabado mientras más se aproxima a un mecanismo sistemático completo, mientras menos son los procesos singulares que requieren todavía (como las hiladoras mecánicas no accionadas por selfactors) la mediación del trabajo humano.

El aparecimiento de la maquinaria es negativo para el modo de producción que se basa en la división del trabajo manufacturera y para las especializaciones de la capacidad de trabajo producidas sobre la base de esta división del trabajo. Desvaloriza la capacidad de trabajo especializada de esta manera: de una parte, la reduce a capacidad de trabajo abstracta, simple; de otra, produce sobre sus propias bases una nueva especialización de la misma cuya característica es la subordinación pasiva al movimiento del mecanismo, la adaptación total a las necesidades y exigencias de éste.

(...)

El taller automático aparece en lugar: 1) de la manufactura basada en la división del trabajo; 2) de la empresa artesanal independiente.

No obstante que el taller automático niega: 1) la cooperación simple, en la medida en que pone a la máquina en el lugar de la fuerza generada por cooperación; 2) la división del trabajo, en la medida en que suprime la manufactura o cooperación basada en la división del trabajo; en él mismo tienen lugar tanto cooperación como división del trabajo. Lo primero no necesita mayor explicación. Pero es de notar de todas maneras que, dada la maquinaria como base material del taller automático, la cooperación simple juega en él un papel mucho más importante que la división del trabajo.

(...)

En la manufactura las tareas se encuentran repartidas según una jerarquía de facultades y fuerzas, de acuerdo a como éstas son requeridas para servirse de los instrumentos y al virtuosismo exigido, más o menos difícil de alcanzar. Determinadas cualidades corporales y espirituales de los individuos son aprovechadas para levantar, en virtud de un desarrollo unilateral de las mismas, el mecanismo global que, en la manufactura, está compuesto de seres humanos. Aquí, en el taller automático, el cuerpo de este mecanismo global está compuesto de las propias máquinas diferenciadas, cada una de las cuales ejecuta sucesivamente uno de los procesos especiales necesarios para el proceso global. No se trata aquí de una capacidad de trabajo especialmente desarrollada que se sirve del instrumento especial con virtuosismo; se trata del instrumento auto actuante, que necesita servidores acoplados a él de manera especial y continua. Allí el trabajador se sirve del instrumento especial; aquí, grupos especiales de trabajadores sirven a distintas máquinas que ejecutan los procesos especiales. La jerarquía de facultades que caracteriza en mayor o menor medida a la manufactura des-aparece aquí. Lo que distingue al taller automático es una nivelación general de los servicios prestados, de tal manera que quienes se encuentran ocupados realmente en el trabajo maquinizado pueden pasar de una máquina a otra sin necesidad ni de mucho tiempo ni de mucha preparación. La división del trabajo en la manufactura parte del hecho de que las tareas especiales que deben cumplirse sólo pueden cumplirlas capacidades de trabajo particularmente especializadas; de que es necesario que tenga lugar una división real del trabajo entre los distintos grupos de estas especializaciones. En el taller automático, en cambio, las especializadas son las máquinas; su funcionamiento simultáneo —que cumple sin embargo fases sucesivas del mismo proceso global— exige la repartición entre ellas de grupos especiales de trabajadores, encargados siempre de los mismos servicios, todos igualmente simples. Es más repartición de trabajadores entre máquinas especializadas que división del trabajo entre capacidades de trabajo especializadas. En el primer caso, la especializada es la capacidad de trabajo, que se sirve de instrumentos especiales; en el segundo, la especializada es la máquina, a la que le sirven grupos especiales de trabajo. Sin contar el trabajo de los auxiliares, que reaparece aquí, la principal diferencia entre las capacidades de trabajo está dada por la fuerza y la destreza. Cuando de lo que se trata es del empleo de fuerza, ésta no es más que la fuerza promedio de la que dispone todo adulto varón, a diferencia de mujeres y niños. Se reduce, por tanto, a una diferencia de sexos y edades. La destreza y la agilidad de manos,

la rapidez en la vigilancia y, en general, la atención concentrada que se exigen provienen de que la velocidad del servicio que se presta a la máquina debe correr paralela con la velocidad de ésta y que hay que servir simultáneamente a varias de estas máquinas y a varios puntos de efectividad en cada una de ellas. En gran parte, este tipo de destreza no necesita —salvo el ejercitarse, pues el acoplamiento es lo principal— ninguna especialización particular sino, por ejemplo, una cierta edad, un cuerpo aún no desarrollado (joven), más que una laboriosidad ya desarrollada. Todos estos servicios se distinguen por su pasividad, por su estar adaptados y subordinados a las operaciones y movimientos de las máquinas mismas. Esta especialización en pasividad, es decir, la supresión de la especialización misma como especialización, es lo que caracteriza al trabajo automatizado. Los perfeccionamientos dentro del taller automático mismo están dirigidos a eliminar, dentro de lo posible, todo virtuosismo que pueda volver a brotar sobre nuevas bases. Es por tanto trabajo completamente simple, es decir, cuyas características son la uniformidad, la vaciedad y la subordinación a la máquina. Trabajo aniquilante, como el de la división manufacturera del trabajo, que exige una subsunción total del individuo a la máquina. Ésta impide el desarrollo de la especialización, pero ella misma especializa esta carencia de especialización. Se elimina aquí la última autosatisfacción del trabajador en el trabajo; queda la indiferencia absoluta, condicionada por su propia vaciedad.

En la manufactura se trata de un trabajo continuado. En el taller automático lo continuo es la atención al funcionamiento de la máquina y el movimiento del trabajador, condicionado por el movimiento de la máquina (que debe avanzar cuando ésta avanza y retroceder cuando ella retro-cede). La intervención real del trabajador es, en cambio, casual, depende de si la máquina comete un error o no. El servicio bajo la máquina es aquí ininterrumpido, mientras que en la manufactura el instrumento está siempre listo para servir

En la manufactura —considerada como un todo— el trabajador individual constituye una parte viva del mecanismo global, es decir, del taller, que no es sino un mecanismo compuesto de seres humanos. Por el contrario, en el taller automático (es decir, el que consideramos aquí, desarrollado ya como sistema de maquinarias), el ser humano es el accesorio viviente de un cuerpo global que existe aparte de él: la maquinaria automática. Maquinaria global cuyas partes componentes son máquinas. Aquí el ser humano: mero accesorio viviente, apéndice consciente de la maquinaria carente de conciencia pero dotada de una efectividad uniforme.

Cooperación (simple) y repartición de los cooperantes entre las distintas partes del gran autómatas global, como accesorios dotados de movimiento y servidores de éste: he aquí lo característico del taller automático; subordinación a los movimientos y operaciones de la máquina, a la que [el obrero] está atado como a su destino; nivelación de los trabajos y pasividad, ausencia de especialización y, a lo mucho, desarrollo, en calidad de especialización, de simples diferencias de edad y sexo. La disciplina y la subordinación no resultan aquí sólo de la cooperación sino de la subordinación al sistema global de la maquinaria.

Ure, el desvergonzado apologeta del sistema fabril, que hasta en Inglaterra tiene mala fama, tiene sin embargo el mérito de haber captado por primera vez correctamente el espíritu del sistema fabril y de haber caracterizado con precisión la diferencia y la contraposición entre el taller automático y la manufactura basada en la división del trabajo, considerada por A. Smith como lo principal. (Desarrollar más tarde.) La supresión de la jerarquía de las facultades; la quiebra de las especializaciones escondidas tras la "división del trabajo" y con ello la subordinación pasiva —y, ligados con ésta, la disciplina absoluta, el encuartelamiento, la sumisión al cronómetro y a las leyes fabriles— fueron subrayadas por él correctamente como lo veremos ahora en algunos extractos. La universalidad del trabajador es reconquistada en este sistema, pero sólo en sí, en la medida en que él es indiferente a su trabajo, cuyo contenido le es exterior, y en la medida en que no desarrolla una especialización. En realidad, sin embargo, desarrolla una especialización sin contenido.

Lo característico de todas las formas sociales y combinaciones del trabajo que se desarrollan dentro de la producción capitalista es que acortan el tiempo necesario para la producción de mercancías; también, por lo tanto, que reducen la masa de trabajadores que se requiere para producir un determinado quantum de mercancía. (Lo mismo con el plusvalor.) En cambio sólo con la maquinaria y con el taller automático, basado en la aplicación del nuevo sistema de maquinaria desarrollada existe la sustitución de trabajadores por una parte del capital constante (por la parte del producto del trabajo que vuelve a convertirse en medios de trabajo) y se muestra, en general, como tendencia manifiesta y consciente, como tendencia que actúa en gran escala, el volver excedentario el número de trabajadores. El trabajo del pasado aparece aquí como medio para sustituir trabajo vivo o disminuir el número de los trabajadores. Esta disminución del trabajo humano se presenta aquí como especulación capitalista, como medio para incrementar el plusvalor. (En realidad esto sólo puede acontecer en la medida en que las mercancías producidas por la maquinaria entran como medios de subsistencia en el consumo de los trabajadores o constituyen elementos reproductivos de la capacidad de trabajo. Por otro lado, sin embargo, en la medida en que el valor unitario de las mercancías producidas con maquinaria es, al principio, antes de la introducción generalizada de la maquinaria, diferente de su valor social y que el capitalista individual se embolsa una parte de esa diferencia, la tendencia de la producción capitalista a sustituir trabajo humano por maquinaria es una tendencia general)

Es también con la maquinaria cuando el trabajador combate por primera vez, directamente, la fuerza productiva desarrollada por el capital, considerándola un principio antagónico respecto de él mismo como trabajo vivo. La destrucción de la maquinaria y, en general, la oposición por parte del trabajador a la introducción de la maquinaria es la primera declaración de guerra contra el medio de producción y el modo de producción desarrollados por la producción capitalista. Nada parecido se da ni en la cooperación simple ni en la división del trabajo. Por el contrario. La división del trabajo dentro de la manufactura

reproduce en cierto modo la división del trabajo entre los distintos oficios. La única oposición aquí por parte de los gremios y de la organización medieval del trabajo es la prohibición al maestro individual de emplear más de un máximo de trabajadores y la prohibición de emplearlos, en general, al mercader, al que no es maestro. Oposición dirigida instintivamente contra la única base general sobre la que puede tener lugar el tránsito del modo de producción artesanal al capitalista: contra la cooperación de muchos trabajadores bajo un solo maestro, contra la producción masificada. Esto, sin que pudiera haber conciencia ni de las fuerzas sociales del trabajo que se desarrollan con esta producción masificada ni de la depreciación e incluso sustitución del trabajo vivo por el trabajo pretérito.

La división del trabajo y la cooperación simple no descansan nunca inmediatamente sobre la sustitución de trabajo o conversión de los trabajadores en excedentarios; su base es, por un lado, la conglomeración de trabajadores y, por otro, la formación de un mecanismo vivo o de un sistema de mecanismos con estos trabajadores conglomerados.

LECTURA DEL CAPITULO VI INEDITO DE EL CAPITAL

Bolívar Echeverría

Entre 1867 y 1865 Marx escribió varios manuscritos de su *Crítica de la economía política*. De éstos —cuyo contenido aparece aprovechado sólo parcialmente en el único tomo de *El capital* publicado por él— el principal es sin duda el de 1861-1863. Uno de los rasgos distintivos de este manuscrito es la aparición en él, como esbozo bien delineado, de uno de los conceptos más centrales en la descripción crítica del modo capitalista de la reproducción social, el concepto de **subsunción del proceso de trabajo al capital**. Los extractos de este manuscrito que hemos seleccionado y que publicamos aquí contienen algunos de los señalamientos principales de Marx en torno a este concepto. Los presentamos al lector de *Cuadernos Políticos*, no sólo como una muestra de la radicalidad reflexiva del *discurso crítico de Marx* —radicalidad que, en esta vuelta de siglo tan vecina a la catástrofe, es garantía de su actualidad—, sino porque pueden tal vez ser útiles en la formulación de los planteamientos básicos de la nueva izquierda que parece dar sus primeros pasos

. **Dos posibilidades de uso teórico de este concepto** —casi inexploradas por los autores marxistas— saltan a la vista

. *La primera se ubica en la discusión en torno a la esencia de la tecnología moderna y al sentido y las posibilidades de una alternativa tecnológica post-capitalista. Los efectos directos del desarrollo tecnológico que suelen reconocerse son, por un lado, su efecto esencial, la potenciación de la*

productividad del trabajo, y por otro, su efecto “accesorio”, la destrucción tanto del sujeto productor como de la naturaleza. La teoría de la subsunción permite explicar este desarrollo aparentemente natural de la tecnología moderna como un proceso que, lejos de provenir de la necesidad espontáneamente progresista de aplicar los avances de la ciencia a la producción, se desata más bien de una necesidad social regresiva, la de perfeccionar la explotación de la fuerza de trabajo. La tecnología moderna no es un hecho caído del cielo para imponer su marca, benéfica o maléfica, a la cooperación productiva del sujeto social; por el contrario, es el resultado de la imposición de una forma peculiar de cooperación productiva —la que consiste en la pertenencia conjunta de múltiples sujetos trabajadores a un solo capital— a los medios de producción, a sus potencialidades técnicas y a su capacidad de reacción sobre el sujeto que los emplea.

.La segunda posibilidad más evidente de hacer uso del concepto de subsunción se refiere a la discusión de metodología historiográfica en torno a la llamada “formación económico-social” o “articulación de distintos modos de producción”, sobre todo en lo que respecta a la época capitalista. La teoría de la subsunción concibe el modo de ser capitalista como un modo que tiene necesariamente dos versiones o figuras básicas no siempre sucesivas en el tiempo, sino también complementarias en una misma época: el modo formal y el modo real de la subsunción del proceso productivo/consuntivo de la sociedad en la marcha de la acumulación capitalista. Así pues, tres tipos elementales, específicamente capitalistas, de articulación contradictoria entre modos de producción se encontrarían, combinados, en la base de los conflictos sociales de nuestra época: la articulación de la forma capitalista con una realidad técnica pre-capitalista, la articulación de la forma capitalista con la realidad técnica puesta en pie por ella misma y la articulación de formas nuevas, postcapitalistas, de sociedad y tecnología con la totalidad so-cial-técnica construida por el capitalismo.

Cabe indicar además, en lo que respecta al núcleo del contenido específico del discurso crítico de Marx —es decir, a la teoría de la contradicción entre el proceso social-natural de producción/consumo y el proceso social-capitalista de valorización del valor— que el concepto de subsunción tiene una especial importancia. Es el intento más avanzado hecho por Marx de mostrar en términos teóricos generales la manera en que se articulan esos dos procesos contradictorios. Si todavía en los Lineamientos... de 1857 veía al proceso de trabajo “incorporado” en tanto que “materia” a la “forma” capital, en el Manuscrito de 1861-1863 intentará verlo, no como una realidad intocada en sí misma por un modo de funcionamiento (capitalista), sino como una “sustancia” afectada esencialmente por la “forma” capitalista que se encuentra mediando o posibilitando su existencia - sea sólo desde fuera de él o ya desde su mismo interior.

El trabajo vivo fuente creadora del plusvalor (Dialogando con Christopher Arthur)

Enrique Dussel

Es con suma atención, y no menor gusto, que he leído las páginas del comentario que Christopher Arthur (en adelante CA) ha escrito sobre mi obra traducida al inglés en 2001 (publicada en la edición española hace ya dieciséis años[2]). Deseo no entablar un debate, como efectúan los sofistas (que intentan meramente defender su posición teórica en cuanto tal), sino comenzar un diálogo, porque acepto plenamente muchas de sus sugerencias contrarias a mi interpretación, cuando sea necesario, aunque explicaré más claramente mis posiciones cuando opino que no han sido entendidas (como honestamente lo expresa en algunos casos, y es explicable, dado que el contenido de muchas categorías usadas por mí corresponden a las explicadas en el primer tomo que dediqué a los comentarios de las cuatro redacciones de *El capital*[3], y que se desarrollan más acabadamente en el tercer tomo[4]). De todas maneras mis aclaraciones, seguramente, darán motivo a nuevas distinciones de su parte, y por ello intento un diálogo y no meramente un debate académico, diálogo que, además, interesa para el desarrollo actual del pensamiento de Marx en las actuales circunstancias mundiales, donde el capital ha alcanzado un grado de explotación salvaje del trabajo vivo, en especial en el Sur del planeta.

Iré respondiendo en el mismo orden de los comentarios de CA, para referirme en el punto II a la cuestión central.

II

Es necesario observar que el término "exterioridad" propone una metáfora espacial, que indica semánticamente la trascendencia del sujeto, aquello que no es meramente estructural ni está "fundado" como momento interno de un "sistema" (un sistema en el sentido de N. Luhmann), de una "totalidad" (a lo Hegel, Lukács o Heidegger, y tal como la describe críticamente Emmanuel Levinas[5]). Intentar explicar lo que significa "exterioridad" presupone señalar, en primer lugar, a) lo "sistémico" y su "fundamento". Tomando un ejemplo de Wittgenstein, el juego de ajedrez (lo empírico, lo sistémico) se "funda" en sus reglas. En este caso las reglas son el "fundamento" (*Grund*), el "ser" (*Sein*) y lo "ontológico"; todo lo que se refieren a la "totalidad". Mientras, que, en segundo lugar, b) lo que trasciende lo "sistémico" será denominado "el Otro" (*Autrui*, por Levinas), lo que no se agota en el "sistema", en la "totalidad". Corresponde al sujeto, a la viviente corporalidad humana (*Leiblichkeit* para Marx, desde los *Manuscritos del 44* hasta la última redacción de *El capital*). Por la "subsunción" (la *subsumtion* en etimología latina corresponde a la *Aufhebung* en etimología germana)[6] el sujeto corporal viviente es constituido como momento de un sistema; es incluido en una estructura dentro de la cual juega una función (una *determinación*). De esta manera el "trabajo vivo", subjetividad siempre trascendente en último término a toda posible función sistémica (por ejemplo, ser "trabajo asalariado" en el capital como sistema), guardará siempre *antes, en y después* de la subsunción en el sistema una cierta "exterioridad" que habrá que saber definir.

Sin poder repetir lo escrito en otros trabajos[7], puede entenderse que cuando CA (pág. 252) escribe: "Dussel dice *metafísicamente*, pero no logro entonces la diferencia" con *ontológicamente*, está refiriéndose a un vocabulario que uso dentro de una cierta tradición. Una consideración *ontológica* corresponde a la Totalidad, al fundamento, al ser, a la *Lógica* de Hegel, al *Capital* de Marx. Mientras que *metafísicamente* es lo que está *más-allá* (*metá-* en griego) el orden de la Totalidad (*-physis* en griego). Lo de *meta-físico* en esta terminología es lo ético, lo crítico, lo que se origina desde la "exterioridad" del sistema. El sistema, que se funda en su propio *ser* (*Sein*), no es la *realidad* (*Wirklichkeit*) de la complejidad empírica extra-sistémica de todos los sujetos humanos (la comunidad humana indeterminada, como cuando Marx escribe en *El capital*: "imaginémosnos una asociación de seres humanos libres [...]"), que trasciende en último término todo sistema funcional posible (aunque pueda desempeñar *dentro* de los sistemas funciones precisas). El "trabajo vivo" no es el *ser* del capital, sino la *realidad*. La diferencia entre "ser" y "realidad" (véase CA, págs. 254 y ss.) es sugerida por Schelling (en *Filosofía de la revelación*), Sartre (en *Crítica de la razón dialéctica*), E. Levinas (en *Totalité et Infinité*), X. Zubiri (en *Sobre la esencia*), y Marx -según mi *interpretación*- cuando habla del "trabajo vivo" en tanto "existente como abstracción de estos aspectos de su realidad real (*reale Wirklichkeit*)"[8].

Es interesante que CA indique que no doy el paso teórico de considerar el "concepto" (tercera parte de tratado de la *Lógica* de Hegel) en mi interpretación de *El capital*, pero debo aclarar que, ciertamente, no considero el "concepto" como lo hace CA en su ponencia en el Congreso de Nápoles ("Sulle tracce di un fantasma", abril de 2004), "Hegel's *Logic* and Marx's *Capital*", donde "La transformación del dinero en capital" de Marx, se piensa como algo semejante al "pasaje de la esencia al concepto" en Hegel, y esto lo lleva a no entender que si la cualidad en Hegel es el valor de uso en Marx, y la cantidad el valor de cambio, la "medida" (la cantidad que mide la cualidad) de Hegel debe ser ya el dinero de Marx (un valor de cambio que mide al valor de uso): CA lo sitúa al final del tratado de la esencia, como la "realidad" (*Wirklichkeit*), haciendo incomprensible así la analogía entre la *Lógica* de Hegel y *El capital* de Marx[9].

Acepto, en parte, las aclaraciones de CA (págs. 254 y ss.) sobre la imposibilidad de un origen *exclusivo* de la crítica de Feuerbach a Hegel a partir de las conferencias de Schelling de 1841[10], conferencia que, sin embargo, impactó a otros como en el caso de Kierkegaard, por ejemplo. De todas maneras, sean antes o después, hubo una cierta influencia de "filosofía positiva" de Schelling, como indica CA (y que debieron comenzar al menos desde 1826 por las clases de Schelling en Munich), llegando a los oídos de Feuerbach, y dando argumentos para la formación de la generación posthegeliana (que de todas maneras partía de Hegel).

II

Llegamos así al punto central de la crítica de CA sobre mi obra, que se enuncia explícitamente así (las letras entre corchete son mías):

[a] Ser valor es ser mercancía, [b] poner el valor es someter los productos a la relación de intercambio, o más precisamente es la presentación por el capital de sus productos para el intercambio; [c] crear valor es producir capital por medio del capital [...]; [d] ser la fuente del valor es ser aquello a partir del cual el capital crea el valor. [e] La afirmación de que el trabajo vivo es la fuente del plusvalor se basa en la dependencia ontológico/metafísica del proceso de valorización respecto del proceso de trabajo. Sin embargo, [f] la fuente y el creador no deberían confundirse. (CA, pág. 256)

Comentaré el texto parte por parte, para ser más claro en el tratamiento de las expresiones usadas por CA, y lo haré en el orden del mismo escrito:

[a] "Ser valor es ser mercancía". Mejor sería escribir: "Tener valor es lo propio de la mercancía". La mercancía es más que solo valor. El valor es "tenido" por la mercancía, como una determinación aunque no la única ("tiene" además "valor de uso", en cuanto satisfactor, tiene un "espacio" en el mercado, tiene "valor de cambio" cuando se actualiza la "relación" de intercambio, etc.). Estoy del todo de acuerdo.

[b] "Poner el valor es someter los productos a la relación de intercambio [...] es la presentación [...]". La diferencia en Marx entre "valor" y "valor de cambio" se hace explícita en 1872, por lo que no se encuentra ni en la segunda redacción (1861-63), ni en la tercera (1863-65), ni en la cuarta (1867), sino en la segunda edición de *El capital* de 1873. El "mero valor" tiene su "modo de expresión (*Ausdrucksweise*) o forma de manifestación (*Erscheinungsform*)" en el valor de cambio[11] cuando se produce la relación de intercambio. La formulación de CA no es extremadamente precisa, ya que una vez "puesto" el valor (como "trabajo objetivado", "vida objetivada" o "sangre coagulada") no significa que como fundamento sea presente actualmente en su "expresión" o "manifestación". Puede "ponerse" valor (en la mercancía guardada en un depósito) sin todavía haber "intercambio" (en el mercado).

[c] "Crear valor es producir capital por medio del capital". Esta expresión es ambigua. No son lo mismo "capital", "valor" y "plusvalor"[12]; además, para Marx "crear" no es idéntico a "producir" ni "reproducir". En mi lectura presté mucha atención en esta distinción: *Produktion, Reproduktion, Schöpfung* (y el verbo *schaffen*). El capital puede *producir* valor; en el "tiempo necesario" el trabajo *reproduce* el valor del salario; solo el "trabajo vivo" *crea* plusvalor. El capital no *crea* nunca el *plusvalor* como su *fuerza* inmediata -esa es la tesis central de Marx, que yo repito simplemente-. El capital I *acumula* valor como capital II; el capital, por ejemplo, *reproduce* el valor del costo de producción (como momento *interno* del capital). Pero, para Marx, el capital nunca *crea* (ni produce, ni reproduce) *el plusvalor*. Si se formulara que en una rotación "el capital crea plusvalor", se trataría de la tesis que Marx quiere rebatir en toda su obra:

Si en la *formación (Wertbildung)*[13] del valor-mercancía no entra ningún *otro elemento* [!] que el adelanto de valor de capitalista[14], no es posible comprender cómo ha de *salir* de la producción *mayor valor* que el que *entró* en ella, salvo[15] que se *crea algo de la nada (aus Nichts)*. Pero Torrens solo evita

esta *creación de la nada* (*Schöpfung aus Nichts*) [del capital] al transferirla de la esfera de la producción de mercancías a la esfera de la circulación.[16]

Ese "otro elemento" es el que nos impide afirmar que es el capital el que crea plusvalor, o que pone "*más valor*" (plusvalor) al fin del proceso. El capital no crea plusvalor, sino que solo produce y reproduce el valor de los "medios de producción" y del salario para pagar la "fuerza de trabajo" (como una determinación *suya*). La pretensión del capital, que Marx niega en toda su obra, es la de "crear plusvalor" desde el mismo capital, y como no ha pagado por ello, es *como* una "creación de la nada". Pero esta pretensión no se cumple. El capital solo pone las *condiciones* para que el "trabajo vivo", subsumido en el capital como una determinación *del capital* (en cuanto "trabajo asalariado"), *reproduzca* el valor del salario (capital variable, que tampoco crea plusvalor, sino solo paga la "fuerza de trabajo", cuyo sujeto, el "trabajo vivo", crea el plusvalor[17]) en el "tiempo necesario". En cambio, el *más-valor* viene del plus-tiempo del plus-trabajo del "trabajo vivo" subsumido en el capital, pagado como "fuerza de trabajo" y usado como "valor de uso" que crea más-valor "no pagado" (*unbezahlt*). El tiempo de "trabajo vivo" en el proceso de trabajo del capital es entonces "tiempo necesario" + "plus-tiempo" no-pagado. En el plus-tiempo el plus-trabajo del "trabajo vivo" (y no del capital) "crea" plus-valor de la nada del valor del capital (más allá del salario). El "capital variable" no es creador de valor; es simplemente la parte del capital-dinero, o del "valor de cambio pagado por el tiempo necesario" que aparece, fetichizadamente, como "creador" de valor, como un valor que es "reproducción" del salario + el plusvalor. Ese "más-valor" *pareciera* ser fruto del capital, del dinero mismo puesto en el salario. Lo de "variable" del capital variable es el espejismo de atribuir al capital el origen directo del "más-valor" (y no al "trabajo vivo" del asalariado). Para decir que el capital crea plusvalor hay que negar la no-identidad de "trabajo vivo" y "fuerza de trabajo". El trabajo vivo es más que el trabajo objetivado como reproducción del salario.

[d] "Ser la *fuerza* del valor es ser aquello a partir del cual el capital crea el valor". Si lo anterior era ambiguo, esto ahora comienza a ser francamente imposible de ser aceptado en la visión de Marx. En primer lugar, *source* en inglés se traduce en alemán por *Quelle* (fuente), pero la *source* igualmente podría ser *Grund* ("fundamento" en Hegel, el "ser" del sistema). Marx escribía y pensaba en "alemán". Si el capital no crea el plusvalor, mal puede ser su *Quelle* (*source*). El "ser" del capital es el "valor que se valoriza" (el "fundamento": *Grund*), de otra manera, el valor que al final de proceso de trabajo o rotación o reproducción del mismo puede acumular "más-capital". Pero ese "más" es, en definitiva, el "plus" del "plus-valor". Creo que CA confunde el ser "fuente" y "fundamento", y el ser "fuente" y poner las "condiciones" para que la "actividad" (el "trabajo vivo" en referencia a la "cosa") pase de la "potencia" a su "actualidad"[18]. Veamos un texto de Hegel, y la aplicación correlativa a la economía por parte de Marx en los *Grundrisse*. Escribe Hegel en la *Enciclopedia*, § 148:

a) La *condición* (*Bedingung*) es 1) lo que ha sido presupuesto [...]. 2) Las condiciones son *pasivas* [...]. b) La *cosa* (*Sache*) es también 1) lo presupuesto [...], que 2) gracias a la aplicación de las *condiciones* recibe su existencia

exterior, el acto por el que se realizan (*realisieren*) las determinaciones de su contenido [...]. c) La *actividad (Tätigkeit)* 1) que no es sino el existente autónomo, y, al mismo tiempo, solo la *cosa* y las *condiciones* la dan *posibilidad (Möglichkeit)*; 2) [la actividad] es el movimiento que consiste en transformar las *condiciones* en la *cosa*.^[19]

En el texto de los *Grundrisse* (que aparecerá en el mismo lugar lógico-arquitectónico en las tres futuras redacciones de *El capital*) al que hemos dado la mayor importancia^[20], Marx indica que el "trabajo no-objetivado", por lo tanto *antes* de la existencia del capital^[21] y del contrato, es "una abstracción", "un despojamiento total", "una pobreza absoluta". Es la *actividad* sin *condiciones*. El trabajador no tiene ningún medio de producción; es el campesino feudal llegado a la ciudad europea a finales de la edad medieval. No tiene "*condiciones*" para dar existencia a la "*cosa*" (el producto, la mercancía). En este sentido el capital es "*la condición*" para poder trabajar. Pero el "trabajo vivo", "como *actividad (Tätigkeit)*" -usa Marx las mismas palabras y nociones que Hegel-, "no como objeto", sino como sujeto, es la "fuente viva del valor (*lebendige Quelle des Werts*)". Y por ello Marx concluye, haciendo referencia a una formulación ambigua de CA (pág. 259):

No es en absoluto una contradicción afirmar, pues, que el trabajo por un lado es la *pobreza absoluta como objeto*, y por otro es la *posibilidad (Möglichkeit)* universal de la riqueza como *sujeto* y como *actividad*; o más bien que ambos momentos se condicionan mutuamente>^[22] y se derivan de la esencia del trabajo, ya que éste, como opuesto, como entidad (*Dasein*) contradictoria del capital, es un presupuesto del capital, y, por otra, presupone a su vez al capital.^[23]

Pero obsérvese -y CA confunde esta mutua determinación determinante- que el dinero o el capital son la *condición* que permite la existencia empírica del "trabajo vivo" como *actividad* que *puede* ahora producir la *cosa* (la mercancía). Sin esa *condición* el "trabajo vivo" no puede actualizar su ser, que es una *actividad*. Sin el capital queda en su pura abstracción *potencial*. Pero no hay que confundir *condición* que permite pasar la *actividad* de la pura *potencia* al *acto* para producir la *cosa*, con la *causa* (creadora). Para Hegel la "*cosa*" (*Sache*, a veces *Ding*)^[24] es "*substancia*" (*Substanz*) en tanto se pone como "*causa*" (*Ursache*) de efectos "*reales*". Para Marx, en este nuevo sentido, el "trabajo es la *substancia* [causa] del valor". El capital pone las *condiciones* (dinero, medios de producción, etc.) para la producción del valor; pero el que *crea el plusvalor* es el trabajo vivo, que no puede producir ni *crear* sino cuando es subsumido en la estructura de las condiciones de posibilidad de pasar a la *actividad*. El trabajo del obrero, *como trabajo* del capital, *reproduce* (no *crea* aquí) el valor del salario, pero es la subjetividad del trabajador la que *crea* el plusvalor sin estar fundada en el plustrabajo en ningún pago (= nada de valor) del capital. Sin capital, sin condiciones, el trabajador no puede actualizar su trabajo (no puede trabajar), y, además, muere de hambre. Por ello, *presupone el capital como condición material* para sobrevivir y para poder actualizar su trabajo; sin trabajo el capital no puede crear nada nuevo, *presupone al trabajo como actividad creadora*.e] "La afirmación de que el trabajo vivo es la fuente del plusvalor se basa en la dependencia ontológico/metafísica del proceso de

valorización respecto del proceso de trabajo". Para mí: ontológico (desde el capital) y metafísico (desde la exterioridad del "trabajo vivo") son categorías diversas. De qué "depende" el "proceso de valorización" del "proceso de trabajo" es evidente, porque es el trabajo el origen del plusvalor (que se acumula consistiendo en la valorización del valor), en la subsunción formal (y más en la material). Pero esto contradice que el capital sea la "fuente del plusvalor". El capital es solo la *condición* instrumental o material, constituyendo al trabajo como una *determinación interna* alienada; y en tanto tiene como una determinación propia del capital al trabajo (pero confundiendo "fuerza de trabajo" pagada con "trabajo vivo" impago) podría ambigua o fetichistamente decirse que produce valor (incluyendo en el valor el plusvalor)[25].

[f] "La fuente y el creador no deberían confundirse". Esta conclusión es la suma de muchas ambigüedades anteriores. Para mí, el hablar de una "fuente" de plusvalor es la manera no hegeliana (¿schellingiana?[26]) de indicar que más allá del "fundamento" del capital (del "ser", de la "esencia" de Hegel: de la "valorización del valor" de Marx), se encuentra una "subjetividad", como actividad de la corporalidad viviente del trabajador, que es el "origen" del plusvalor (y, al final, todo el valor del capital es acumulación de plusvalor, y, por lo tanto, puede decirse que el "trabajo vivo" crea todo el valor del capital, si se toma como punto de partida siglos de acumulación originaria y de acumulación de plusvalor capitalista por la reproducción ampliada). El momento trans-ontológico del "ser" o "fundamento" del capital (trabajo objetivado, muerto o valor como acumulación que se valoriza) es la "exterioridad" de la subjetividad, el momento meta-físico, ético o desde donde parte la *Kritik*, el "otro momento" desde donde la subjetividad no-pagada, corporalidad viviente del trabajador, no produce ni reproduce, sino que *crea plusvalor*:

[El capital] se comporta ante el plusvalor *como si fuera* [obsérvese que se escribe en sentido hipotético: *als ob*] él el *fundamento (Grund)* [...]. Se comporta a la vez como *fundamento (Grund)* de sí mismo y como *fundado (begründet)* [... Se comporta] con el plusvalor como valor *puesto (gesetzt)* por él [...] El plusvalor *no aparece (erscheint)* puesto en su relación simple e inmediata con el *trabajo vivo (lebendige Arbeit)* [...] El capital [...] se comporta con el plusvalor como puesto y fundado por él; se vincula como *fuentes (Quelle)* de producción consigo mismo.[27]

Creo que el texto es irrefutable. La "fuente" y el "creador" son lo mismo: el "trabajo vivo". El capital *pretende (claim)*, *intenta fetichistamente* presentarse, aparecer *como si fuera* el "fundamento" del plusvalor[28]. El plusvalor no tiene "fundamento" en el capital, tiene una "fuente": en ese caso el capital también pretende presentarse como su "fuente". Pero Marx replica: el plusvalor es descubierto como tal cuando "aparece puesto por su relación simple e inmediata con el trabajo vivo". Si el capital pretende ser la "fuente", ello significa que ha intentado ocupar el lugar del "trabajo vivo". La "fuente" y el "creador" son dos aspectos del mismo "trabajo vivo". Es "fuente" en tanto trascendental al "fundamento"; es "creador" en tanto que pone plusvalor más allá de la mera reproducción del valor del salario. El capital roba al sujeto el plus-trabajo del plus-tiempo, porque, por la "fetichización del trabajo" (trabajo=salario)[29], se piensa que la jornada total de trabajo[30] equivale al salario. Es en ese

plust tiempo que el "trabajo vivo" efectúa la labor de una "creación desde la nada" del capital: el plusvalor.

III

Desde lo dicho puedo referirse ahora a algunas de las numerosas expresiones de CA.

Cuando propone una metáfora, la del suelo y de la energía solar, se sugiere que son *fuentes creadora*, pero opino que son solamente las *condiciones*. El árbol, como ser vivo, es el origen del crecimiento, la actividad que desarrolla la potencialidad de su semilla, para crecer; pero esto no se puede llamar *crear*. El trabajo humano es el único que posee una producción-creadora. La *creación* supone la *trascendentalidad* del sujeto humano como un siempre más allá de toda subsunción, incorporación, alineación funcional en un sistema. El capital subsume y explota el tiempo de plustrabajo del trabajo vivo. Ese plustrabajo *creador* de la historia es orientado, reprimido por el capital para el exclusivo aumento de la tasa de ganancia. La libertad y el espíritu humanos, en el sentido que le da Marx en los *Manuscritos del 44*, es la posibilidad del sujeto con corporalidad viviente *de oponerse y superar* (en una huelga de hambre hasta la muerte, en una praxis subversiva o en una revolución) *a la facticidad de un sistema vigente*, en el que se cumple una función determinada (como en los posibles sistemas económicos históricos, las funciones que se ejecutan por la subsunción del "trabajo vivo" en cuanto esclavo, siervo o trabajador asalariado). El sujeto corporal viviente puede subvertir o transformar todo sistema y crear otro nuevo. Esa *trascendentalidad del sujeto*, que no se agota en la funcionalidad histórica de ningún sistema, es la posibilidad de liberarse de esa función *determinada*^[31] sistémica; función que en el capitalismo es explotada sin conciencia del sujeto-trabajador. Esa "exterioridad" del trabajo vivo con respecto a la mera "fuerza de trabajo" (o su función alienada en el capital), esa exterioridad que en el proceso alienado del trabajo en el capital da la posibilidad de poder "poner" más valor que el recibido en el salario como plusvalor-ganancia, siendo la "fuente creadora", está sin embargo reprimida, explotada dentro del horizonte de la facticidad cerrada de la Totalidad alienante del capital. La liberación de esa trascendentalidad del sujeto (no solo como fuente del plusvalor, sino ahora como creación de bienes para la comunidad liberada), sería el "abrirse" de la Totalidad a otro orden posible; sería un pasar de una Totalidad I a una futura y nueva creada Totalidad II (en parte continuación, y en parte novedad radical) como progreso cualitativo de la historia.

Cuando se dice que "la realización del capital es des-realización del trabajo", se quiere simplemente indicar que el plusvalor, siendo creación del trabajador, en vez de permitirle, por ejemplo, disminuir la jornada de trabajo y tener más tiempo libres (desde el *postulado* orientador del Reino de la Libertad como "tiempo de trabajo cero"), y realizarse como un trabajador feliz, cuando está en manos del capital produce mayor pobreza, infelicidad, brutalidad en el trabajador (*des-realización* del "trabajo vivo"), proporcional al aumento de ganancia del capital (*realización* del capital). Esto no niega que el capital sea la forma sistémica actual del desarrollo de las fuerzas productivas, o que hay un

"poder civilizatorio del capital", siendo en parte *condición* de todo desarrollo futuro, lo que no significa que habrá que seguir el mismo camino emprendido por los países metropolitanos, del centro del sistema capitalista mundial, ni que no haya que echar manos de recursos excluidos o desechados por el capital.

Nunca el capital podrá exclamar, y sin embargo lo expresa así CA (págs. 259): "soy todo" [solo para traducción inglesa: "*I am everything*"]. Mientras que sí podrá expresarse: "El trabajo es todo". El capital sin trabajo no puede existir, porque es solo "trabajo objetivado". El trabajo solo, en las condiciones post-feudales, de sujetos pobres emigrando a las ciudades, no tiene *condiciones* para su actualización. Pero no hay que olvidar que todas las condiciones, la madera de la futura mesa-mercancía, el serrucho que se usará y el salario que se le pagará al trabajador procedente del campo, es decir, todos los medios de producción del que comprará trabajo vivo, no es más que "trabajo *objetivado*" en un proceso precapitalista de acumulación originaria y de acumulación posterior capitalista. Esas *condiciones* son, al final, trabajo objetivado. Y, el mero valor de uso de la naturaleza, producto de dicha naturaleza en su origen, tampoco puede ser la "materia" del proceso de trabajo sin hachar el árbol (que es trabajo), sin haber producido el hacha (que es trabajo), y sin el dinero del primer salario que es, igualmente, ahorro de trabajo objetivado de su propietario: "Todo es trabajo (objetivado) en el capital". Esto no evita que el capital sea una institucionalización donde el trabajo de la humanidad se ha ido objetivando (como materiales, dinero, tecnología, etc.), que es *condición* del ejercicio de todo trabajo posterior. Pero la radicalidad originaria del trabajo estará siempre *debajo* del capital. Desde un punto de vista radical puedo decir: "Todo valor de cambio (y también capital) es trabajo". Y como trabajo "objetivado" puede oponerse al "trabajo vivo" como un Poder autónomo que lo subsume, aliena y explota, sin por ello dejar de ser "*hecho* de sus manos" (el "fetiche" como trabajo objetivado autonomizado).

CA (pág. 259) explica que "capital y trabajo" fungen sin prioridad del uno sobre el otro. Son un círculo: momentos determinados determinantes. Pero no es así. Es verdad que el "trabajo vivo" en su absoluta abstracción o pobreza no puede actualizar su actividad laborante. El capital es *condición*. Pero el trabajo es más que *condición*, en el tiempo y en la naturaleza como actividad creadora. El trabajo ha creado sus condiciones (no como valores de uso originarios de la naturaleza, ya que en este caso esos valores de uso no son capital). El trabajo tiene prioridad sobre el capital; pero desde que el capital viene destruyendo los sistemas con los que compete, se transforma en una *condición* histórica de supervivencia (hasta que se lo supere, y es posible para la trascendencia del sujeto humano efectuar una tal superación: "¡Otro orden es posible!", es el postulado primero de todos los postulados de la razón práctica *crítica*, el lema del Foro Social de Porto Alegre).

Por ello, no puede escribirse al mismo tiempo desde la teoría crítico-económica de Marx (CA, pág. 260): a) "El capital es solo trabajo (alienado)" (y esta expresión es perfectamente compatible con el pensamiento de Marx); y b) "El trabajo es solo capital (variable)", porque esta segunda proposición de CA es una formulación imposible para Marx. El "capital variable" es el dinero (como

capital) que se emplea en pagar el salario; y el salario no es el "trabajo vivo". ¡Esto sería la fetichización del trabajo que Marx criticó incansablemente!

CA (pág. 260) escribe: "El mérito de Dussel es llamar la atención sobre el *fundamento* de la totalidad (*the grounding of the totality*) en su origen exterior: el trabajo vivo". En la terminología de Marx, que no es la de Hegel en este punto, el trabajo vivo *nunca* puede ser el *fundamento de la totalidad*. El trabajo vivo es la *fuentes* más allá del *fundamento de la totalidad*: crea el fundamento.

CA (pág. 260) escribe, siguiendo a Marco Guido: "*El capital* nos muestra la producción de capital por medio del capital". Pues no creo que sea así. Es justamente lo contrario: CA muestra la pretensión del capital de producir ganancia desde solo el capital, de producir capital del capital; es decir, al capital *se le aparece* la ganancia como siendo un producto de sí mismo, como siendo el capital la *fuentes* de esa ganancia, siendo que en la realidad esa ganancia o su acumulación (porque no otra cosa es el capital) procede de una *fuentes* que está oculta fetichistamente a sus ojos: el "trabajo vivo" en cuanto un "plus" por sobre la "fuerza de trabajo", y no el capital. Pero, por supuesto, no es un trabajo sin mediación (sería el trabajo del ser humano en el paleolítico buscando raíces y pescando con sus manos). La actualización desarrollada en el presente del trabajo necesita como *condición* al capital, pero el trabajo vivo puede también crear otros sistemas futuros posibles que serán igualmente *condición* de la actualización del trabajo en un estadio superior postcapitalista.

La crítica, por último, es exactamente la visión teórica que se tiene del capital desde el "trabajo vivo", como capacidad de deconstruir todas las categorías de la economía política capitalista, o mejor, del capital mismo, a partir de esa fuente creadora, y organizarlas (a las categorías) en un discurso que muestre la alienación del indicado trabajo vivo en complejos procesos que se vuelven opacos y ocultan la relación de todos los momentos del capital, hasta su horizonte mundial actual, con el "trabajo vivo" de la humanidad, en especial de los más explotados del Sur del Planeta.

Muchos otros temas han sido sugeridos por CA, pero creo que con los anotados he intentado comenzar el diálogo.

Bibliografía

Arthur, Christopher [CA], "Review on Dussel, 2001". En: *Historical Materialism* 11, 2 (2003), págs. 247-263 ["Enrique Dussel, Hacia un Marx desconocido: Un comentario de los Manuscritos de 1861-1863", en *Herramienta* núm. 26 (julio de 2004), págs. 111-126.

Dussel, Enrique, *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, Siglo XXI, México, 1985.

-, *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*, Siglo XXI, México, 1988.

-, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, Siglo XXI, México, 1990.

Hegel, G.W.F., *Theorie Werkausgabe*. 20 vv. Suhrkamp, Frankfurt a/M, 1970, v. 8.

Levinas, Emmanuel, *Totalité et Infinité. Essai sur l'exteriorité*, Nijhoff, La Haya, 1961.

Marx, Karl, *El capital*, libro II, Siglo XXI, México, 1982..

-, *Grundrisse*, Dietz, Berlin, 1974.

-, *Grundrisse*, engl. Trans., Vintage Books, New York, 1973.

Este artículo es una respuesta a la reseña publicada por Christopher Arthur en *Historical Materialism*, núm. 11/2 y en *Herramienta*, núm. 26.

Enrique Dussel es filósofo, profesor de la UNAM y de la Universidad Autónoma Metropolitana Itzapalapa. Colaborador de *Herramienta*.

[2] Dussel, 1988.

[3] Dussel, 1985, no traducido al inglés.

[4] Dussel, 1990, todavía no traducido al inglés.

[5] La obra de este filósofo judío (Levinas, 1961), indica con cierta cercanía, fenomenológicamente, algunas categorías que usaré. "Totalidad" y "Exterioridad" le son en parte -sólo en parte- debidas.

[6] Marx usa otra metáfora: "incorporación" (*Einverleibung*), que produce la "transubstanciación" (*Transubstantiation*) (con ironía Marx propone frecuentemente esta denominación de origen teológico, pero pertinente filosóficamente) del "trabajo vivo" que, de tener una existencia autónoma, termina por ser una "determinación" *del capital*.

[7] Me ocupo de este tema en los caps. 8-10 de mi obra nombrada Dussel, 1990.

[8] Marx, 1974, pág. 203ss (en inglés Marx, 1973, págs. 295-296). Véase Dussel, 1985, cap. 7, págs. 138ss. En el *Manuscrito II del 44* leemos: "La existencia abstracta del ser humano como puro hombre de trabajo, que por eso puede diariamente precipitarse desde su *plena nada* (*Nichos*) en la *nada absoluta* (*absolutes Nichts*), en su inexistencia social que es su *real inexistencia*" (*MEW*, EB 1, págs. 524-425). La "nada" del sistema (capital) es lo mismo que la "realidad" *más-allá* del sistema como Totalidad. "Creación de la nada" es "creación desde la realidad" trascendental al capital como sistema, como Totalidad. Como puede imaginarse el lector esto supone muchas explicaciones, dadas en decenas de mis obras.

[9] Mi ponencia en Nápoles muestra cual es mi posición al respecto, parte de mi obra: Dussel, 1990: "El orden categorial" (págs. 419ss).

[10] J. Habermas en su tesis doctoral sobre Schelling estudia las referencias a Feuerbach y Marx, de manera que el tema habría que tratarlo aun con mayor detalle, ya que Feuerbach tampoco puede ignorar las críticas schellingianas del decenio de los veinte. Que la policía esté del lado de Schelling, como hubo un Heidegger con vinculaciones al nazismo no anula influencias posibles (ciertamente de lenguaje, de concepto) con Marx, en el primer caso, o con la primera Escuela de Frankfurt el segundo.

[11] *MEGA*, II, 6, pág. 72. Obsérvese la terminología *fenomenológica*.

[12] Cuando hablo de "creación" me refiero al "plusvalor". Aunque hay usos ambiguos de los términos en Marx, lo cual puede producir cierta confusión.

[13] Aquí por ejemplo "formación" es sinónimo de "producción", como subtítulo de *El capital* I.

[14] Este "valor" es el valor de los medios de producción y el salario, pero ninguno de ellos es el origen real del plusvalor. El origen, lo veremos, es la subjetividad creadora del trabajador como "trabajo vivo", que como el alma anima al monstruo.

[15] Esta hipotética posibilidad es la pretensión fetichista del capital de "crear plusvalor de la nada".

[16] *El capital*, vol. III, cap. 1; *MEW*, 25, pág. 48.

[17] Por lo tanto, la "fuerza de trabajo" *tiene* valor de cambio y se paga su uso. El "trabajo vivo" no tiene valor de cambio, porque siendo la "fuente creadora" del plusvalor (y en definitiva de todo el valor) no puede definirse por su "efecto", es decir, no tiene valor porque su precio (el salario) debería ser infinito. El "valor del trabajo vivo" es un concepto ilusorio, irreal, contradictorio, sin sentido. El "trabajo vivo" tiene *dignidad (Würdigkeit)* no *valor (Wert)*.

[18] Aquí Marx está haciendo uso de unas de las partes más precisas de la *Lógica* de Hegel.

[19] Hegel, 1970, págs. 292-293.

[20] *Grundrisse*, cuaderno III (Marx, 1974, págs. 203ss; Marx, 1973, págs. 295-296).

[21] Es interesante que en 1858 se usa la contradicción trabajo vivo-capital; pero desde 1861 advierte que, *antes* de la existencia lógica del capital, solo hay dinero. Escribe entonces: trabajo vivo-dinero. Esta anterioridad del "trabajo vivo" a la existencia del capital (el sistema, la Totalidad), es el *pauper ante festum* de Marx. Hay "trabajo vivo" *antes* que el capital: exterioridad *ante rem*. La obra *in re* ("trabajo asalariado" *potentialiter* desocupado), y *pauper post*

festum (exterioridad como desocupado): *grados* de exterioridad; grados de subsunción; ninguna subsunción es absoluta (sería el perro en el circo: domesticación); ninguna exterioridad es absoluta (sería un ser humano en otro planeta o *sin ningún contacto* con el capital, lo que es imposible). [22] Pero ese "muto" condicionamiento no tiene igual contenido en cada relación: a) el capital *condiciona* estrictamente en cuanto pone los medios externos; b) el trabajo *pone* la capacidad productiva (en general, como valor de uso y de cambio) y estrictamente como *fuentes* de plusvalor. Dar el *contenido a la cosa* ni es lo mismo que poner la *condición instrumental*.

[23] *Grundrisse* (Marx, 1974, págs. 203-204).

[24] La "cosa" económica. fruto del trabajo. es la mercancía. Mientras que la "cosa", en la ontología hegeliana, a la que la "posibilidad" óptica tiende, es a la "existencia real de una cosa empírica".

[25] Debo aclarar que Marx usa la expresión: "El capital [es] *creador de valor*". Pero es como cuando habla del "valor del trabajo" para referirse al salario, o al "valor de la tierra", sabiendo que son "conceptos ilusorios" o sin sentido. Pero aún esto no indicaría que sea el capital en cuanto tal el que "crea plusvalor", porque el plusvalor no es lo mismo que valor, sino que es en el capital por su determinación "trabajo", que incluye la actividad del "trabajo vivo-impago", lo que "aparece" *como si* el capital pudiera (pura "aparición" *Schein*) crear (plus)valor. Claramente expresado, Marx escribe que se llega así a "esta separación absoluta [...] entre la capacidad viva del trabajo y las *condiciones de su realización*, entre el valor [como trabajo objetivado] y la *actividad creadora (wertschaffenden) del valor*" (*Grundrisse*; Marx, 1974, pág. 356).

[26] Y estoy de acuerdo con CA que lo importante no es que haya una relación *directa* con Schelling, y aún aceptaría que ni *indirecta*, pero ciertamente no hegeliana, y por ello perteneciente a la tradición de Schelling, por su crítica del "ser" desde la "fuente creadora".

[27] *Grundrisse* (Marx, 1974, págs. 631-632; Marx, 1973, pág. 745-746).

[28] El "fundamento" del capital es el "valor que se valoriza": valor objetivado y acumulado. El plusvalor no tiene "fundamento", tiene una "fuente" (más allá del fundamento del capital, por ello el capital pretende presentarse "como su fundamento").

[29] Tan fetichista es el capitalista como el trabajador, porque ambos creen que el salario paga el "valor del trabajo" (Véase Dussel, 1993).

[30] Para Marx: tiempo necesario + plust tiempo = tiempo de la jornada de trabajo. Es decir: salario + plusvalor = valor del producto. Es decir, el trabajo vivo, que es la "causa" del plusvalor, *no tiene valor*. Siendo la "fuente" de todo valor como persona, *tiene dignidad*, como ya hemos expresado en una nota anterior.

[31] *Omnia determinato negatio est*, expresaba Spinoza.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.